This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

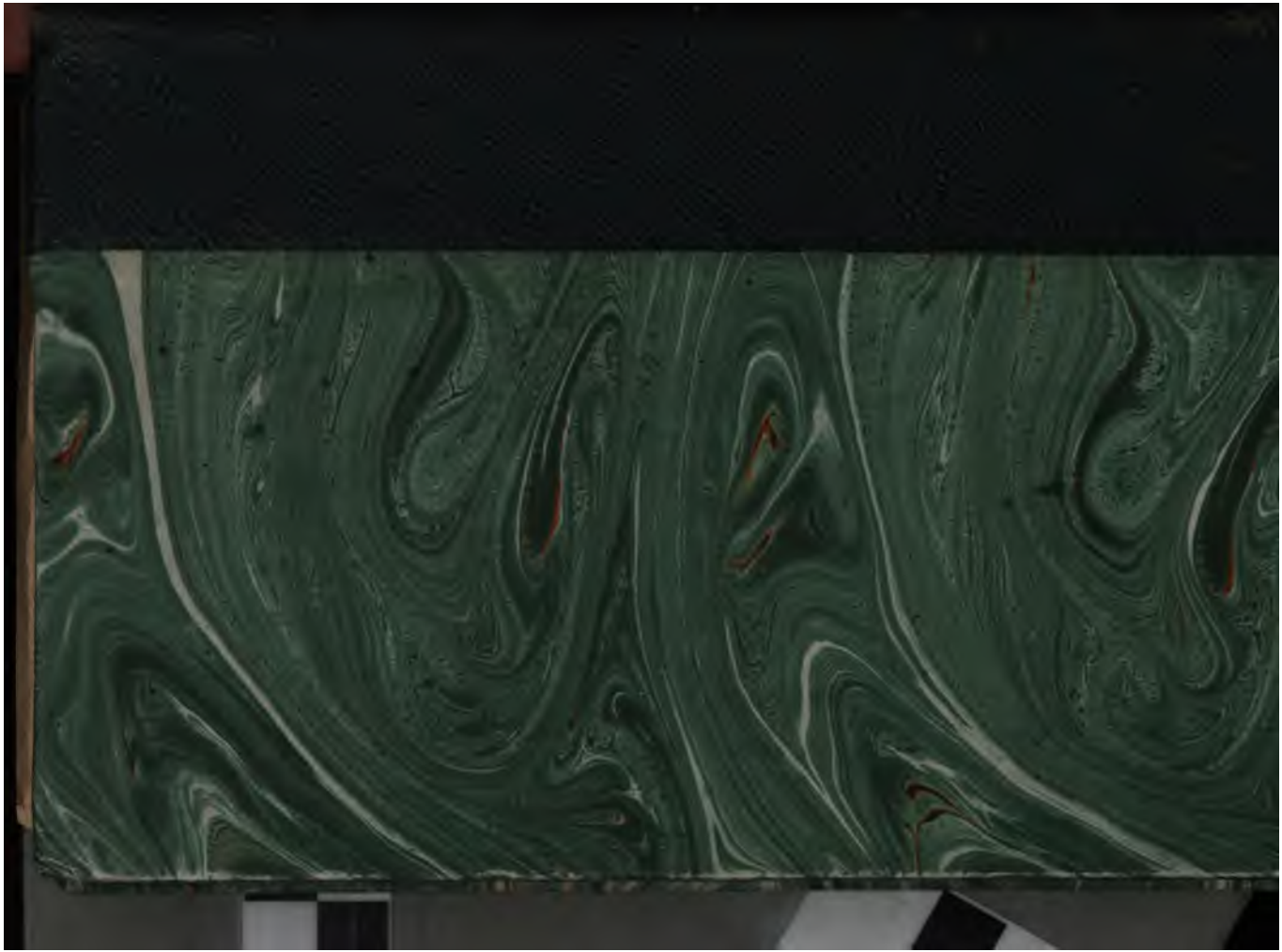
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

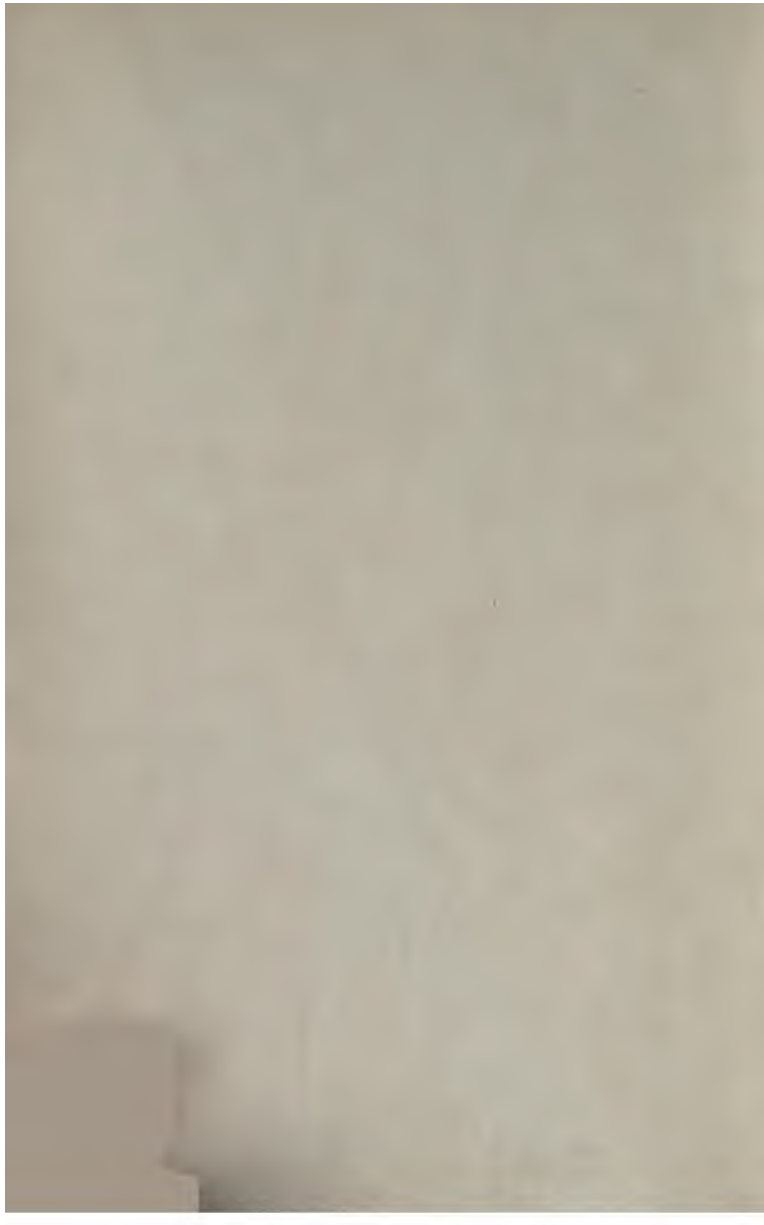
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

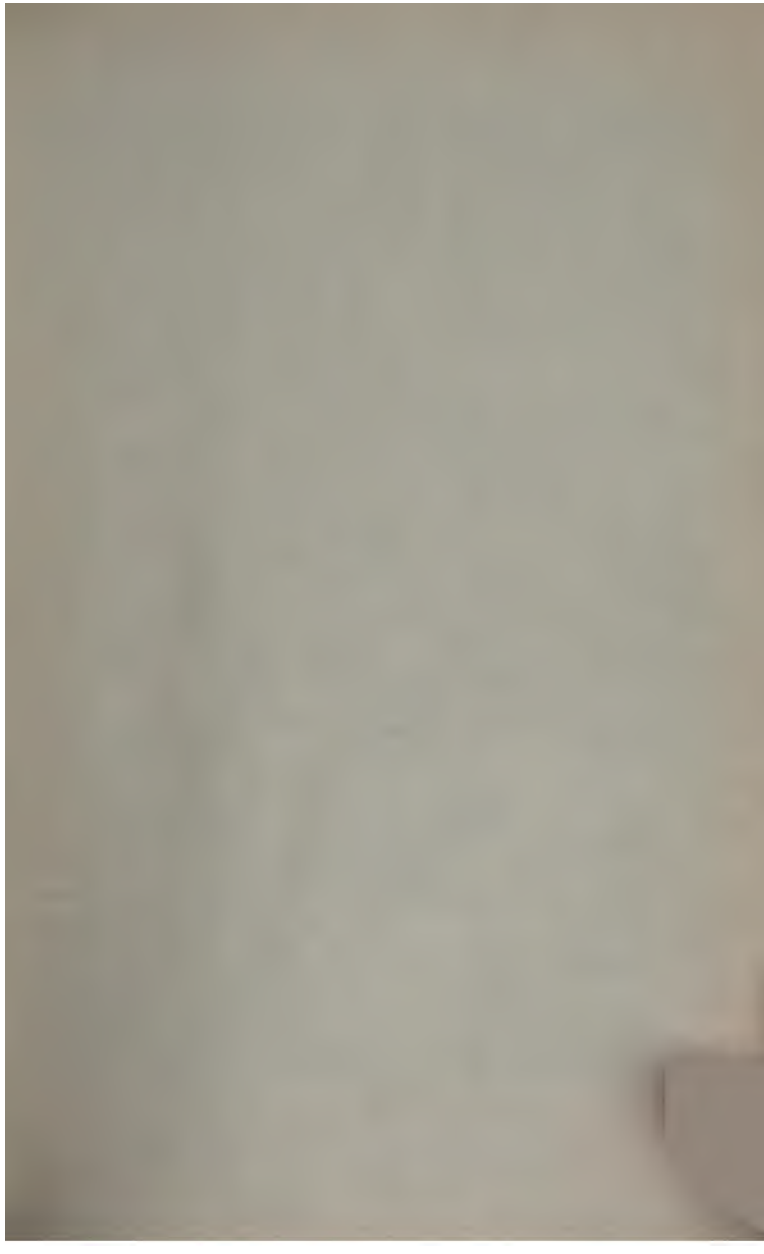
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`







JOSÉ M. NIÑO

MITRE

SU VIDA ÍNTIMA, HISTÓRICA, HECHOS, REMINISCENCIAS, EPISODIOS
Y ANÉCDOTAS MILITARES Y CIVILES

APÉNDICE

II

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960 — Moreno — 960
MCMVI

Es propiedad del Autor.

MITRE MILITAR Y CIUDADANO

El general Mitre, lo hemos dicho antes, fué toda su vida contrario á los movimientos subversivos ó actos revolucionarios. Hábil político como era, encontraba siempre en su alta inteligencia elementos de lucha de los que esperaba y obtenía en muchas ocasiones la manera de triunfar de sus adversarios sin recurrir á las armas.

Pero, cuando la mayoría de sus correligionarios resolvía la lucha armada, aceptaba siempre la parte más pesada en la responsabilidad de los hechos producidos.

Ese fué el secreto que le conservó su popularidad y el gran cariño de sus conciudadanos. Era como esos padres de familia que desaprueban en privado la conducta del hijo querido, pero que, ante el público, le defienden y encuentran justificados sus actos.

Fué á la batalla de Cepeda llevado por la opinión del pueblo de Buenos Aires. Pensaba siempre que á las explosiones populares no hay que dejarlas libres en sus arranques vio*que pueden* conducir al caos, sino por

su frente para encauzarlas en la senda del orden, obteniendo por ese medio lo que se desea, sin mayores sacrificios.

Así lo vemos después de Cepeda recibiendo al general Urquiza con honores de vencedor, pero mostrándole al mismo tiempo, sin aparentarlo, cuál era el espíritu de la valiente guardia nacional porteña, que se negaba á saludarle. *Perucho Castañón,* fué un caso; en vez de hacer el saludo de ordenanza, enrolló la bandera de su batallón al enfrentar al Cabildo donde se encontraba el general Urquiza al lado del gobernador de Buenos Aires.

Esta política conservó á la provincia de Buenos Aires su preponderancia y pudo á los dos años ir á los campos de Pavón, gloria eterna de Mitre que consolidó para siempre con este triunfo la unión nacional.

Después de Pavón se caracterizó más en Mitre la aversión á las luchas fratricidas y prefirió soportar los mayores abusos antes de tomar las armas.

Siendo presidente de la República, la mayoría del ejército le era personalmente afecta. Sin embargo, queriendo dejar un gran ejemplo de virtud cívica no permitió que sus amigos que disponían de poderosos elementos, impidiesen la libre elección del entonces candidato de sus adversarios políticos don Domingo Faustino Sarmiento.

Educado como militar en la severa disciplina que supo inculcar el general José María Paz en los defensores de Montevideo que luchaban contra la tiranía de Rosas, siempre que combatió la política del gobierno de su patria y pensó que en el ataque de los actos abusivos se podía llegar hasta la protesta armada, tuvo buen cuidado de solicitar su separación del ejército para quedar en el uso pleno de sus derechos de ciudadano.

El año 1874, el general Mitre, antes de incorporarse á la revolución, solicitó su baja del ejército y obsérvese que decimos antes de incorporarse, porque él estuvo en contra del movimiento, según propias manifestaciones al coronel Arias. El año 1880, cuando el ministro de la Guerra doctor don Carlos Pellegrini dió el decreto por el cual prohibía á los militares en actividad formar parte de los comités políticos, al día siguiente el coronel Arias presentó su solicitud de baja y absoluta separación del ejército. Este acto de su parte, levantó una tormenta de entusiasmo en unos y de protesta en otros. En la tarde de ese día se reunió la comisión del *Tiro Nacional* que presidía el coronel don Julio Campos, y allí, los militares que formaban parte de la comisión encontraron le el coronel se había precipitado, que el creto podía burlarse en *tal* ó *cual* forma.

Insistió aquél en su resolución y se negó á retirar la solicitud de baja á pesar de los reiterados pedidos que le hiciera el mismo presidente de la República. En la noche se reunieron en casa del general Gainza los miembros del *Comité Superior*, y allí tuvo el caballeresco Arias la satisfacción de que el general Mitre aprobase su actitud felicitándolo y agregando:

—Mañana mismo también solicitaré yo mi baja.

Así lo hizo y á él lo siguieron los demás jefes superiores que figuraban en los comités.

En la reuniones del *Comité Superior*, el General se opuso siempre á que el gobierno de Buenos Aires se armase en guerra y fué contrario á la compra del armamento; pero apoyó decidamente la conferencia que el doctor Tejedor debía celebrar con el general Roca en el Tigre y hasta la aconsejó, porque esperaba que esa conferencia evitaría la guerra civil. Todo fracasó, porque el general Roca, creyéndose como entonces lo dijo, sólo el gerente de una empresa comercial, no se consideró facultado para renunciar su candidatura como quería hacerlo Tejedor con la suya, en caso de ponerse de acuerdo para que los pueblos designasen un tercero.

Los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez. El 4 de julio las armas compradas llegaron al Riachuelo y el gobierno de

Buenos Aires, burlando la vigilancia del gobierno nacional, se apoderó de ellas. Este hecho obligó al gobierno nacional á abandonar la Capital y establecerse en la Chacarita.

Se veía venir la guerra civil y Mitre se replegó á su hogar, pero cuando los gloriosos combates para la guardia nacional porteña de Olivera, Barracas, Puente Alsina y los Corrales, en todos los cuales fueron rechazadas las fuerzas nacionales, y el presidente Avellaneda se disponía á retirarse al Rosario de Santa Fe, el general Mitre, temiendo sin duda que su gran obra de la organización nacional fuese destruída por una cruenta guerra, salió nuevamente de su retraimiento para ofrecer al doctor Tejedor su mediación y pactar la paz.

Las fuerzas de la defensa de Buenos Aires estaban vencedoras hasta ese momento; las mejor organizadas aun no habían entrado al fuego y ardían de entusiasmo por combatir. La heroica provincia de Corrientes estaba toda sobre las armas y acompañaba á Buenos Aires; Entre Ríos, Córdoba y Santa Fe indecisas, y el ejército nacional desmoralizado. Pero el general Mitre, eficazmente secundado por el vicegobernador doctor don José María Moreno y otros personajes que sintieron flaquear su espíritu cuando tronó el cañón sobre el Puente Alsina, influyó sobre el ánimo ya debilitado del doctor

Tejedor y obtuvo de éste ser enviado á la Chacarita para conferenciar con el presidente Avellaneda.

Los hombres del gobierno nacional lo recibieron con dianas y le abrieron los brazos. Mitre pactó la paz y creyó en las promesas escritas de los hombres de la Chacarita.

Todo el país sabe cómo se cumplió lo pactado.

El coronel Arias se oponía terminantemente á pactar la paz, pero en esta ocasión fué derrotado por el General, que, unido al doctor Moreno, triunfaron sobre el ánimo del doctor Tejedor; la paz se hizo y el general Mitre dió, por este medio, su primera presidencia al general Roca.

Todo para evitar la guerra; ese era el hombre.

Cuando el Congreso, después de pacificada la República, acordó la amnistía por causas políticas y el general Roca desde la presidencia llamó al servicio á los militares que habían solicitado su baja, el coronel Arias no aceptó su incorporación al ejército. Entonces estuvo á visitarlo el general Mitre y aprobando su conducta, después de cambiar algunas ideas, le dijo:

—He aceptado yo la incorporación al solo objeto de hacer menos dolorosa la de otros que necesitan el sueldo para comer; luego que todos estén ya incorporados, me pondré en sus condiciones solicitando mi baja.

Así lo hizo y fué entonces que vino la carta aquella del general Roca, diciendo que, en las filas del ejército ó en el retiro de su hogar, Mitre sería siempre "el general Mitre".

Después, el año 1890, un buen día el general Mitre resuelve irse á Europa. Era el coronel Arias en ese momento vicepresidente de la Cámara de Diputados de la Nación y el doctor Juárez Celman le dispensaba gran consideración. Fué á visitarlo y le dijo:

—Señor presidente, el general Mitre se va á Europa y pienso que sería de buena política y, más que nada, un acto de justicia, que este ilustre ciudadano y ex presidente vaya á Europa con todas las prerrogativas y ventajas de su alta gerarquía militar, por qué no le ofrece su alta en el ejército? Estoy seguro que este acto espontáneo de su parte, el General sabrá apreciarlo.

El doctor Juárez le contestó:

—Si usted cree que el General aceptará la reincorporación al ejército, no tengo inconveniente en solicitarla del Congreso; por el contrario, lo haré con gusto. Encárguese usted de eso, coronel; infórmese y avísemelo.

Así fué. El coronel pidió al doctor Vicente Chas que fuese á ver al General. El doctor Chas no aceptó ir solo, por no creerse bastante autorizado y le pidió á aquél que fuese él mismo

ofreciéndose para acompañarlo. El General recibió á Arias con un cariñoso abrazo. Estaban presentes en ese momento en su sala, don Belisario Roldán, doctor Eduardo Costa y don Agustín Drago, los cuales discretamente se apartaron para que el coronel hablase con el General. Este le informó del objeto de su visita, á lo que contestó:

--Usted sabe, que para conservar mi amplia libertad de acción como ciudadano, solicité mi baja; pero hoy que me alejo del país temporalmente y que, de un modo tan espontáneo el presidente de la República me ofrece la reincorporación al ejército, sería una puerilidad no aceptarla. Haré más,—agregó,—iré á despedirme del señor presidente y le agradeceré este acto.

El coronel le dió un abrazo y á las dos horas el Senado había acordado la reincorporación del ilustre General al ejército de la Nación en cuyas filas se conservó desde entonces hasta el día de su muerte.

EL DEFENSOR DEL GENERAL

EL DEFENSOR DEL GENERAL

Terminada la revolución de 1874, el general Mitre fué sometido á un consejo de guerra junto con otros distinguidos jefes superiores que lo habían acompañado en esa campaña.

El General, después de haber permanecido preso en Chivilcoy y Luján, fué traído á esta capital y alojado en el cuartel del Retiro, suerte que también corrieron sus compañeros de armas.

Fué en esa ocasión que dió una nueva prueba de su admirable serenidad y su grandeza moral, confiando su defensa, no á un jefe superior ni á un jurisconsulto de nota, como pudo haberlo hecho, sino á un joven é imberbe oficial á quien conoció en el momento de entrar á su prisión.

Alrededor del nombramiento del entonces alférez Stoppani se han bordado muchas fantasías sin haberse dicho nunca la verdad de cómo se produjo ese episodio histórico de la vida del General. Podemos nosotros, por primera vez, restablecer los hechos, utilizando la versión que directamente hemos recogido del joven oficial, ceñida á la más rigurosa verdad.

En 1875, era Stoppani alférez á guerra y agregado al regimiento 1° de artillería, alojado en el cuartel del Retiro.

El día de la llegada del General y sus demás compañeros de campaña, estaba de guardia, tocándole recibirlos y darles posesión de las habitaciones que les habían sido designadas para alojamiento. Al General se le tenían preparadas dos frente á la puerta principal del cuartel, entrando sobre la derecha y debajo de un corredor que separaba el primer patio del segundo.

Los presos llegaron al cuartel de 8 á 9 de la mañana, en tres carruajes, sin acompañamiento de ninguna clase, ni vigilancia. El General vestía de civil, traje de casimir azul marino forma de saco Envolvía su cuello un chal de vicuña con flecos largos y cubría la cabeza su legendario chambergo.

Al llegar á la puerta del cuartel entregó personalmente al alférez la nota de remisión fechada en Luján y refrendada por las autoridades militares. Al señalarle este último las habitaciones que le correspondían, el General le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, alférez?

—Santiago T. Stoppani, señor general.

—¿Y qué edad tiene?

—Voy á cumplir 15 años.

—¿Es usted hijo de un Stoppani que siendo capitán con Olivieri fundaron en Bahía Blanca á Nueva Roma?

—Sí, señor.

—Bueno, cuando entregue su guardia venga por aquí que tengo que hablarle.

—A las 10 la entrego y estaré con usted, señor general.

Efectivamente, entregada la guardia, el alférez se vistió con su mejor indumentaria militar y pasó á la habitación del General.

Este, al verlo, le preguntó:

—¿Ya está franco, alférez?

—Sí, señor General.

—Bien; quiero pedirle me entregue, pero en mano propia, estas cartas hoy mismo.

Y el General le dió unas nueve ó diez cartas entre las que las había para las familias del general Rivas, coronel Vidal, coronel Ocampo, coronel Calvete, coronel Charras, doctor don Eduardo Costa y dos para su esposa.

Al hacerle la entrega, le dijo:

—Ninguna de estas cartas tiene contestación; después de cumplir este encargo vuelva esta noche por aquí.

El alférez Stoppani cumplió fielmente la comisión y fué en esa ocasión que conoció á la esposa del general Mitre.

Como el alférez había solicitado ese día de

su coronel, al salir de guardia, un permiso por 24 horas, faltó á la lista mayor y volvió al cuartel en la madrugada del siguiente, siendo avisado al pasar por la guardia y por uno de los oficiales, que el General había preguntado por él varias veces.

El joven oficial se dirigió á su pieza á esperar que fuesen las 9 de la mañana, calculando que á esa hora ya estaría levantado el General. A las ocho y media fué despertado por su asistente, por quien supo que aquél ya estaba en pie. Se dirigió á su habitación y al verlo, el General, le interrogó:

—¿Qué es eso, alférez, perdió la puerta del cuartel anoche?

—No, señor General, es que como estaba con licencia me entretuve en el centro con unos amigos hasta esta madrugada.

—¿Y entregó mis cartas?

—Sí, señor. Y todos me han dicho que se las contestarán.

—Muchas gracias. Y ahora tengo que hablarle de algo importante.—Y poniéndose de pie le preguntó:

—¿Alférez, usted fuma?

—Poco, señor General.

A esta contestación se levantó y tomando de sobre el escritorio una caja de ébano con llave, sacó dos cigarros y brindándole uno, le dijo:

—Tome, fume uno de los que yo fumo.

Como el alférez le dijese que lo guardaría para después de almorzar, porque era muy fuerte, sacó otro de la caja y se lo dió:

—Bueno; ese para usted y este otro para que convide á su jefe en el almuerzo.

En ese momento se presentó el general Rivas.

—General, lo estamos esperando.

Este se levantó para dirigirse al comedor que les estaba destinado, situado en una pieza contigua á las que le servían de prisión, y al despedirse del alférez le dijo de buen humor:

—Si esta noche tiene que ver á la novia, vaya no más; pero venga sin falta á verme mañana á las 9; sin falta, porque tengo que hablarlo.

El oficial fué puntual á la cita. Al verlo el General lo saludó cariñosamente y haciéndolo sentar á su lado le preguntó sin ninguna clase de preámbulo:

—Dígame, alférez, ¿se animaría usted á ser mi defensor ante el consejo de guerra que debe juzgarme?

El alférez quedó sorprendido é indeciso. Era entonces casi un niño y no tenía siquiera las nociones para apreciar lo que se le ofrecía y la grandeza del General.

Al cabo de breves momentos y casi sin saber que decía, le contestó:

—Yo haré lo que usted me ordene, señor general, pero no me creo capaz de hacer su defensa.

—Y si yo se la hiciese ¿se animaría usted á leerla?

—A eso sí, señor.

—Déme su palabra de honor,—agregó el General,—de que cumplirá lo que me promete, y que por nada, y aunque se le intimide, así lo hará.

El alférez prometió cumplir su compromiso. Entonces el General, tomando del escritorio una nota ya preparada y otro objeto que aquél no alcanzó á distinguir, se acercó al joven oficial, le estrechó la mano y entregándole la nota, le dijo:

—Aquí tiene su nombramiento, firmado por mí, que debe usted presentar mañana antes de las 2 de la tarde en el Ministerio de la guerra.

Y ofreciéndole al mismo tiempo una pequeña cajita de oro, esmaltada en negro, que era á la vez fosforera, añadió:

—Y esto consérvelo como un recuerdo de este acto, pues donde usted lo ve, este chisme me ha acompañado durante toda la guerra del Paraguay y también durante toda esta última campaña.

Al otro día el alférez se trasladó al Ministerio de la guerra y entregó en propia mano

al doctor don Adolfo Alsina su nombramiento de defensor del general Mitre, quedando citado para el siguiente con el objeto de prestar el juramento que establecen las leyes militares.

No se sabe por qué el joven oficial empezó á ser hostilizado desde ese momento por la demás oficialidad del regimiento, excepción del entonces ayudante del cuerpo y hoy coronel don J. Bolalluson y el entonces teniente y hoy teniente coronel don Estanislao Maldones. Esta inquina contra el alférez subió hasta el coronel jefe del regimiento, quien llamándolo á su casa particular, le hizo esta amenaza:

—"O usted presenta su renuncia de defensor del general Mitre ó yo lo echo á la calle, y le prevengo que lo puedo hacer, porque usted todavía no es oficial de hecho y su propuesta de tal está al despacho y á la firma en la carpeta del señor ministro de la guerra y se la he de hacer pedazos" (textual).

El alférez, superándose á su edad é impresionado fuertemente por la actitud de su coronel, se apresuró á contestarle con energía:

—Antes que renunciar á la defensa del general Mitre no sólo puede V. S. echarme del cuerpo sino mandarme fusilar.

El coronel exasperado, replicó:

—Vaya no más; ya veremos con quién hu-

biese ganado más usted, si conmigo ó con el general Mitre.

Al día siguiente de esta violenta escena el alférez Stoppani prestó el juramento de práctica ante el comandante Ochagavía, fiscal del supremo consejo, en presencia del ministro de la guerra, quedando desde ese momento en comisión y libre de presentarse al cuartel á las horas reglamentarias.

Como la mala voluntad y los enconos de la oficialidad seguían, el alférez empezó á escasear sus visitas al cuartel y concluyó por abandonarlo del todo, yéndose á vivir con el que después fué su protector, el malogrado Enrique Romero Giménez, director y propietario de *El Correo Español* y cuya admiración por el general Mitre era un culto.

Llegó por fin el día de la reunión del consejo de guerra y la presencia del imberbe oficial, convertido en defensor del más glorioso de los generales contemporáneos, produjo intenso interés entre la gran concurrencia que presenciaba el solemne acto. El alférez Stoppani leyó su defensa con voz clara y entera y al finalizar algunos de los párrafos lo saludaron los aplausos, siendo objeto á la salida de la audiencia de una ovación popular por parte del gentío que se aglomeraba en la plaza del Retiro.

A los pocos días de terminado el consejo de

guerra, el alférez Stoppani fué dado de baja, haciéndose desaparecer todo lo referente á su grado de la oficina de la estadística militar y prohibiéndosele la entrada al cuartel.

En la colección de *La Nación* de aquella época se encuentran varios artículos protestando enérgicamente los procedimientos violentos empleados contra el joven defensor.

La copia de la defensa presentada al supremo consejo de guerra fué hecha por un señor Gutiérrez, español, y que entonces pertenecía á la redacción del diario de Romero Giménez y la que leyó el alférez ante el consejo fué tomada por un cabo, también español, perteneciente al 2° escuadrón del regimiento de artillería, que poseía una buena y clara letra.

La última entrevista, en el cuartel, entre el General y su defensor, fué en seguida de leer éste la defensa ante el consejo de guerra. El General lo recibió dándole un abrazo y felicitándolo en presencia del general Rivas, de algunos de los coroneles presos y sus defensores

—Lo felicito, ¡ya sé que se ha portado como un hombre!

El General, después de enterarse de algunos detalles del acto, se dirigió á su mesa-escritorio y tomando de allí una fotografía se puso escribir al dorso de ella y se la entregó á su efensor, diciéndole:

—Este es un recuerdo que quiero conserve en mérito de haber sido usted mi defensor ante un consejo de guerra.

La dedicatoria escrita de puño y letra del General, decía así:

A mi defensor y amigo el alférez de artillería don Santiago T. Stoppani.

Recuerdo de prisión.

BARTOLOMÉ MITRE.

Retiro, Abril 1° de 1875.

LA ESPADA DEL CAPITÁN

LA ESPADA DEL CAPITÁN

(EPISODIO DE LA CAMPAÑA DEL PARAGUAY)

Se organizaba en las cercanías de la ciudad de Concordia el ejército aliado que debería llevar adelante la campaña ya iniciada contra López el tirano del Paraguay, estando constituído el cuartel general en aquella ciudad.

El espíritu reinante por entonces en toda la provincia de Entre Ríos, era decididamente hostil á la triple alianza, acentuándose de una manera feroz cuando se trataba del general en jefe, presidente al mismo tiempo de la República ó de todo aquello que se suponía emanado de esta Buenos Aires, tan ajena por entonces á las simpatías del resto de la Confederación.

Estaban aún latentes los rencores suscitados por la contienda separatista que había terminado desganadamente después de Pavón, perdurando aún el espíritu receloso y hostil hacia los porteños, que alimentaba mañosa y embozadamente el general Urquiza.

Habían tenido lugar las farsaicas sublevaciones de Basualdo y Toledo, desvirtuando por

este medio hipócrita la acción eficaz del caudillo entrerriano con respecto á la campaña que se iniciaba.

Los soldados paraguayos, con su valor y audacia legendarias, pisaban ya el territorio de las tres naciones de la alianza, habiéndose casi adueñado por la parte argentina de la provincia de Corrientes.

Concordia ardía en entusiasmo en favor de los invasores, mientras hacía gala de una agresividad insolente contra los soldados de la alianza.

Los alrededores de la ciudad estaban llenos de los desbandados del presunto ejército entrerriano.

Llegó momento en que los soldados argentinos no podían transitar solos y desarmados por las calles, sin ser asaltados y asesinados en ellas.

El coronel don Mateo Martínez, comandante del célebre *3 de Oros*, de la guardia nacional de esta capital, regimiento que estaba compuesto en su mayoría por esa valiente y decidida muchachada que se dedica á los trabajos rudos, viriles y activos del tráfico y de las primitivas industrias pertenecientes á la economía doméstica de una gran ciudad, puso coto, hasta cierto punto, á los desmanes del gauchaje desenfrenado, haciendo policía por su cuenta,

ya que las autoridades locales, lejos de reprimirlos, parecía como que formaban comandita con los asaltantes y asesinos.

Cuando se miran estas cosas á través de la distancia y desde el punto de vista de las modernas conquistas que han dado unidad, fuerza y prestigio al principio de la nacionalidad argentina, parece imposible que nos separen tan pocos años de aquellos tiempos de barbarie, de odios y de intransigencias, con respecto á éstos, en los que el espíritu patriótico consolida bajo las irradiaciones de la civilización y del progreso, el alto y solemne sentimiento de la patria.

Pero, dejemos digresiones pertenecientes más á la narración histórica, que á la índole anecdóctica que pretendo dar á estas líneas, y vamos á mi cuento de *la espada del capitán.*

Entre los ayudantes del general en jefe, núcleo formado por una brillante pléyade de jóvenes cuyos nombres pertenecían en su casi totalidad á la tradición patricia y militar de esta república, había uno que se hacía notar por su carácter jovial y atrayente, con sus ribetes de romancesco.

Era este un capitán joven, fuerte, sano, robusto, medio músico, medio poeta, enamorado, decidor y ocurrente; amigo de las comodidades, aunque poco aprensivo con respecto á las mi-

serias y penurias que se dibujaban en perspectiva.

Tenía éste un asistente digno de su tipo moral.

Era el tal un destinado del 7 de línea, de nacionalidad oriental, también aficionado á ganguear coplas y á rasguear la guitarra; mozo de una cierta cultura moral, que, por efecto de no sé qué trapisonda empezada á guitarrazos y concluída á cuchilladas, había ido á parar á las filas del ejército, penitenciaría marcial por entonces, en donde á los criminales se les condenaba á guardar el honor nacional y á escoltar la sagrada bandera de la patria.

Figueroa, que así se llamaba el asistente, había sido ofrecido al capitán ayudante, por su jefe el comandante Calvete, compadecido de los sufrimientos con que agobiaban la naturaleza gastada y enfermiza del destinado, las rudas fatigas del militar en campaña, fatigas que serían naturalmente amenguadas en la vida relativamente cómoda y descansada del servicio de asistente en el cuartel general.

El capitán recibió con benévolo interés á su nuevo servidor y lo instaló cerca de él, tratándolo, fuera de los actos de servicio, con toda la familiaridad que era compatible entre sus distintas categorías.

Figueroa no sabía cómo demostrar su grati-

tud á esta inesp.. .da providencia que lo salvaba de las listas á las 3 de la mañana, del servicio de guardia y de retén, del ejercicio diario cuando no estaba de servicio, del acuartelamiento casi permanente; de las fajinas consuetudinarias, de la carneada, del lavado de la ropa, del rancho poco apetitoso y menos suculento, y, por fin, de la varita de membrillo del cabo de escuadra, siempre cimbreante y silbadora entre sus cachirlas anémicas que defendían mal la guetra y la bombacha reglamentarías contra sus picantes caricias.

La manera de expresar esta gratitud por parte de Figueroa, tenía algo de original por no decir de cómica.

Se había propuesto exceder con demostraciones superlativas, la satisfacción de todos los deseos expresados por su capitán.

Decía éste, por ejemplo:

—Me cansa la carne. Comería de buena gana unos huevos frescos.

A la media hora se presentaba Figueroa con una cesta de huevos, una yunta de gallinas, un gallo y cuatro pollos.

Fecundación, germen, gestación, incubación resultado.

Otra vez exclamaba el capitán:

—No hay perfume como el de los azahares.

. la tarde se presentaba Figueroa con un

naranjero tropical cargado de frutos y flores que había arrancado de cuajo.

Un día descubrió el capitán frente á la ventana del cuarto que habitaba, un carpintero que amolaba sus herramientas en una hermosa piedra giratoria.

—¡Caramba!—dijo—¡qué buena proporción para afilar mi navaja sevillana!

Figueroa oyó esto, y se dijo *in pectore*:—¿De amolar se trata? pues no andaremos con miserias.

Pocos días después, se le antojó á un compañero de armas que discutía con el capitán sobre la superioridad de sus respectivas espadas, sacar la de éste para probar las calidades de la hoja y por poco no se rebana todos los dedos.

¡Era una navaja de afeitar!

¡Cortaba un pelo en el aire!

—¡Diablo!—exclamó sonriendo el ayudante.—¿Te preparas á cortar en rebanadas como á un jamón á los paraguayos?

El capitán se puso rojo de ira y protestó de su inocencia con respecto á aquella afiladura.

Llamó á Figueroa y lo increpó duramente sobre aquel abuso tajante.

Hizo, finalmente, una escena declamatoria sobre su carácter que nada tenía de fanfarrón y botarate...

Llegó hasta desafiar á su compañero.

Aquél se excusó alegando la desventaja de
: espada con respecto á aquélla que era capaz
: hacer hilas en el espacio á una sutil y casi
corpórea *baba del diablo*.
Pocas horas después, la cosa se sabía en todo
cuartel general, y al día siguiente era la
midilla de los cuentos de campamento. Pasa-
: el capitán, y todos los oficiales cuerpeaban
terrible sable que, envainado y todo, parecía
nstituir una amenaza sangrienta para las
ernas ajenas.
El capitán estaba desesperado, y su carácter
anco, abierto y expansivo, sufría de una ma-
ra atroz con esta broma suscitada por un
cho de que era en absoluto inocente.

Una noche estaba de servicio y cenaba como
a de práctica en la larga mesa del general
: jefe, rodeada de un brillante estado mayor
mpuesto de jefes y oficiales del mismo cuar-
l general, y de algunos cuerpos del ejército-
mrados por la invitación del comandante su
emo del ejército aliado.
El General ocupaba la cabecera, y siendo
tremadamente sobrio con respecto á los pla-
res de la mesa, le gustaba, no obstante, des-
zar aves y servir algunos platos de su pre-
lección.

El asado era uno de éstos. Andrés, el sirviente íntimo, puso ante él una gran fuente en la que humeaba un suculento trozo de vaca, asado á la moda campesina.

El General empuñó el trinchante; pero á poco andar, encontró, ó que la vaca era ya abuela, ó que el cuchillo operaba muy defectuosamente por falta de filo. Entonces suspendió la operación, y con aire sonriente, dijo como al acaso:

—Aquí haría falta una de esas espadas que cortan hasta la sombra. ¿No habría una por ahí?

Y tendió su mirada vaga é indiferente por sobre el grupo.

Como en el cuadro de la Cena de Leonardo de Vinci, que ante las palabras del Divino Maestro, referentes á la próxima traición de uno de sus discípulos todos los rostros se vuelven hacia Judas, así todas las miradas brillantes de malicia y mordentes de sarcástica intención, se dirigieron al capitán, el cual, herido en su amor propio, ya exquisitamente sensibilizado por la tanda de alusiones de que venía siendo objeto, no pudo menos de estallar, exclamando entre ruboroso y altivo:

—Es posible, General, que haya alguna; pero de seguro no se ha de haber afilado para cortar asado.

Al día siguiente, el General debía hacer una visita al cercano campamento.

Montó con este objeto su ruano favorito, y seguido de un pequeño séquito, entre el que iba "el capitán de la tajante espada" como ya se le decía, echó á andar por las desoladas calles de Concordia que caldeaba el sol con sus rayos tropicales.

De vez en cuando, por la pequeña rendija de una ventana que se entreabría al rumor de la militar comitiva, asomaba, perdido en la penumbra, el rostro velado de una mujer, rostro en el que brillaban como dos carbunclos unos ojos iluminados por la ira y el despecho.

A veces, llegaban hasta los oídos de los jóvenes militares palabras sibilantes preñadas de injurias y de fatales pronósticos para la empresa guerrera que iban á acometer, palabras que resbalaban rotas y despuntadas, como por sobre una cola de acero, en la estudiada indiferencia de los aludidos, cayendo á sus pies que pasaban sobre de ellas con el más arrogante desprecio.

De vez en cuando, por detrás de la media puerta de la trastienda de una pulpería, se dejaba ver la camiseta roja de algún desbandado de Basualdo y luego un grupo de cabezas crinudas y barbudas que se hacinaban en una especie de anhelante y hostil curiosidad ante el

paso del General y su brillante estado mayor.

Delante de una de estas pulperías, ya en las afueras de la ciudad, se veía una gran carreta de campo, que parecía como que acababa de descargar mercaderías.

Había venido hasta allí tirada por tres yuntas de bueyes, de las cuales las del pértigo y primera cuarta habían sido ya desuñidas, esperando su turno la delantera, que, atada todavía al yugo, había atravesado la calle hasta la acera de enfrente, dejando tendida en ella el grueso torzal de cuero con que operaba la tracción del pesado vehículo.

El General, engolfado en sus pensamientos, iba adelante, fumando su eterno cigarro habano, y jugando indolentemente con su latiguillo trenzado con virolas de plata.

A unos quince pasos lo seguía el diminuto grupo de sus ayudantes.

Al llegar á la esquina, como éstos notaran algún movimiento sospechoso en los parroquianos de la pulpería, apuraron sus caballos para colocarse cerca de su jefe.

Al galope de éstos acompañado por el ruido de los sables, los bueyes que pastaban mansamente en el cordón de la acera, levantaron repentinamente la cabeza, dando algunos pasos.

Este movimiento puso en tensión la hasta entonces floja y desapercibida cuarta, cabal-

mente en momentos en que el caballo que montaba el General pasaba por sobre de ella, tomándolo por entre las piernas y soliviantándolo del cuarto trasero en una posición peligrosa para el jinete.

El caballo era manso como un cordero, pero la maroma aquella no debería ser de su agrado, porque empezó á tirar desesperadas coces, agitándose violentamente en todos sentidos para librarse de tan extraña como inopinada suspensión aérea.

El General apeló á todos los recursos de la equitación para mantenerse en su silla; pero la cosa no debía prolongarse, y ni el carretero aparecía, ni de la pulpería podía esperarse otra cosa que un deseo vehemente de ver en apuros y tal vez por el suelo al jefe de la Nación y general en jefe del ejército.

Entonces el capitán tuvo una idea luminosa.

Rápido como un relámpago desenvainó su temible tizona, y picando con los espolines el caballo, se acercó á la cada vez más tirante cuarta, descargando sobre ella un furibundo sablazo que la partió en dos, como si hubiera sido una hebra de seda.

El General siguió su camino sin dirigir una irada siquiera al antonomástico Alejandro, el tal envainó lleno de orgullo y de un golpe la

brillante hoja, tan prosaica como útil y oportunamente estrenada.

Por la noche y de regreso del campamento, cenaban nuevamente los actores de esta escena, en el comedor del general en jefe.

Vino el asado.

El General, como siempre, empuñó el trinchante para dividirlo, y como viera que lo habían afilado, buscó con la mirada al capitán, y le dijo sonriendo:

—Hoy anda todo bien, capitán. ¡Había sido una buena idea la de afilar las armas!

NICOLÁS GRANADA.

EPISODIOS HISTORICOS

EPISODIOS HISTORICOS

I

Entre los papeles del general Mitre, que forman un copioso archivo, figura un *Diario* del sitio de Montevideo, que comprende parte del año 1846.

Son apuntes de puño y letra del General, escritos día por día, cuando tenía 25 años de edad. El los titula *Mi diario del sitio grande.*

De esas páginas copiamos las que van á leerse y que relatan un episodio dramático de la vida del General.

Era en los días en que la revolución riverista había dominado á Montevideo, posesionándose el general Rivera del mando.

Los sucesos se desarrollaban en tal forma, que la Legación Argentina, que sostenía el sitio contra las fuerzas de Oribe, había tenido que embarcarse como lo hizo, dirigiéndose á Corrientes para incorporarse al ejército del general Paz.

Entre esas fuerzas iban el entonces comandante don Bartolomé Mitre y el capitán don

Carlos Eguía, jefe más tarde este último de la respetable familia de Buenos Aires que lleva su nombre, y muy respetado él mismo en nuestra sociedad.

Entre estos dos hombres se desarrolló la escena que va á leerse, y que el general Mitre solía referir cuando se la recordaban.

DIARIO

ABRIL, 1846

9. Nos trasbordamos á bordo del pailebote *Orestes*. Los buques en que marchan los argentinos son los siguientes: zumaca *San José*, goletas *Sapienza* y *Felicidad* y el *Orestes*.

10. Todo el convoy ha fondeado frente al vapor *Lezard*, de S. M. B., que se dice deberá remolcarnos. El vapor *Lezard* es todo de hierro y de la fuerza de 120 caballos.

12. Hoy ha habido una gran parada en Montevideo. El general Rivera, insultando la miseria del pueblo, se ha presentado en ella ostentando un apero del valor de 7,000 patacones, en que todos los herrajes son de oro.

A las 7.30 de la noche:. Dimos la vela á esta hora y navegamos toda la noche. En el tránsito todos los buques del convoy entonaron el himno argentino, dando vivas á la República Argentina, á Corrientes y al general Paz. Hubo algunos que llevados de un ardor exagerado, dieron *mueras* al general Rivera, pero este grito fué unánimemente reprobado, á la par que fué repetido con entusiasmo el *muera* contra el tirano Rosas.

13. Los buques del convoy se separaron durante noche. El *Orestes*, como más velero, se adelantó todos y amanecimos frente á las barracas de San

Gregorio, que se diseñaban como nubes en el horizonte. El poco calado del buque nos permitía navegar sobre el banco Ortiz. Poco más tarde sobrevino una calma y entonces divisamos á nuestra izquierda á los demás buques del convoy. A la una de la tarde refrescó el viento y á las 7.30 de la noche fondeamos, porque no siendo práctico el capitán del buque, no se atrevía á entrar de noche á la Colonia, temiendo también tocar en las Pipas.

14. Se levó el ancla á las 6 de la mañana y fondeamos á las 2 de la tarde, por falta de viento, frente al Rosario. Teníamos tres brazas de profundidad, hallándonos sobre el veril del banco.

Aunque he tomado por regla hablar en este *Diario* de mí lo menos que me sea posible, quiero, sin embargo, consignar en él algunos recuerdos personales, de aquellos que rompen el curso ordinario de la vida y forman suceso en ella. A este número pertenece el que voy á referir.

El calor sofocante del día y la quietud del río nos convidó, al capitán Eguía y á mí, á darnos un baño al costado del buque. Nos echamos al agua y nos pusimos á juguetear, pero sin separarnos mucho, pues los dos éramos malísimos nadadores y la corriente muy fuerte. Eguía que, nadaba un poco mejor que yo, contando demasiado consigo mismo, se alejó imprudentemente como á treinta varas del buque. El río bajaba con mucha rapidez y Eguía se había dejado ir suavente aguas abajo. Cuando quiso retroceder le faltaron absolutamente las fuerzas y no pudo adelantar una sola vara. Entonces

conoció que le era imposible llegar al buque y pidió auxilio, gritando que se había cansado. Mientras tanto, sin perder su espíritu, se sostenía sobre el agua con un movimiento pausado de los brazos A bordo todo era confusión. Mi primera idea fué irle á dar auxilio llegando hasta él, pero pensé que apenas me tocase iría irremediablemente á fondo. No contando con mis fuerzas y llevado de un sentimiento generoso, me determiné á llevarle la punta de un cabo, que pedí con instancia y que me alcanzaron, después que hubo transcurrido como un minuto. Entonces, tomándolo en los dientes me adelanté nadando precipitadamente para entregárselo No había aún andado veinte varas, cuando tuve la convicción de que me sería imposible volver. Casi tuve impulsos de retroceder, pero á la vista de aquel rostro pálido y desencajado, que me fijaba intensa mirada, como reconcentrando en mí toda su esperanza, sentí redoblarse mis fuerzas y agotándolas en un impulso poderoso conseguí llegar hasta él y entregarle el extremo del cabo salvador. Al hacerlo, tuve la precaución de no acercarme mucho á él, por temor de que en su turbación se agarrase de mí y nos ahogásemos los dos. No contaba yo que estuviese tan entero como lo estaba. Esta precaución me hubo de ser funesta, pues me impidió agarrarme yo mismo al cabo como lo había pensado hacer. No podré expresar con qué velocidad estas y otras muchas ideas del cálculo frío y meditado cruzaron por mi mente en el momento del peligro. Confrontando esta situación con algunas

otras de mi vida, empiezo á creer que las facultades intelectuales del hombre se aguzan en las circunstancias extremas y que entonces por intuición llegan hasta donde rara vez llega el cálculo.

Luego que Eguía se hubo apoderado del cabo, fué recogido por él hasta el costado del buque. Lleno de gozo por haber ejecutado una buena acción, le vi alejarse sin envidia, mientras que yo quedaba atrás, con la convicción profunda de que por mí mismo no me sería posible salvarme. Sin embargo traté de hacerlo y adelanté en efecto, como unas diez varas, nadando contra la corriente; pero de repente faltó el aire á mis pulmones y una completa postración se apoderó de mí; apenas podía mover un brazo para sostenerme sobre el agua. Una descarga eléctrica no me hubiera producido una conmoción tan instantánea. Traté con todo de adelantar camino, no queriendo pedir auxilio, pues volviendo los ojos á todas partes de nadie lo esperaba, y la confusión que reinaba en el buque con motivo de Eguía me hacía temer que nadie se fijaría en mí. Me equivocaba, porque en la palidez de mi semblante ya muchos habían conocido el peligro en que me hallaba. Cuando me hallé en la última extremidad quise articular un grito de socorro, pero sólo pude lanzar un suspiro ahogado, que debió ser muy angustioso y oculté la cabeza entre las ondas. Entonces perdí toda esperanza. Después me ha dicho Eguía que él oyó mi primer suspiro y que se le clavó en el corazón.

Cuando haciendo grandes esfuerzos logré levan-

tar mi cabeza sobre la superficie del agua, vi á mi asistente Joaquín Lozano que se dirigía nadando á darme auxilio. Al verme en peligro se había desgarrado la ropa con el cuchillo y echádose al agua por la proa. Su vista me dió aliento para sostenerme algunos momentos, porque mi vida la contaba entonces por segundos. Cifré en Lozano toda mi esperanza, y tan reconcentradas estaban sobre él todas mis facultades, que no veía un cabo que me alcanzaba el capitán don José M. Ortiz. Este joven, al ver lo que pasaba se había arrojado al agua medio vestido, y después de haber ayudado á Eguía á llegar hasta el buque vino á prestarme á mí su generoso auxilio. Mientras tanto, Lozano se acercaba nadando con rapidez. Antes de llegar á mí, suspendió por un brazo á Eguía que se sumergía, porque no le estiraban el cabo desde á bordo. Su primer palabra al sacar la cabeza fué: "Anda, socorre á tu comandante." Estas pocas palabras en aquellos momentos, hacen el elogio más completo del hombre á quien tuve la fortuna de poder salvar la vida.

El roce áspero del cabo contra mi cuerpo me hizo verlo. Me así de él ávidamente; pero, como no lo estiraban desde á bordo, me volví á sumergir por tercera vez, bebiendo en ésta mayor cantidad de agua que en las otras. Con mis manos crispadas sobre el cabo, me sentía ahogar desesperado, porque me faltaban las fuerzas para tirarme por él, y en la confusión que reinaba á bordo, nadie se acordaba de hacerlo. Entonces sentí una mano po

derosa que se apoderaba de mi puño derecho y me suspendía sobre las ondas: era Lozano. Este socorro y el que me prestó Ortiz al mismo tiempo me salvaron la vida. Auxiliados por ellos y por Ramallo, que se acordó de tirar del cabo, pude llegar hasta el costado del buque.

Al pisar la cubierta, mi primer pensamiento fué para mi esposa y para mis hijos: jamás he pensado más dulcemente en estas prendas hermosas de mi cariño, como jamás el sol se me ha presentado más bello y resplandeciente.

II

Sabido es que cuando el general Urquiza obligó á levantar el sitio de Montevideo al general Oribe, gran parte del ejército de este último se plegó á las fuerzas libertadoras. El hecho, halagador, tal vez, para otro, no ofuscó al general Urquiza, quien con la noción clara que tenía de las cosas y hombres de su tiempo, supo descubrir un grave peligro, en lo que parecía acrecentamiento de fuerza y poder de su ejército. Pensó, y los hechos demostraron su acierto, que aquellos hombres de Oribe, cuyo amor por Rosas (ó temor de su poder) les habría dado energías suficientes para mantener sin desfallecimientos una campaña de tantos años, durante la cual ni ropas ni dinero recibieran, serían un elemento disolvente en el ejército, pues no era creíble cambiaran en una hora ideas y afecciones guardadas durante tan largo lapso de tiempo; dejarlos á retaguardia sería crearse un serio obstáculo para el caso posible de una campaña difícil. En esta emergencia el general Urquiza formó, con tropa, oficiales y jefes de Oribe una división de vanguardia que debía marchar manteniéndose constantemente á dos leguas del ejército. En esta forma se atravesó Santa Fe y el ejército campó en territorio de Buenos

Aires. Aquí resolvió el general demorarse algunos días con objeto de reponer las caballadas y preparar debidamente para los combates próximos su ejército fatigado por tan larga marcha. La vanguardia fijó su campo á dos leguas del grueso de las fuerzas. El mando de esta división habia sido confiado al coronel Aquino, único unitario en ella, hombre de valor probado y unido al entonces comandante don Bartolomé Mitre por lazos de estrecha amistad. Mientras el ejército permaneció campado, todos los días traía el parte de vanguardia un ayudante del coronel, quien, con tal motivo, hacía el trayecto dos veces, por la mañana y por la tarde. Varias veces el comandante Mitre había pasado á la vanguardia, con objeto de visitar al coronel Aquino, y, si á esto se agrega que los clarines de una y otra parte se oían distintamente en los dos campos, se comprenderá hasta qué punto es de misterioso é inexplicable lo que sucedió al fin de esos ocho días.

El ayudante había dado su parte de la tarde é iba á regresar á la vanguardia cuando el comandante Mitre lo llamó y le rogó esperase á que él concluyera un trabajo urgente en que estaba empeñado, para hacer juntos el trayecto, pues deseaba pasar aquella noche con su amigo Aquino. La tarea demoró al comandante algún tiempo, de modo que serían las

ocho y media, cuando se pusieron en marcha. Hacía una luna hermosísima y como la suave temperatura convidaba á alargar el paseo, comandante y capitán pusieron sus caballos al paso y avanzaron departiendo alegremente. ¿Qué ocurrió entonces? ¿La conversación fué tan interesante que los distrajo hasta desorientarlos en aquella planicie ampliamente iluminada por la luna? ¿Cómo pudo perder el rumbo un hombre acostumbrado á hacer el corto trayecto durante ocho días? ¿Qué misterioso poder los alejaba del lugar á donde hubieran podido llegar con los ojos vendados? El hecho es que de pronto, interrumpiendo la conversación, el comandante se detiene é interpela á su compañero:

—Capitán, nos hemos desviado!

El ayudante, después de orientarse:

—No, señor comandante; hago el viaje todos los días é iría allá con los ojos cerrados; es que la marcha al paso nos ha demorado.

Entonces pusieron sus caballos al galope, y con grande asombro fueron á dar en un rancho que á ambos les constaba no existía entre los dos campamentos. Informándose allí supieron que habían dejado atrás como á una legua, el campo de la vanguardia, sobre cuya derecha se habían corrido.

Riendo del chasco y bromeando sobre las notables cualidades de *vaqueano* de que había

dado pruebas indiscutibles el ayudante, volvieron sobre sus pasos y llegaron al campamento pocos minutos después. Ya en él, les llamó la atención la falta absoluta de guardias, centinelas ó escuchas, pues llegaron hasta la *carpa* del coronel sin que una sola voz les diera el ¡alto!

—Es inconcebible el descuido de Aquino,— murmuró preocupado el comandante, descendiendo al lado del centinela, que, tendido, dormía á la entrada de la *carpa*. El silencio en todo el campo era profundo; algunos fogones mortecinos aquí y allá, apenas formaban manchas rojas en el suelo.

El comandante se inclinó y sacudió al dormido centinela, que no dió señal alguna de despertarse. Estaba de cara al suelo. El ayudante trató de volverlo de espaldas y no pudo contener un grito: ¡Lo que removía era el cuerpo ensangrentado del coronel Aquino!

Veinte minutos antes, mientras el comandante Mitre y el ayudante vagaban perdidos á una legua de la vanguardia, ésta, últimos restos del temible ejército de Oribe, movida por secretos impulsos que la arrastraban hacia el Dictador, se sublevaba y emprendía marcha hacia el cuartel general de Rosas, después de dar muerte al único unitario que encontró al paso, porque el destino alejó de allí á otro que había de ser, andando el tiempo, cabeza y corazón de un gran pueblo.

III

El general Hornos, cuya reputación de valiente se mantiene á través de los años, recordándosele como á uno de los más audaces en las campañas y en las batallas, tenía por el entonces coronel Mitre alta consideración y cultivaba su amistad.

Pero sucedió, allá por el año 1857, que chismografías menudas hicieron llegar á conocimiento del general Hornos que el coronel Mitre se había expresado mal de él. Hornos, que tanto como valiente era violento, se puso furioso y determinó ir personalmente á pedirle á Mitre una explicación y á proceder contra él si era necesario.

El general Hornos montó á caballo, empuñó su formidable lanza y sin decir una palabra á nadie se dirigió á la casa del coronel Mitre, situada entonces en la calle de Representantes, hoy del Perú.

Llegó allí y sin desmontarse golpeó la puerta con su lanza, pidiendo al sirviente que salió á enterarse de la novedad, que llamase de su parte á Mitre.

Salió éste al zaguán, tranquilo y sereno omo siempre, ajeno completamente á las inenciones del general Hornos. Al verlo en

esa actitud que todo decía menos que fuese su enemigo, tuvo un instante de rápida reflexión y cambiando súbitamente de propósito se bajó del caballo y acercándose al coronel Mitre le refirió lo que había oído y el plan que llevaba.

El coronel Mitre quedó sorprendido porque no sólo no se había expresado mal del general Hornos, lo que no era su costumbre con nadie, sino que, por el contrario, le guardaba el afecto de siempre.

El general Hornos, completamente convencido y dominado por el que creía su detractor, pasó al escritorio de éste y la escena que hubo de tener un final trágico se convirtió en un efusivo abrazo y esos dos hombres quedaron más amigos que nunca.

La hija mayor del general Hornos, que reside aún en La Plata, conservó por el general Mitre hasta el día de su muerte una admiración profunda y un cariño intenso.

IV

La personalidad luminosa del general Mitre irradiaba más allá de las fronteras de la patria y era la más alta exponente del intercambio intelectual con los hombres principales de la América y la Europa.

Ningún argentino ha merecido más espontánea consideración ni gozado de mayor prestigio y respeto en el exterior que el general Mitre, y su correspondencia privada mantenida con todas las eminencias de los dos hemisferios, puede formar gruesos volúmenes. Se le conocía por sus obras y se le respetaba por sus hechos y virtudes republicanas y cada extranjero que regresaba á su patria, habiéndolo conocido, voceaba sus nobilísimas cualidades y su intelectualidad vigorosa como ninguna otra. Mitre en América y en Europa, era considerado algo así como el patriarca de la nacionalidad argentina.

Entre los grandes hombres de la América latina que le profesaban un sincero cariño y una intensa admiración, se contaba el infortunado presidente de Chile don José Manuel Balmaceda. El presidente Balmaceda perseguido, hostigado, acorralado por sus implacables adversarios políticos, á raíz de una revolución triunfante, sintió su espíritu anublarse, vió con horror lo que ve-

nía y se impuso á sí mismo, serenamente, bravamente, un heroico sacrificio. Buscó asilo en la legación argentina de Santiago, desempeñada entonces por el doctor don José Evaristo Uriburu y allí, á solas con sus pensamientos y sus presentimientos, encontró en la muerte dada por propia mano, la finalidad de su injusta desgracia. Balmaceda se mató de un tiro de revólver.

El infortunado presidente chileno volcó en un notable testamento político todas sus angustias y su grandeza, y quiso que este documento fuese confiado á su noble amigo general Mitre.

La viuda del ex presidente chileno cumplió la última voluntad de su esposo y con una carta íntima conservada en el archivo privado del General, custodiado por manos filiales, le envió ese documento que pertenece á la historia.

El desgraciado presidente chileno había puesto su último pensamiento en el prócer argentino.

V

Era la víspera del centenario del general Lavalle.

El doctor Uriburu, entonces presidente de la República, titubeaba en permitir que las fuerzas del gobierno nacional rindieran honores al "héroe y al mártir".

El presidente aducía que tal conmemoración importaba herir sentimientos partidistas aun no extinguidos, y lastimar los afectos de la familia de Dorrego.

Esos escrúpulos no pudieron vencerse...

Como á tabla de salvación, varios miembros de la comisión popular, acudieron en póstuma instancia al general Mitre, para que con su consejo y autoridad quebrantase la resolución del presidente.

Vióse al General. Expuesto el caso, el patricio guardó largo silencio, y sus ojos glaucos, impasibles y mortecinos, no tuvieron ni un destello.

Al rato, extendióse en consideraciones sobre la actuación histórica del general Lavalle y fríamente, tras la breve conferencia, fueron despedidos.

El General, diplomáticamente, había esqui-

vado su opinión sobre la actitud que correspondía asumir al gobierno.

¿Se entrevistó el general Mitre con el doctor Uriburu?...

Lo ignoramos; pero al día siguiente, Mitre, aclamado y llenado de flores, marchaba en la columna cívica y las tropas nacionales formadas en la plaza Lavalle, presentaban sus armas al héroe de Río Bamba y de Moquehua.

VI

Como se sabe ahora, el ataque de Curupaity era una operación combinada en junta de guerra de los generales aliados. La escuadra brasileña debía forzar el paso del río destruyendo previamente las fortificaciones. Porto Alegre y el general en jefe atacarían tan pronto como el almirante Tamandaré diera la señal de haber cumplido su cometido. Polidoro, con el ejército brasileño y las fuerzas argentinas que quedaron en Tuyuty á las órdenes del general Gelly, haría una fuerte demostración por el frente del enemigo para llamar su atención y distraer parte de su fuerza, y, por último, el general Flores, con la caballería, operaría por el Norte, de manera que el campamento paraguayo fuera amenazado por los cuatro lados.

Bien, pues, el almirante brasileño hizo la señal de haber forzado el paso, *descangalhando*, según su expresión, las fortificaciones, pero ni forzó el paso ni *descangalló* nada, haciendo que el general Mitre y Porto Alegre fueran á estrellarse contra las trincheras paraguayas completamente artilladas y defendidas; Flores se extravió y no llegó al punto que le estaba designado y Polidoro no hizo nada, resultando de esta falta de cooperación, el

sangriento pero heroico rechazo de Curupaity.

El general Mitre había escrito el día mismo á las ocho de la mañana al general Polidoro, lo siguiente: "Que el reconocimiento de V. E. por esa parte sea á fondo y no trepide en llevar el ataque á las líneas en el momento oportuno, pues el enemigo tiene divididas sus fuerzas. Por esta parte nada dejaremos de hacer, porque de los esfuerzos de este día depende el resultado inmediato de la campaña."

En el momento en que, después de oir tronar por horas enteras las formidables *bocas de fogo* de la escuadra y hecha la señal por Tamandaré, se iniciaba el avance sobre las trincheras, se oyeron algunos tiros del lado de Tuyuty y, llamándole la atención al general en jefe, el general don Emilio Mitre, contestó á aquél:

—"Debe ser Polidoro que ataca"...

Y después de esa conducta de los aliados, el noble general argentino soportó impasible y mudo los duros reproches que se le hicieron por un fracaso de que nadie tenía menos culpa que él, cuando con una palabra salvaba su responsabilidad; pero esa palabra habría importado la ruptura de la alianza y el éxito de la guerra y el general Mitre prefirió su descrédito personal al bien de la patria.

No se conocerá en la historia un ejemplo de patriotismo y abnegación semejantes.

VII

El General estaba gravemente enfermo en el Paraguay. Un oficial solicitaba permiso para bajar á la capital, pero como este permiso no podía concederse á nadie por las ordenanzas, después de una acción de guerra adversa, la secretaría despachó desfavorablemente la solicitud.

Hallándose el secretario en el rancho del General en Tuyucué, le entregaron á éste una carta del oficial en que insistía en su pedido, y al leerla no pudo el General contener sus nervios, como tenía habitualmente el privilegio de hacerlo y, en un ataque de impaciencia y de ira, exclamó:

--¡Esto es una infamia, un insulto! ¡Me creen capaz de cometer un acto de favoritismo faltando á mi deber!—y siguió profiriendo palabras duras y haciendo trizas cuanto le caía á la mano.

—¡Déjeme!—le dijo al secretario, que no sabía dónde meterse y que saliendo del rancho pálido y sin alientos fué á ver al oficial de servicio que era ese día Juan Francisco Vivot, á quien contó lo sucedido, pidiéndole que viese al General con cualquier excusa. Vivot, temeroso también de un accidente grave, atendido el estado de debilidad en que estaba el enfermo, no se ani-

mó, sin embargo, á forzar la consigna, presentándose á su jefe sin ser llamado.

No se sentía ningún ruido en el rancho, pero aumentando la zozobra del secretario y del ayudante que profesaban al General ese sincero cariño que nace de la estimación y el respeto, resolvieron sacar la brasa por la mano del gato, como vulgarmente se dice, y llamando al asistente Manuel Díaz, le dijeron que creían que el General lo necesitaba.

Entró Manuel, y un instante después salió diciéndole al secretario:

—El señor general dice que vaya.

—Continúe,—le dijo á éste cuando entró, ya completamente calmado y como si nada hubiera ocurrido.

Estos arranques violentos han sido muy raros en la vida del General, pero han ocurrido algunas veces, ó estando enfermo, ó cuando había concentrado demasiado mal humor, haciéndole perder el dominio de sus nervios.

VIII

El General no improvisaba sus planes de campaña. Solía pasarse dos y tres días paseándose desde su galera ó rancho hasta cierta distancia, de donde volvía, al extremo de marcar una senda como la de las hormigas en el campo, aunque mucho más ancha. Terminada la gestación tomaba un lápiz y comenzaba á llenar cuartillas con garabatos ininteligibles que hacían sudar al secretario para descifrarlos, pues nunca se permitió el lujo de preguntarle:

—¿Qué dice aquí, señor?

Si no entendía buenamente se lanzaba á adivinar y adivinaba.

Cuando escribió su famosa *Memoria* de Setiembre 9 del 67, que enviada confidencialmente al emperador del Brasil por conducto de nuestro ministro en Río, determinó el inmediato pasaje de la escuadra arriba de Humaitá, estuvo tres días paseándose en Tuyucué, y luego dos días enteros haciendo geroglíficos á lápiz, que traducidos fielmente por el secretario, dieron forma legible á ese importante documento, que no sólo sirvió para determinar el fin de la guerra sino que últimamente vino á salvar con su publicación la honra nacional, desmintiendo los

cargos malignos y calumniosos del marqués de Caxías.

Y los ayudantes creían que esos paseos, de un lado para otro, eran manifestaciones del *dolce far niente*. Sólo el secretario sabía lo que significaban y ponía su barba en remojo, preparándose para la ímproba tarea, con su trasnochada correspondiente.

IX

Corría el año 1852. Buenos Aires sitiada luchaba una vez más heroicamente por la unidad nacional y por las libertades patrias, nuevamente amenazadas de caer en el caos del caudillismo y la anarquía.

Se estaba en pleno sitio, esperando día á día y momento á momento, el asalto á la ciudad, cuando el general Paz fué avisado por sus avanzadas de que el coronel enemigo Clavero, con fuerzas á sus órdenes, amenazaba repetidamente invadir por el lado de la Recoleta.

Con el objeto de impedir el avance ordenó el general al coronel don Julián Martínez que situara un cantón sobre la casa más avanzada que existía sobre la calle Larga y que estaba como á doscientos metros de las Cinco Esquinas, comisionando al mismo tiempo al ayudante Carlos M. Bazo para que colocara sobre el camino varios "caballos de Frisia"—caballetes de madera gruesa, enterrados por un extremo en el suelo y erizados de fuertes púas de hierro aguzadas, que dificultarían el avance enemigo en caso de ataque y permitirían reforzar la defensa.

Regresaba el ayudante de cumplir la misión que se le había encomendado, cuando, nueva-

mente el enemigo apareció á inmediaciones del cementerio, y esta vez con una pieza de á cuatro, con la que rompió el fuego sobre las guerrillas porteñas; en ese mismo momento el coronel Mitre, jefe de estado mayor de la defensa, atraído por el estampido del cañón, llegaba al galope de su brioso saballo, seguido de sus ayudantes. Vestía un sencillo uniforme negro y el tradicional chambergo que más tarde debiera ser una enseña y un símbolo querido.

Enterado por el capitán Bazo de los pormenores del momento, resolvió cerciorarse personalmente de la importancia del ataque y echando pie á tierra se encaminó al mencionado cantón. Breves momentos hacía que el coronel Mitre observaba al enemigo con su anteojo apoyado en el parapeto, cuando un certero tiro de cañón de los atacantes dió en la parte superior del edificio arrancando un gran trozo de cornisa; el movimiento instintivo de todos los que le rodeaban fué esa conmoción nerviosa que se traduce por un recogimiento del cuerpo. Reaccionando luego, fijaron la vista en el coronel Mitre dispuesto á la contingencia de un nuevo disparo. Este permanecía aún en la misma actitud de observación que algunos momentos antes, cubierto del polvo desprendido de la cornisa destrozada, y sin que acusara la mínima sorpresa. Al erguirse de su posición, su sem-

blante sin un solo gesto, sin una sola contracción muscular, guardaba esa serenidad imperturbable de todos los momentos que no debía alterarse nunca, tanto en el triunfo como en la derrota, así en sus días felices como también cuando alguna desgracia tocó á su venerado hogar.

Y el coronel Mitre, después de sacudir con un latiguillo que pendía de su mano derecha el polvo que cubría su uniforme, descendió del cantón, montó á caballo y se alejó lentamente del sitio de este episodio que había de ser pálido comparado con posteriores hazañas.

X

En 1853 debía revisarse en Santa Fe la Constitución Nacional para tentar la organización de la República.

El general Mitre era entonces gobernador de la provincia y Urquiza presidente de la República.

Era necesario evitar que el general Urquiza fuese á Santa Fe, porque su presencia allí podía ocasionar choques con las delegaciones que habían ido de Buenos Aires, entre otros el ardoroso Adolfo Alsina.

Entonces, el General, de acuerdo con su ministro doctor don Guillermo Rawson, resolvió despachar en comisión cerca del general Urquiza, á don Juan Bautista Peña y don Agustín R. Silveyra. Como el primero de éstos se encontrase enfermo, el General dió una carta á Silveyra presentándolo á Urquiza.

Llegó el emisario al histórico palacio de San José, en circunstancias que el vencedor de Caseros estaba rodeado de muchos de sus amigos y con un humor de todos los diablos.

Al enterarse Urquiza de la misión que Silveyra llevaba, hizo retirar á sus visitas y la entrevista se celebró. El general rehusaba en un principio aceptar la invitación de Mitre y en

algunos momentos llegó á levantar airadamente la voz, lo que obligó á Silveyra á no quedarse callado.

De pronto, Urquiza cambió de tono y codeando familiarmente á Silveyra, le dijo:

—Bueno, amigo, usted es un buen porteño; no es como estos adulones que me acompañan; dígale á Mitre que no iré á Santa Fe.

Esta determinación de Urquiza, previsoramente buscada por el general Mitre, salvó al país de una gravísima perturbación, porque los ánimos estaban muy exaltados y los porteños que habían ido á Santa Fe se proponían hacerle pasar un mal rato, quién sabe con qué consecuencias.

XI

Las relaciones internacionales entre Chile y la Argentina habían llegado á sus extremos y en ambos países se predicaba la guerra y sus gobiernos reunían precipitadamente y sin escatimar sacrificios ni recursos toda clase de elementos bélicos.

La atmósfera que se respiraba por aquellos días alejaba la posibilidad de un arreglo pacífico de la secular cuestión de límites que dividía profundamente á los dos países. Los ejércitos estaban sobre las armas; los astilleros extranjeros trabajaban febrilmente poderosas máquinas de guerra; la guardia nacional de ambos países se hallaba bajo banderas y su instrucción militar se hacía rápidamente por medio de expertos instructores. Este ambiente guerrero se completaba con la prédica de la prensa en su casi totalidad partidaria del rompimiento de hostilidades y con las manifestaciones públicas que se sucedían á diario en todos los puntos de la República encendidas por las arengas de oradores populares.

La guerra, la guerra que aparte de sus horrores amagaba traer una conflagración continental, se presentaba, desgraciamente, inevitable.

Fué en esos momentos solemnes y casi puede decirse en que las armas estaban á un paso de chocar, que el presidente de la República general Roca, abarcando la gravedad de la situación y de sus responsabilidades, tentó un esfuerzo supremo, provocando en su despacho oficial una reunión de notables.

A ella fueron los hombres espectables del país que por sus antecedentes, su patriotismo, sus servicios probados, sus previsiones y sus talentos podían y debían pronunciar la última palabra y decidir de la suerte de la República, siendo el primero de los invitados el general Mitre.

La conferencia mantenía una ansiosa expectativa en todo el país, como que de ella debía salir irrevocablemente la paz ó la guerra. Las opiniones coincidieron en la gravedad del momento y en lo inevitable del rompimiento. El General no contrarió aquella corriente irresistible y dió su opinión atemperada pero firme, que fué escuchada con profundo respeto. Añadió, no obstante, que aun podía hacerse un último esfuerzo para conjurar la tormenta.

—Demórese por veinte y cuatro horas,—dijo,—toda solución extrema y en veinte y cuatro oras, aún mucho puede hacerse.

Su palabra serena, autorizada, impregnada uién sabe de qué secretos designios ó de qué

intuición patriótica en aquellos instantes de supremas angustias, fué escuchada. Se resolvió esperar veinte y cuatro horas más.

El General se retiró de la memorable conferencia dominada su grande alma por la nobilísima obsesión de detener el peligro inminente y desde ese momento, asumiendo sobre sí la responsabilidad de las circunstancias, se puso en activísima comunicación telegráfica con las autoridades superiores y los notables de Chile, exhortó, predicó la paz en nombre de la tradición de los dos países, de sus glorias comunes, de su presente, de su futuro, de los horrores de la guerra y esa palabra austera, justa é inspirada como palabra evangélica, fué oída. Y lo que veinte y cuatro horas antes era la guerra, fué veinte y cuatro horas después el feliz preliminar de la paz, sellada más tarde concienzudamente por el patriotismo de los dos pueblos hoy confundidos en el abrazo fraternal de dos hermanos.

El general Mitre había triunfado una vez más en la paz como tantas otras veces había triunfado en la guerra.

XII

Pactada la capitulación de Junín, un conocido personaje visitó al coronel Arias para proponerle que ese pacto fuese violado en perjuicio del general Mitre y los demás prisioneros de guerra.

El coronel Arias, espíritu caballeresco y soldado pundonoroso, se sublevó ante esa proposición y contestó textualmente al emisario:

—"Si se les toca un pelo al general Mitre y demás jefes que han capitulado en Junín, diga usted al presidente de la República y ministro de la guerra, que con las fuerzas mismas que me han enviado para vencer la revolución y con esos mismos prisioneros los echaré fuera del poder."

Antes, á otra comisión que lo visitara con las mismas ideas, el coronel le había contestado:

—Si las charreteras de general las he de llevar manchadas con la sangre del ilustre general Mitre, que se las guarde el señor presidente Avellaneda. ¡Malditas sean ellas!

El General, que conocía las afecciones del coronel Arias y sus sentimientos elevados, le llamaba invariablemente su "noble amigo".

XIII

Vencida la revolución radical del 4 de Febrero de 1905 y mientras los jefes y oficiales que habían tomado parte en ese movimiento se hallaban sometidos á los consejos de guerra, el general Mitre fué á visitar al presidente de la República doctor Quintana para felicitarlo como patriota por la terminación de los sucesos.

El General conversó con el presidente, recordándole los precedentes generosos de todos los gobiernos y del pueblo en materia de amnistía.

El presidente Quintana escuchó las palabras del General sin abrir opinión.

Al retirarse del despacho y darle la mano de despedida, le dijo:

—Presidente, no haga usted mártires!...

REMINISCENCIAS DE SU VIDA

REMINISCENCIAS DE SU VIDA

I

Era en la noche larga de la tiranía... Flotaba en el ambiente un vaho de tristeza; la amarga decepción de la catástrofe había doblegado á muchos combatientes de otrora, y el vasto territorio de la patria era un desierto donde no hallaba ya eco la palabra del hombre independiente.

Entonces, un puñado de jóvenes, que había permanecido en el país tratando de minar los cimientos del despotismo con la palabra escrita y la propaganda verbal, decidió buscar en el extranjero un asilo momentáneo,—momentáneo, porque se aprestaba á regresar á la patria en pie de guerra contra el déspota que con férrea mano la oprimía.

En aquel núcleo de patriotas, Mitre, el más joven de todos, se destacaba por la clarovidencia de sus juicios, la firmeza de su convicción y la acidad con que defendía sus ideales. El carácter varonil y militante de Mitre, al decir de de los panegiristas de Alberdi, le revelaba

ya el maestro en acción de las libertades de la patria

De aquellos tiempos es la siguiente poesía arrancada por don Francisco Cruz al archivo del doctor Alberdi y remitida á don José J. Biedma, quien á su vez nos la envía para que la hagamos conocer del público.

La poesía no lleva al pie el nombre de Mitre, y el doctor Alberdi que la guardaba en sus colecciones, la exhibió más de una vez ante sus amigos, según manifiesta el señor Cruz, como un testimonio de los generosos sentimientos que animaban á aquel puñado de jóvenes que luchaba entonces por la libertad

A LA SEÑORITA DOÑA JUANA MANN CON MOTIVO DE SU BANDERA DE MAYO

Ya flamea por el aire
Ese estandarte de gloria,
Que condujo á la victoria
A mil valientes y mil.
Resuena el cañón de Mayo
Al ver cual se eleva santa,
Y ya nuestro oído encanta
La armonía del fusil.

Ya que animas al soldado
Con tus palabras de fuego
Y que diriges tu ruego
Por la santa libertad.

Allá, en el grandioso día
Tal vez pongas animada
Una rosa marchitada
En mi tumba funeral.

Ya se acerca ese gran día
En que el pueblo se levante,
Y en la pirámide cante
El Himno de la Igualdad.
En ese día, tal vez
Yo te vea en Buenos Aires,
Tal vez llenando los aires
Con cantos de Libertad.

Hija del Plata, llenaste
Tu misión sagrada y pura.
La misión de la hermosura
Es infundir el valor.
Tú que levantas tu acento
Para animar á los hombres;
Yo recordaré tu nombre
Sobre el campo del honor.

Uno de los que van á combatir por la Bandera de Mayo.

II [1]

Era á principios de Septiembre de 1861.

El ejército de Buenos Aires estaba preparado ya para ponerse en marcha hacia San Nicolás de los Arroyos, para combatir al general Urquiza que con las fuerzas del ejército de la Confederación, se dirigía sobre la que es hoy capital de la República, á fin de imponer por medio de las armas el cumplimiento de los pactos constitucionales establecidos anteriormente.

Era á la sazón gobernador de Buenos Aires y general en jefe de su ejército el general Bartolomé Mitre, y había en la población como puede explicarse sin esfuerzo, una efervescencia y una animadversión realmente tenaz contra el vencedor de Caseros.

Puede decirse que la mayor propaganda contra el general Urquiza, era fomentada por el diario *La Tribuna* que dirigían por aquel entonces Mariano y Héctor Varela. La redacción de aquel diario era un hervidero. Todos los enemigos que eran natos, tradicionales ó modernos del general Urquiza, se reunían allí, en la famosa "Cabrionera", con el propósito de secundar la propaganda de hostilidad en que estaban empeñados los Varelas.

(1) Manuel M. Ruiz.

Figuraban entre los concurrentes asiduos á las reuniones de la "Cabrionera", el poeta Mármol, Adolfo Alsina, Domingo F. Sarmiento, Estanislao del Campo y veinte más que no eran menos tenaces adversarios de Urquiza que ellos.

La "Cabrionera" resolvió un día invitar al general Mitre á una fiesta que en su honor se celebraría en *La Tribuna*, con el fin ostensible de despedirle para la campaña que iba á emprender, pero con el propósito oculto de preguntarle qué haría con el general Urquiza, si llegaba á tomarle prisionero en el campo de batalla.

El general Mitre concurrió á la cita.

Estaría entre los suyos y no podía desairar tan gentil y cortés despedida. Era un anticipo que se hacía á los éxitos futuros y no era el caso de desdeñar esos prolegómenos de una gloria que contaba por segura.

Llegar, una noche, el general Mitre á la sala de redacción, acompañado de una parte de su brillante estado mayor, y caer sobre él una avalancha de admiradores, fué todo uno. Plácemes, felicitaciones anticipadas, muestras de simpatía, deseos de victoria, votos de prosperidad, incitaciones patrióticas, todo cayó sobre el general Mitre, en amable torneo de complacencia. El futuro presidente constitucional de la República, recibía entre sonrisas y apreto-

nes de manos todas aquellas manifestaciones de cariño que estimaba sinceras, por lo mismo que venían de sus más ardientes y decididos partidarios.

Poco á poco la reunión fué raleando, porque todas las cosas de la vida tienen un origen y un término. Cuando sólo quedaron los íntimos, los influyentes de la política, los que tenían el derecho de investigar los pensamientos del general Mitre, la rueda se hizo más estrecha y el cerco más apretado, de tal manera que se podía hablar con absoluta confianza y abordar de frente el tema.

—General,—dijo el poeta Mármol—ya está usted con el pie en el estribo para ir á combatir á Urquiza, y no hay para qué afirmarle que regrese usted cargado con los laureles de la victoria. Pero quisiéramos hacerle una pregunta categórica, y aspiramos también á que nos conteste categóricamente: ¿qué hará usted con el general Urquiza si llega á tomarlo prisionero en el campo de batalla?

El general Mitre guardó silencio por un instante.

—¿Le fusilará usted?...—dijo otro, como avanzando su opinión.

—¿Le desterrará?...—agregó un tercero lleno de ansiedad.

—¡Oh! lo que menos merece es que sea fusilado,—murmuró alguien entre dientes.

—Fusilado, no,—dijo un cuarto,—pero sí castigado severamente, como se merece, por su osadía...

El general Mitre continuaba silencioso. Una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios, como si quisiera significar que ninguno acertaba con su pensamiento.

—Sí, seguramente, lo fusilará usted—exclamó uno de tantos, como si quisiera dar por terminada la consulta—¡ya lo creo que lo fusilará! ¿no es cierto, General, que lo fusila si lo llega á tomar prisionero?

El general Mitre dejó caer lentamente entre los miembros asombrados de esa asamblea íntima y terrible, estas palabras:

—Si yo tuviera la felicidad de triunfar y de tomar prisionero al vencedor de Caseros, le colocaría á mi derecha, mandaría batir marcha regular y le haría revistar, junto conmigo, el ejército victorioso...

III

El General amaba á Chile con afecto intenso y frecuentemente recordaba los tiempos de su proscripción en aquella tierra hermana donde había pasado los primeros tiempos de su agitada vida, por los grandes ideales republicanos y su alma romántica y soñadora había recibido impresiones que siempre estuvieron en su memoria.

Por ello es, que cuando el ilustre patricio hizo su segundo viaje á Chile en 1883, fué que dijo en un círculo de amigos, que realizaba algo muy grato, algo que satisfacía sus más viejos y caros sentimientos: volver al país de los buenos camaradas de aventuras políticas, de los nobles rivales en la literatura americana y regresar á la ciudad de las mujeres más graciosas y más amables de todo Chile, al referirse á Santiago.

Desterrado de su patria y de Bolivia, donde imperaba entonces el despotismo, el General llegó precedido de la fama de escritor y de soldadado, poco después de los treinta años, instalándose en Valparaíso, donde, primero como colaborador y luego como redactor, ingresó á *El Mercurio*, diario que entonces pertenecía á un

miembro conspicuo del partido liberal revolucionario, don Pedro Félix Vicuña.

En su entusiasmo de hombre libre y de poeta, fué cuando se engolfó el General en esa aventura política que tuvo un desenlace sangriento y que motivó que el gobierno chileno lo desterrara al Perú.

Sólo á su vuelta de ese país, en 1852, fué á establecerse en Santiago en una modesta casa de la calle Duarte (hoy Lord Cochrane) Ahí, durante más de un año, fué donde llevó una vida pobre, pero fecunda y distinguida.

En esa casa tan modesta, como la que le regalara su pueblo más tarde, trabajó con actividad y entusiasmo en la literatura y poesía hasta que sus relaciones lo aconsejaron se asociara al círculo de los "Amigos de las Letras", esa memorable academia en la cual, bajo la presidencia de Lastarria, argentinos y chilenos celebraron torneos intelectuales, que han enriquecido con sus frutos la literatura americana.

Aunque pobre, el general Mitre, sin otros recursos que los que le daban sus producciones literarias, frecuentaba la alta sociedad de Santiago, porque entonces esa sociedad, más que al dinero, rendía culto al talento, al mérito personal y la gloria conquistada en los campos de batalla.

Fué en Santiago, donde el general Mitre, en

aquel tiempo, encontró verdaderos hogares en las casas de las señoras Herrero de Toro y Vicuña de Rodríguez Peña, y en la de Pedro Félix Vicuña, de quien fué su empleado como repórter de *El Mercurio*, en sus primeros tiempos.

Durante su destierro, conoció al que fué más tarde uno de sus mejores amigos que tuvo en Chile, don Benjamín Vicuña Makenna hijo de don Félix, con quien el General trabajó con tanta dedicación é interés, que le valió las distinciones que le prodigó su director y amigo, en premio á sus esfuerzos.

En casa de la distinguida señora Eugenia Vicuña de Rodríguez Peña, esposa del hijo de un prócer argentino, pasó el ilustre patricio ese corto tiempo de su vida, que fué, según sus propias palabras, "el más pacífico y feliz".

Era la señora de Rodríguez Peña una de las damas más preciosas y de mejor talento que tuvo Santiago en aquellos años. En la Argentina y en Chile, se ha dicho que el General la amó, que tuvo por ella una pasión tan profunda como platónica que durante toda su vida guardó por ella una especie de culto, el culto que los hombres de corazón y de talento saben rendir á la belleza, gracia, virtud y amistad reunidas.

Ese amor no fué una leyenda; el general Mitre lo sintió y le manifestó en muchas de sus obras

poéticas, á través de sus cantos, en los que se traducía la visión de esa pura y admirable mujer.

Cuando volvió, en 1883, á Chile, su amigo don Benjamín Vicuña Makenna quiso hacerle padrino de una hija suya nacida en esos días. El General aceptó semejante distinción, que agradeció más aún cuando se le dejó á él que escogiera el nombre que debía llevar su futura ahijada; sin titubear indicó el de Eugenia. Al tiempo de recibir su ahijada el agua del bautismo el General pronunció las siguientes palabras: "Eugenia Vicuña... que seas como la otra de tu mismo nombre que hubo en tu país... toda inteligencia, toda belleza, toda bondad, toda virtud... Que haya siempre en Chile una Eugenia Vicuña."

La ahijada del ilustre prócer, hoy señorita Eugenia Vicuña Subercaseaux, contrajo enlace en Santiago, en Marzo último, con el distinguido caballero Carlos Viel Isaza.

El general Mitre había aceptado ser su padrino del matrimonio, así como lo fué de pila; pensaba, imposibilitado por sus años, hacerse representar en Santiago por medio de un amigo, pero su muerte no le permitió llevar ante el altar, coronada de azahares y de tules, á la que llevó ante la pila del bautismo y que por él lleva el nombre de la distinguida dama chilena que el General veneró siempre.

El ilustre patriota manifestó en todo momento gran predilección por la señorita Vicuña Subercaseaux, con quien hasta hace muy poco tiempo mantuvo correspondencia, que se vió obligado á suspender en la hora suprema. En una de sus últimas cartas le decía: "Qué felicidad la mía; hasta mi muerte, que se aproxima, podré escribirle á Eugenia Vicuña."

En esa visita que hizo á Chile el general Mitre llevó como secretario á don César González Segura, quien es hoy uno de los miembros más distinguidos de la alta sociedad de Buenos Aires. El gran hombre se alojó entonces en la quinta de Vicuña Makenna y en casa de la señora Herrero de Toro.

También pasó una corta temporada en una de las haciendas de don Agustín Edwars. Desde allí asistió á la ovación que le hizo Chile. Y las personas que así lo conocieron, en la intimidad, lloran hoy, más que al más grande de los americanos, al hombre incomparable, al amigo fiel, al varón justo.

IV

Beso de luz y de amor, consorcio de una imaginación ardiente con un alma delicada y sensible, la poesía encendió sus destellos en las fibras íntimas del general Mitre.

Era un hombre que se había impuesto como lema: "trabajar hasta la hora de morir".

Así lo probó en su ancianidad, puesto que en vísperas de las grandes acciones guerreras, como un convencido del respeto que le guardaría la muerte, en vez de ponerse bien con Dios, trabajaba incansablemente, dejando muchas veces la labor interrumpida "para después de la batalla".

Después de las horas de servicio, en el sitio de Montevideo, con sus libros de poesías bajo el brazo don Bartolomé Mitre llegaba á la jefatura de policía, que estaba á cargo de su gran amigo don Andrés Lamas.

Servía yo en ese tiempo,—dice el que escribe estos recuerdos,—como ayudante del último y tuve oportunidad de apreciar la hermandad de esas almas, unidas por una estrecha amistad y por el arte.

De nueve á nueve y media de la noche, era la hora común en que se reunían.

En más de una ocasión, mi jefe me ordenaba:

—Mazariegos, vea si llega Mitre.

Era la impaciencia artística, el alma gemela que atraía y llamaba al alma del poeta-militar.

Leían mucho, escribían y á cada momento, ante una idea grandiosa, los dos amigos, con las miradas fijas, se entregaban á la meditación.

Era encantador este cuadro. Hay emociones que no pueden traducirse á la escritura. Me abstraía en la contemplación de esos dos seres y, por contagio ó sugestión intelectual, más de una vez la satisfacción retratada en esos rostros queridos, la sentía como una conquista propia.

Llegaba con las primeras claridades del día la hora de la separación.

Daba aviso á la pequeña escolta que acompañaba á Mitre, y embelesado veía la separación de los dos hombres, cuya despedida se repetía con un franco y sonoro "hasta luego", que el eco parecía repercutir en las lejanías.

Durante el sitio de Montevideo, también tuve oportunidad de apreciar la manifiesta inclinación del general Mitre hacia la poesía.

Visitaba con mucha frecuencia mi hogar materno, en donde Mitre era apreciado como si fuera de la casa.

Después de los saludos de estilo, se sentaba en una hamaca, abría su libro, que lo colocaba ante sus ojos, y se abstraía por completo en la lectura: había que dejarlo con su inclinación favorita.

Una tarde llegaba de visita á casa don Joaquín de Vedia, jefe del regimiento de artillería al que pertenecía Mitre. Era aquél grande amigo de mi señor hermano, el entonces teniente coronel don Luis Mazariegos, y estas visitas eran frecuentes, pues mi casa materna quedaba frente por frente del cuartel de artillería.

Don Joaquín de Vedia notó á Mitre que continuaba en su lectura, sin saludarlo militarmente.

Su rostro, con expresión nerviosa, se contrajo, y dió á Mitre orden de arresto.

Intercedió mi señora madre, defendiendo á Mitre, y Vedia dejó sin efecto la orden que diera.

Aquel gran patricio cercano, ese espíritu abstraído por completo en la meditación y en el estudio, agradeció con una sonrisa á su defensora, dándose recién cuenta del incidente que su abstracción había motivado.

V

Cuando se instaló el antiguo Club del Parque y del que formaban parte los miembros del *Banco de las Camelias* de feliz memoria, tales como el coronel Mateo J. Martínez, Ildefonso Torres, Gregorio Guerrico, doctor Carlos Durand, coronel Eduardo Escola, los hermanos Fabié, Teófilo y Nicanor Méndez, doctor Dardo Rocha, doctor Pedro Palacios, Eudoro Balsa, Bernabé Pader, Emilio M. Castro, Isidoro Acevedo y Miguel E. Beccar, fué necesario proceder al ensanche de los salones de aquel Centro y á su decorado.

Se pidió ayuda á los socios y todos respondieron cumplidamente. El general Mitre regaló varios cuadros y muebles que adornaron lucidamente el salón. Entre los retratos donados había uno del general don Venancio Flores, ex presidente de la República Oriental y otro del inolvidable coronel don Mateo J. Martínez.

Llegó más adelante el momento de la liquidación del Club y se dió un remate del mobiliario que fué adquirido en su mayor parte por los mismos socios, entre otros por Teófilo Méndez que tomó los cuadros al óleo de Flores y Martínez y también los muebles donados por el general Mitre y que tenían su nombre.

El retrato del general Flores fué obsequiado por iniciativa del señor Beccar á don Segundo Flores, hijo del valiente general y amigo decidido de nuestro país; el del coronel Martínez le fué donado después á doña Luisa M. de Martínez, su viuda.

Cuando el General supo el destino que se había dado al retrato del general Flores, exclamó:

—En ninguna parte podía estar el retrato del ilustre padre meior que en poder de su noble hijo.

VI

Cuando en el año 1882 regresó el general Mitre de su tercero y último viaje á Santiago de Chile, el que realizó al solo objeto de estudiar sobre el terreno los campos de batalla de Chacabuco y Maypo para completar los materiales reunidos y dar á luz la segunda y última edición de la "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana", el doctor don Estanislao S. Zeballos, presidente del Instituto Geográfico Argentino, del cual el general Mitre era miembro honorario, nombró una comisión de socios del instituto, para que fuera, en nombre de esta institución, á dar la bienvenida al ilustre general, y con ese motivo fueron designados el ingeniero Rosetti, y los señores Schwar, Silveyra y Migoya García.

Reunidos los nombrados en el antiguo local del Instituto, calle Perú entre Victoria y Rivadavia (altos de Zorraquín), se resolvió que uno de los señores de la comisión dirigiese la palabra al ilustre general, y fué designado el de más edad, que resultó ser el ingeniero Silveyra.

Llegados á la histórica casa de la calle San Martín, el General los recibió de pie, destacándose su venerable figura en medio de los miles

de libros de su valiosa y única biblioteca americana.

Después del discurso del señor Silveyra, al que contestó el general Mitre agradeciendo la manifestación de sus consocios, agregó que venía, desde mucho tiempo, estudiando la marcha progresiva de las distintas asociaciones científicas que se habían fundado en el país, y que reputaba al Instituto Geográfico Argentino como la más seria y la más importante, pues allí era la verdadera tribuna donde sabios y exploradores venían á dar sus conferencias. Con este motivo, agregó: "Hace ya cerca de treinta años, que como presidente que fuí del extinguido Instituto Histórico del Río de la Plata, guardo una libreta en que consta un depósito de dinero en el Banco de la Provincia, como perteneciente á los fondos del Instituto del Río de la Plata, y como ya no existen miembros de esta institución, pienso que ha llegado el momento de hacer entrega de estos fondos al único que creo con derecho á heredarlos, que es el Instituto Geográfico Argentino."

Entonces el general Mitre, abriendo un cajón de un mueble antiguo, sacó una libreta de Banco, descolorida por los años, y la entregó á los miembros de la comisión.

Esta libreta era toda la caja del extinguido Instituto del Río de la Plata, que con los intereses capitalizados, después de tanto tiempo representaba una regular suma de dinero.

VII

Celebrada en 1878 la política de conciliación, el alto comercio de Buenos Aires obsequió con un gran banquete en el teatro de la Ópera al entonces presidente de la República doctor don Nicolás Avellaneda, ministro de la guerra doctor don Adolfo Alsina y general Mitre.

Respondiendo á uno de los discursos de esa noche, el general Mitre contestó con estas palabras:

"La conciliación no empieza en este banquete ni es cosa de ayer; la conciliación ha sido iniciada sobre el mismo campo de batalla por mi discípulo el coronel José Inocencio Arias."

Y así había sucedido, en efecto.

VIII

Algunos meses antes de caer enfermo el general Mitre, nos encontramos en la calle con don Máximo Paz, ex gobernador de Buenos Aires.

Nos detuvimos un momento á conversar. Máximo Paz, con esa llaneza que le es peculiar y que constituye una de las cualidades de su simpática personalidad, nos dijo:

—Tengo una deuda que cumplir con el genetal Mitre.

—¿Usted?—le preguntamos medio asombrados, conociendo que Paz no era de los que había tenido en su devoción al general Mitre.

—Sí, mi amigo y le diré la causa. Hasta ahora estaba en la creencia de que el General había sido enemigo de mi padre don Marcos Paz; pero noches pasadas, revisando papeles viejos, me enteré por primera vez de la correspondencia cambiada entre ambos durante la campaña del Paraguay mientras mi padre ejercía la presidencia de la República, por encontrarse el General al frente de los ejércitos aliados y de esa lectura quedé convencido que fueron grandes y buenos amigos. Ahí tiene usted,—agregó,—por qué le debo al General una visita.

Pocos días después de esta conversación, Máximo Paz, acompañado de su inseparable amigo don Atanasio Ceballos, visitaba al General en su casa de la calle San Martín y esta entrevista cordial y cariñosa hizo que el distanciamiento se convirtiese en un agradable acercamiento.

IX

Don Lázaro Sein, escribano público de Luján, nos escribe la siguiente reminiscencia:

Corría el año 1874. En una madrugada de Diciembre, si mal no recuerdo, era yo un niño de 10 años, y al lado de mi inolvidable padre, de mi madre y de mis hermanos, nos hallábamos sentados en la puerta de nuestra casa paterna, á deshoras de la noche, en espera del prisionero que debía guardar el Cabildo de mi pueblo de Luján. Junto con la madrugada del citado día, llegó el glorioso prisionero con sus compañeros de infortunio, entre los que recuerdo al bravo coronel Machado y rodeado del pueblo entero de Luján hizo su entrada bajo los legendarios arcos del histórico Cabildo.

Al día siguiente el pueblo en masa, orgulloso de poseer en su seno al eximio caudillo, acudía presuroso á ofrecer al *caído* los homenajes de su admiración y respeto. Allí fuí yo, conducido por la diestra de mi padre á ofrecer al noble General, un cigarro puro. Ver aquella veneranda figura en traje militar de campaña, con su hermosa cabellera y luenga barba descuidada accidentalmente, era ver la efigie del ídolo del pueblo de Buenos Aires á quien los amigos políticos y personales, como sus mismos adver-

sarios de la época, miraban como al hombre predestinado á llenar con su nombre la historia argentina durante el medio siglo de su actuación política.

¡Ese era el hombre! ¡Ese era el teniente general don Bartolomé Mitre, de quien todos los corazones argentinos lloran su muerte física, porque Mitre no ha muerto ni morirá jamás en el corazón de todo argentino bien nacido!

X

Conmovedora en su ingenua sencillez, y al propio tiempo rebosante de sentimiento nobilísimo es una carta que de Pensilvania recibió la familia del general Mitre.

No encontramos comentario digno de ella. Tiene el perfume tradicional, bíblico casi, de aquellas comarcas á que dió su nombre Guillermo Penn, el hombre sano, recto y venerable, como un patriarca de las Escrituras.

Al leerla, evoca vagos y grandes recuerdos, el nombre ejemplar de Jorge Washington, las anécdotas sencillas y purísimas de su niñez,—la del cerezo, por ejemplo,—cosas confusas ya revueltas en la memoria, desvanecidas casi, pero que en el carácter han dejado su sedimento y su sello.

Hay tras esas líneas tiernas un indeciso pero intenso fulgor de poesía, algo como una aureola de épica grandeza: y si lo decimos no es para sugerirlo, sino para que el lector vea, cuán al unísono se siente una emoción como ésta, que nos procura la de una mujer que no ha buscado frases de efecto para expresarla:

3 de Marzo de 1906.

Muy estimados señores: Cuando conocí, en estos

días las tristísimas noticias acerca del general Mitre, recordé inmediatamente un hecho ocurrido hace algunos años, y que me atrevo á relatarles esperando que les interesará.

Cierto día iban en carruaje por la calle San Martín, mi padre y mi hermanito. Mi padre, al ver á un caballero que pasaba por la acera, hizo detener el coche, y bajando apresuradamente con el niño, lo siguió por espacio de unas cuadras. Poco después se detuvo diciendo á mi hermano:

—Edmundo: Mira bien á ese hombre, pues nunca verás otro más noble que él. Es el general Mitre, el más ilustre patriota de la República Argentina, uno de los héroes del mundo. Aprovecha haberlo visto y no lo olvides jamás!

Edmundito le miró atentamente y no lo olvida: siempre ha deseado ser tan noble como él.

Como se trata de uno de los innumerables actos de veneración que el general Mitre no podía conocer, he esperado que no les disgustaría á ustedes oir esta pequeña historia.

Suplicando á ustedes disculpen mi manera tosca de expresarme en español y esperando que acepten mi sincera condolencia, me subscribo atenta segura servidora.—*Elien Graves*.—Bryn Mawr College, Bryn Mawr, Pensylvania.

XI [1]

Regreso de la casa mortuoria, y deseo fijar en el papel mis impresiones de esta noche.

Bartolito estaba tendido en su féretro, en la capilla ardiente, instalada en la primera sala, á la izquierda, que da al patio. Todo allí era negro, todo menos el blanco busto de mármol de su excelente madre doña Delfina que presidía aquella lúgubre escena en su inmovilidad de piedra; todo menos la nívea mortaja de seda que envolvía su cuerpo, los blandones que daban su luz mortecina y titilante y las flores con que la ternura exquisita adornara el ataud, colocadas en artístico desorden en las manijas laterales.

Me aproximé, hondamente emocionado, al cuerpo ya rígido por la ausencia de vida; su rostro, aquel rostro ingenuamente bondadoso de Bartolito, estaba desfigurado tal vez por los horribles padecimientos del mal que lo derribó, lívido y enflaquecido, pero manteniendo á pesar del estrago físico la dulcísima expresión que le animó siempre como el rasgo más acentuado y permanente de su característica fisonomía.

(1) Esta página íntima é inédita fué escrita en la mu[illegible] de Bartolito.—(*N. del A.*)

Por sobre la alba envoltura apreté tiernamente su mano helada, y pedíle perdón íntimamente por no haber accedido, única excepción en mi vida, á uno de sus deseos, al último de sus deseos. Poco días antes me había pedido, por intermedio de Luis, que le visitara *para rabiar* juntos por la profanación de nuestro himno nacional; y prometíme acudir á la cita, pero las abrumadoras atenciones de mis trabajos lo impidieron. No creí tan cercano el fin; no sospeché la infame precipitación de la muerte que le acechaba...

Pasé, después, al interior de aquella casa histórica. Buscaba al ilustre, al grande, al glorioso patricio, que encontré en una habitación al finalizar el segundo patio. Eran las nueve y media de la noche y le sorprendí arreglando unos libros, tarea de que no se daba exacta cuenta, y que había emprendido, sin duda, con el propósito de engañar su dolor, engañándose á sí mismo.

Sólo acompañaba al venerable anciano su horrible pena, inconsciente de la multitud de nobles amigos que llenaban su casa.

Al verme, después de llamar su atención produciendo intencionalmente ruido con mi bastón, isose de pie y tendióme, en silencio, aquella mano fuerte que he estrechado tantas veces en

las horas de triunfo y en las de la amarga tribulación.

—Vengo, General, á ofrecer á usted los sentimientos de mi profunda pena por la pérdida irreparable que le aflije...

—Lo sé, mi amigo, lo sé porque le conozco y le agradezco...—y llevándome de la mano me condujo á un sillón, sentándose él en un sofá inmediato.

Nunca me he sentido más impresionado ante rostro alguno; aquella cara, y no sé si digo ó afirmo algo ridículo pero lo digo con sinceridad, me recordaba la cara de Cristo en el momento supremo de su martirio sin igual...

—La suerte, General,—le dije por decir algo para poner término á aquel silencio molesto que siguió á mi salutación,—es muy cruel con usted...

—Hay que someterse, Riedma, á las leyes fatales de la naturaleza; todos le debemos tributo á la muerte; pero es realmente dolorosísimo que debiendo irnos los que ya hemos alcanzado el máximun de la vida y dado todo lo que debíamos y podíamos dar, nos precedan en el camino del no ser, truncando esperanzas y torturando intensísimos afectos... Este *muchacho*, porque Bartolito era muchacho para mí...—y su voz, ahogada por la emoción, se hizo ininteligible, en tanto que una lágrima, casi furtiva, surcaba su mejilla.

Yo sentía algo así como un nudo en la garganta. La conmoción íntima me avisaba que el sollozo pugnaba por reventar en el labio... Y, perdóneme quien me lea y no me comprenda, sentía vergüenza de demostrarme débil ante aquel gigante de fortaleza moral; me parecía, congestionado por mi maldita, brutal altivez, que aquel grande hombre que ha escalado las alturas inaccesibles á todos, podía interpretar mi sensibilidad en aquel instante por sentimiento menos noble y leal que el que me oprimía; porque yo que he contemplado con serenidad muchos peligros, he temblado siempre ante la sospecha de la *adulonería*...

Sabía que en aquel momento era injusto con el grande hombre.

JUAN J. BIEDMA.

XII

A pocas cuadras del pueblo de Paso de la Patria (Corrientes), se halla una punta que los navegantes toman de rumbo, pasando las embarcaciones del Alto Paraná muy próximas á ella.

Es desde esa punta que el general Mitre, jefe del ejército aliado en la guerra del Paraguay, observaba, río de por medio, el movimiento del enemigo, destacado en la otra costa y es allí donde comenzó el pasaje de las tropas.

Para honrar este hecho celebrado en la historia militar de la Argentina y conservar su tradición de gloria, don Enrique Roibón ha iniciado la construcción de una alameda del pueblo á la punta, dándole á ésta el nombre de Punta Mitre.

Tiene listo ya un gran tablero-letrero, que será colocado sobre la barranca, el día del bautizo, para lo que se organizará una atrayente fiesta.

El pensamiento patriótico del señor Roibón, se ha extendido á la confección de un plano detallado del sitio. Este está ya concluído y señala la ubicación de la flota brasileña, antes y después de realizar el pasaje del ejército.

Ese plano lleva el sello de la exactitud y virá de oportuna ilustración del sitio en que menzó la jornada de gloria para el ejército gentino.

ANÉCDOTAS MILITARES

ANÉCDOTAS MILITARES

LOS TRES !C.....! DEL GENERAL

Era en Cepeda.

El ejército de Urquiza, fuerte de dieciséis mil hombres, presentaba batalla contra el ejército de Buenos Aires que apenas se componía de cinco mil. Por la mañana había disparado la caballería, quedando reducido el ejército á la primera y segunda brigadas de infantería al mando de don Emilio Mitre y del bravo Conesa. Seguía á la brigada de infantería un escuadrón de artillería al mando del entonces coronel Nazar, que con toda gallardía paseaba su estandarte por el centro de la batería animando á sus soldados A la derecha de la artillería estaba el general Mitre y su estado mayor, siguiendo oculta, pecho en tierra, la brigada al mando de Conesa, compuesta del 1° de línea á las órdenes de los entonces comandantes Adolfo Alsina y José María Morales.

Las fuerzas de Buenos Aires estaban siendo cañoneadas desde temprano. El general Mitre, montado en su caballo de batalla, ocupaba el

centro del espacio entre la infantería y la artillería en la primera línea de fuego.

Como los disparos del enemigo pasaban por alto, no obstante estar el ejército patriota en una eminencia, aquél mandó bajar la puntería y el enemigo empezó á hacer estragos, cayendo heridos en ese momento el capitán Vergara y mayor Saturnino López, ayudantes del General.

El General entonces hizo avanzar sus tropas á un terreno más bajo, realizando un movimiento táctico admirable. Fué en esos momentos, precisamente, que el célebre batallón Palma, al mando del coronel de este mismo nombre, compuesto de mil quinientas plazas y el batallón Rosario al mando del comandante Centeno, trajeron una furiosa carga á la bayoneta. El General había mandado apuntar al primer cañón del escuadrón de Nazar, dando orden de fijar con precisión la puntería. Como el cabo al servicio de la pieza no entendiese bien la orden ó estuviese asustado, el General castigó violentamente su caballo y avanzando hacia la pieza hizo trepar las patas del animal sobre la cureña del cañón, al mismo tiempo que descargaba un latigazo sobre el cabo y le gritaba:

—¡Así c.....!

En ese momento la segunda brigada de infantería, al toque de *calá-cuerda* (bayoneta) cargó

sobre el batallón Palma para destruirlo, como sucedió.

Junto con el choque decisivo de esta acción y cuando ya obscurecía, el General hizo su famosa retirada de los campos de Cepeda, una de las más hábiles y estratégicas que se conocen.

Las bandas de sus batallones tocaban el himno nacional.

Herido, como queda dicho, el ayudante Vergara, lo alzó en el anca de su caballo el comandante Alsina, pero cayó de boca, porque no podía sostenerse.

Se trató de ponerlo sobre un armón, pero el coronel Nazar, no sabemos por qué razones, se opuso.

El coronel Conesa, que estaba próximo, y con ese desprendimiento que le era peculiar, se dirigió á uno de los ayudantes, y le dijo:

—Llévelo en mi caballo.

El ayudante contestó:

—No es posible, señor; no puede andar á caballo; el comandante Alsina lo ha subido en el suyo y se cae y el coronel Nazar no quiere colocarlo en un armón.

Fué entonces que el capitán Ezpeleta, ayudante y compadre del General, dió cuenta á éste de que el ayudante Vergara quedaba herido en el campo de batalla.

—Dígale usted al coronel Nazar,—tronó el General—que el capitán Vergara no es hombre á quien se le deja en el campo de batalla ¡c....!

En Pavón.

La caballería flaqueaba y empezaba á disparar. El General llamó á su ayudante Vergara y le dió orden de que fuese á enterarse del estado preciso de esas tropas. No había andado el ayudante un cuarto de cuadra, cuando se precipitó sobre él la expresada fuerza que venía en dispersión y haciendo punta en la disparada un comandante X***. El General, que vió inmediatamente el desastre, picó su caballo, avanzó sobre la fuerza desmoralizada y les gritó para dominarlos y reanimarlos: "¡Victoria!" Los soldados se reanimaron, pero el comandante seguía disparando:

—Comandante X***, por el honor de esas charreteras. ¡c.. ..!

El comandante X*** continuó disparando.

*

La campaña de Cepeda había llevado al lado del General, entre tantos otros, á un nieto del general Pinto, ex gobernador de Buenos Aires.

Era don Luis G. Pinto, que posteriormente

desempeñó hasta el momento de su jubilación el puesto de secretario del Senado de la Provincia.

El General incorporó al voluntario Pinto en el número de sus ayudantes.

En la víspera de la batalla el General lo llamó y señalándole con su látigo una distancia, le dijo:

—Ayudante, vaya usted á reconocerme aquel paso.

El ayudante, que era un hombre cuadrado y rígido en el cumplimiento de su deber, picó espuelas á su caballo y partió.

Un rato después, regresaba cubierto de barro.

—Y, ayudante, ¿cómo ha encontrado el paso?

El ayudante Pinto, saludando militarmente, le contestó:

—¡Ya lo ve, General!

Y mostraba su traje de brin plomo lleno de barro. El paso había sido un enorme pantano, del que trabajo le costó salir.

Muchos años después, treinta por lo menos, el ayudante de Cepeda se encontró con el General en la casa mortuoria de un distinguido abogado, fallecido la víspera y que tenía precisamente su domicilio en la calle San Martín, frente al del patricio.

El ayudante Pinto lo saludó y estirándole la mano, le preguntó:

—General ¿á que no se acuerda de mí?

El General lo miró con fijeza y casi instantáneamente, le contestó:

—¡Como no, mi amigo! Usted es el capitán Pinto, aquel ayudante de Cepeda que me reconoció el paso.

*

Cuando el sitio de Buenos Aires por las fuerzas de Urquiza y la plaza era defendida por el general Paz, el entonces coronel Mitre desempeñaba el cargo de jefe de estado mayor.

Estaba en uno de esos días descansando en un sofá y teniendo en la mano un latiguito con cabo de plata. El coronel parecía abstraído en sus meditaciones y en esas circunstancias su asistente le anunció la visita de un capitán al servicio de la defensa á quien inmediatamente hizo pasar á su presencia.

El capitán, después de hacer la venia militar, le expresó el objeto de su visita. Iba á interrogarlo sobre la proximidad del pago de tres meses de sueldos que se adeudaban á la guarnición.

El coronel Mitre, sin abandonar su posición, le contestó:

—Hay que tener paciencia, capitán, el gobierno está muy pobre.

—Pero es que yo necesito,—contestó con cierta impertinencia el oficial.

El coronel, tranquilamente, le replicó:

—Así será, pero todos estamos en las mismas condiciones. A mí tampoco me han pagado mis sueldos y no creo que por esto dejaremos de pelear ni hemos de pasarnos al enemigo.

—¡Quién sabe!...—contestó el capitán.

El coronel Mitre dió un salto del sofá é hirguiéndose delante del capitán, y levantando iracundo su látigo, lo apostrofó:

—¡Miserable!...

Pero, dominándose rápidamente, en vez de descargar el látigo sobre el capitán, lo arrojó por el balcón á la calle.

Y con un ademán enérgico hizo salir de su presencia al oficial.

*

Después de Pavón, el general Mitre estableció en el Rosario su cuartel general.

Los que tuvieron ocasión de ocupar, alguna vez, un asiento en aquella larga mesa del salón que servía de comedor y de salón de velas al general en jefe y á su estado mayor, conservan en su memoria las páginas preciosas del libro inédito que revelará al porvenir á Mitre íntimo.

Allí, rodeado del cariño y del respeto de sus subalternos, despojado de las durezas obligadas del servicio militar, Bartolomé Mitre se entregaba á las expansiones más gratas de su mente y de su espíritu.

Generalmente se pasaban muchas horas de la noche en ejercicios intelectuales. Se pensaba un nombre ó un acontecimiento histórico. El que debía acertar cuál era ese nombre ó ese acontecimiento, tenía derecho de hacer cierto número de preguntas, y si terminadas éstas, no había acertado, sentaba plaza de poco instruído.

Se comprende el estímulo que este género de diversión encendía. No había jefe ú oficial de los que tenían entrada en aquella reunión selecta, que no se pasase las horas del día estudiando cosas serias, para no desempeñar un mal papel por la noche.

Entre las cien anécdotas que podríamos recordar hoy, para presentar á Mitre en esa época, en medio de sus subalternos, afable, tolerante, familiar, preferimos una que le revela en toda su sencilla grandeza.

Se habían copiado en ese día notas manuscritas en borrador por el general Mitre. Cuando escribía ligero, el General tenía una malísima letra, que pocos eran los que podían "traducirla" como solía decir él mismo. Se habló de

esa circunstancia después de comer, en la sobremesa.

Mitre aseguró,—lo que era cierto,—que cuando escribía despacio tenía muy linda letra; y, para probarlo, empezó á escribir, con gran cuidado, los apellidos de los oficiales que estaban presentes, siguiendo el orden de su colocación en la mesa.

Cuando llegó á un inteligentísimo joven sanjuanino ó mendocino, que se había presentado voluntario, y que, siendo estudiante de ingeniería, había sido agregado al cuerpo de esa ciencia, el General le preguntó:

—Dígame, Hederra, ¿su apellido se escribe con H?

—Sí, señor General,—contestó en el acto el interpelado.—Se escribe con una H que presta tanto servicio á mi apellido como el cuerpo de ingenieros al ejército.

Una franca carcajada acogió la espiritual ocurrencia, y nadie la festejó tanto como el general Mitre, que mostró, con ese aplauso, la familiaridad con que trataba á sus subalternos.

*

El General, acompañado de su estado mayor y de los generales Gelly y Obes y Paunero, y coroneles Vedia y Rivas, había llegado á la

provincia de Corrientes, estancia de Cossio, de donde se retiraran poco antes los paraguayos, destruyendo el monte de naranjos y rajando sus troncos en cruz con el objeto de que no brotasen más. El ayudante Vergara, que no fué llevado en esta expedición, se había embarcado clandestinamente á bordo del vapor.

A la oración se preparó la mesa del General y todos se sentaron á comer. La presencia en esos momentos del señor Hardoy, proveedor del ejército, había influído poderosamente en la preparación de una mesa luculiana.

Los capitanes Lamela, La Madrid y Vergara se deleitaban mientras tanto en su modesta mesa con un suculento plato de fariña tostada con azúcar.

De pronto se presenta el asistente del Generaal con una gran bandeja en busca del ayudante Vergara.

—Aquí le manda para usted esto el señor General.

—¿Para mí?—le contestó.

—Sí, señor, para usted.

El ayudante dudaba. Aquello parecía un cuento de *Las mil y una noches* y al verse tan galantemente obsequiado dudaba de la realidad y muy impresionado quedóse absorto. Pero Ciriaco La Madrid, digno heredero de las cualidades de su padre, rápido y locuaz, se

adueñó de la bandeja y despachó al asistente con estas palabras:

—Dígale al señor General que está muy bien y que le damos las gracias.

El ayudante Vergara dudaba todavía y no se atrevía á tocar la bandeja, temiendo que el asistente se hubiese equivocado. Entonces, el capitán La Madrid, sin guardar mayores cumplimientos, destapó la bandeja que le presentó como primera sorpresa una caja de riquísimos habanos Cabargas, que se apresuró á saborear. La sorpresa fué más completa cuando se vió que la bandeja contenía también Saint Esteph, Oporto, conservas y alfajores de dulce. Aquella comida, modestamente empezada con fariña tostada, fué memorable en la campaña, gracias á la munificencia del general en jefe.

Al día siguiente temprano se llegó al campamento. El ayudante Vergara observó que al General no se le hacían los honores de ordenanza y sorprendido por esta omisión interrogó sobre el particular al capitán de la guardia Pantaleón Gómez.

—Así está ordenado,—le contestó.

—La ordenanza lo manda,—replicó el ayudante Vergara,—y por no haberla cumplido preséntese usted preso en su cuerpo después de entregar la guardia.

A la noche el General invitó á su ayudante Vergara á cenar en un paraje lleno de arbustos y plantas de las más variadas. La cena se componía de una carbonada, un asado y algún postre.

De sobremesa, el General le preguntó por qué había arrestado al capitán Gómez.

—Porque no ha hecho á V. S. los honores de general en jefe; y me sostenía que estaba prohibido hacerlo.

—¿Pero usted no sabe,—le contestó el General, —que así está mandado?

—Señor, la ordenanza lo dice.

—Sí, pero yo he dado una orden general para que se supriman estos honores.

—Yo no me podía suponer eso, señor General, porque las ordenanzas no se pueden destruir sino por un nuevo Código.

Entonces el General, de un modo muy festivo le interrogó:

—¿Usted no sabe el cuento del "Capitán de artillería"?

—No, señor.

Un capitán de artillería, andaluz, mandaba el ejercicio de su batería, y por decir "cartucho al cañón", mandó: "cartucheras al cañón". Los soldados quedaron perplejos; el capitán por no dar su brazo á torcer y confesar que se había equivocado, repitió la orden "cartucheras al cañón" y "el que manda, manda".

Así, pues, va usted á levantar inmediatamente el arresto á ese oficial;—y luego añadió: —¿y dice usted que ignora las órdenes generales del ejército?

—Sí, señor.

—Mande usted un ayudante al cuartel general y que por mi orden le traiga las órdenes del día para que las conozca.

Y luego, amablemente, el General se explayó con estas reflexiones:

—He suprimido los honores, porque es una disposición oportuna, que aunque no estemos frente al enemigo conviene, porque es necesario educar al soldado y aun es una estrategia de la guerra como muchas otras. Frente al enemigo oye éste una marcha regular y ya se imagina que pasa el general en jefe, y si son duchos, como lo son los paraguayos, contra quienes operamos, desde un *vichadero* ó un *mangruyo* saben donde está el General y atacan por allí ó por el lado contrario por suponerlo de mayor ventaja. O viceversa: puedo estar yo en el punto A y hacer batir marcha en el extremo opuesto para llamar la atención del enemigo. Esta operación,—prosiguió el General, —es como otras muchas de las que usted debe conocer, tales como las de aumentar el número de fogones, abandonar el campo dejándolo encendido ó disminuir las fuerzas según convenga.

El General, después de invitar á cenar á su ayudante, le había dado una sesuda lección de estrategia.

*

Mansilla, que era uno de los más frecuentes comensales del General, en Tuyucué, inventó una noche, que cada uno de los presentes contara una historia erótica personal. Comenzó don Emilio Mitre refiriendo una empresa nocturna llena de contratiempos y peligros que hizo erizar el pelo de los oyentes; siguió luego don Julio de Vedia con una especie de novelita sentimental; Mansilla, refirió *in extenso* y con palabra amena una de sus tantas proezas amorosas de hombre de buena fortuna y por último el General, que se excusaba de entrar en el concurso, tuvo que ejecutarse al fin y les salió con el cuento más ingenuo y casi inverosímil que se puede nadie imaginar.

—Era ya capitán, y hacía versos en Montevideo. Una señora amiga, en ausencia de su marido, me mandó llamar para consultarme sobre un *asunto importante*. Llegado á la casa, la señora me recibió con extremada amabilidad y me hizo sentar á su lado en el sofá. Allí me propuso el caso de la consulta, que resultó una nimiedad, y luego comenzó á alabar mis versos y á demos-

trarme con coqueterías insidiosas, pero dentro de los límites del decoro, el placer que tendría en cometer en mi obsequio un desliz de sus deberes matrimoniales. No comprendí á pesar de esto, que se trataba de un acto de seducción y después de reiterar mis agradecimientos por la bondadosa acogida que había merecido y que creía deber á la amistad que me ligaba al esposo, me despedí y me fuí.

—Sería fea y vieja la señora,—observó picarescamente don Julio.

—No,—contestó el General—era una de las mujeres más lindas y más festejadas de Montevideo; usted la ha conocido.

—¿Y entonces?...—preguntó don Emilio.

—Yo no comprendí hasta mucho más tarde el papel que había hecho de casto José. Además—agregó seriamente—era íntimo amigo del marido y esa circunstancia había sido siempre un obstáculo. Ella no me lo perdonó nunca, acabando por enemistarme con mi amigo.

Don Emilio, *sotto voce:*

—¡Vaya un obstáculo!...

*

Al general Mitre no le agradaba que le llamaran *don Bartolo.* Había en el ejército del Paraguay un señor don Cosme Torres ó Reyes, gran

admirador del General, que si veinte veces por día le veía por razón de sus funciones ó sin razón alguna, le decía:

—Señor don Bartolo.

Un día que no sería igual á los otros, la exquisita urbanidad de Mitre para tratar con las gentes se quebrantó á medias, preguntándole al que á su vez quebrantaba la leyenda de su partida de bautismo:

—Vea, usted, señor, me llamo Bartolomé Mitre ¿por qué me quita usted el *mé* final? Supóngase que se lo quito yo á usted... ¿no le parece que su nombre quedaría desfigurado?

Desde entonces don Cosme lo llamó *el General!*

*

El coronel don Antonio Susini Millelire que mandó una brigada en Curupaity, nos ha referido que en seguida del tremendo contraste, el general Mitre picó su caballo hacia el sitio por donde se retiraba cierta fuerza y permaneció sombrío y taciturno. En esto cayó una granada y rodó hasta debajo del caballo del general en jefe. Susini y los demás jefes y oficiales quedaron aterrados. No había tiempo ni siquiera para decirle que se retirase, porque la granada iba á estallar...

El general Mitre la había visto y permanecía

impasible, impávido, con la mirada fija en un más allá que nadie podía adivinar. Después de largo rato de angustia indecible para los jefes, el General picó el caballo y al paso por entre balas se dirigió al acaso, mientras aquellos valientes admiraban la sangre fría del general en jefe que aparecía tan digno de comandarlos

*

Una noche, de sobremesa en el campamento de Tuyuty, habiendo sido invitado á comer con el General uno de sus ayudantes que salía de las aulas de Derecho, teniendo frescas las nociones de Física que había cursado el año anterior, se originó una cuestión de capilaridad y el ayudante, agarrándose de la ocasión para lucir su ciencia, hizo una corta disertación sobre la materia.

El General lo oyó atentamente y apoyando sus nociones hizo otra disertación más detallada y más científica, como no la habría hecho tal vez el mismo Jacques.

El ayudante se quedó turbado, sorprendido de que un general supiera tanta física. Hay que notar que la capilaridad es una de las cuestiones más insignificantes de la Física.

*

En sus relaciones con un joven ayudante de quien tuvo que echar mano para hacerle dra-

gonear de secretario cuando regresó de la campaña el titular don José Manuel de la Fuente, muy raras veces, casi nunca, hablaba con él.

Los expedientes llegaban del estado mayor general y el secretario los estudiaba y proyectaba la resolución que consideraba justa en una tira de papel que metía dentro de cada expediente y cuando terminaba el despacho los tomaba todos y los llevaba á la mesa del General sin decir una palabra. Examinados y aprobados por el General los proyectos, según voz y fama en el cuartel general, los tomaba él mismo y los colocaba en la mesa del secretario, también sin decir ni una palabra.

En cuanto á la correspondencia, después de leerla, la entregaba al secretario, diciéndole estas simples palabras:

—Conteste eso;—y nada más.

Desde luego, el secretario nunca se atrevía á preguntarle "cómo despacho este asunto" ni qué le contesto á tal gobernador ó personaje de los que firmaban la correspondencia. Escribía la contestación como Dios le daba á entender y metida dentro de la carta respectiva la presentaba á la consideración del General.

Todas las semanas había que escribirle al vicepresidente don Marcos Paz y la ración que se había asignado al secretario era un pliego de papel por los cuatro lados, y mucha

veces al suspender el General su juego de *solo* con que acostumbraba pasar la velada con el general Emilio Mitre, el coronel Vedia y el comandante Lucio V. Mansilla, para leer la carta, solía preguntarle al secretario:

—¿Por qué lo hace coronel á fulano? ¿Por qué le dice esto al presidente?—y oída la contestación firmaba la carta y seguía su juego, en que por lo general salía perdiendo su libra ó dos.

¡Y cuántos comentarios se hacían entonces sobre esas cartas, y cuántas ofensas entre líneas encontraba el señor Paz ó le hacían encontrar sus allegados!

Una vez, acababa de regresar el ejército de Curuzú después del rechazo de Curupaity. El secretario llevó entre los asuntos despachados una solicitud de baja de un capitán, con el proyecto de resolución de "concedida, vuelva al E. M G., etc." Debe saberse que después de un caso como el de Curupaity no se dan bajas sino en términos deshonrosos.

Después de dejar el pedido de baja en la mesa del General como de costumbre, y sin decir nada, el secretario se puso en acecho en su carpa de juncos para ver lo que resultaba de su papelito. Al llegar á él, hizo el General un gesto de desagrado y borrando el "concedida" puso en el mismo papelito con lápiz y en letras grandes "No ha lugar".

Al día siguiente, el secretario llevó el mismo expediente con el papelito corregido y otro nuevo igual al primero para que no creyera el General que lo quería sorprender. Esperaba muy racionalmente que lo llamara para preguntarle la razón de su atrevimiento, pero no, el General hizo en el papelito nuevo lo mismo que el día anterior.

—¡Caramba!—dijo el secretario para sí,—me ha de llamar.

Al otro día volvió el expediente con un nuevo papelito y los dos corregidos.

—Como puede suponer—se dijo el secretario —que yo proyecte una barbaridad ¡eso no lo paso!

Otro que no fuera el general Mitre se habría fastidiado con la insistencia y no le habría ido muy bien al terco del secretario. Al ver el General el tercer papelito no pudo reprimir un movimiento de desagrado, y con voz algo airada llamó al secretario:

—¿Por qué insiste usted en esto?

—¡Caramba!—dijo aparte el secretario,— aquí está la buena;—y continuó en tono tranquilo y respetuoso:

—Este oficial, señor, ha estado enfermo desde que salió á campaña, sirviendo de rémora en su batallón y por un mal comprendido sentimiento de delicadeza no ha querido pedir la

baja. En Curupaity su compañía ha sido una de las que más ha sufrido, siendo el teniente primero quien la mandaba. El jefe del cuerpo y sus amigos le han hecho sentir que su conducta no era decorosa, sirviendo de obstáculo á que el teniente primero obtenga un merecido ascenso, y lo han inducido á hacer esta solicitud...

El General no pronunció una palabra: tomó sus dos papelitos corregidos y los rompió.

El secretario hizo una cortesía y se metió jubiloso en su carpa.

*

Entre otros, tenía el General de asistente en la guerra del Paraguay á un moreno valiente y lleno de todas las mañas del viejo veterano, que solía permitirse ciertas irrespetuosidades benévolamente toleradas.

El General había tomado cariño á ese fiel y valeroso soldado, abnegado y guapo como todos los de su clase que pelearon en aquella larga campaña por el honor y la bandera de la patria y hacía como que no veía algunas de las travesuras de su bravo asistente.

Un día el General había subido á una larga escalera desde la cual, con sus anteojos de campaña, observaba los movimientos del enemigo.

El negro asistente acudía en ese instante con un mate criollo para su General.

Al verlo trepado en la escalera, mirando largo y prolongadamente con su anteojo, le gritó desde abajo:

—General, avíseme si divisa al comisario pagador.

El General se sonrió, bajó de la escalera y siguiendo la broma le contestó:

—El comisario venía, pero la balija con la plata se le ha caído al río.

Hacía ocho meses que aquellos bravos no percibían un centavo de sus haberes.

*

El coronel don Federico Mitre, hermano del general en jefe de la Triple-Alianza, era uno de los más brillantes representantes de la artillería argentina.

Era asimismo un insuperable compañero de carpa y de fatigas y á ratos un travieso terrible.

Un día, en la mesa del general en jefe había un hermoso queso de Holanda. Era el lujo del General para obsequiar á varios jefes superiores á quienes había invitado á almorzar.

El coronel Mitre que era muy goloso y un bravo diente, ideó la travesura de robarle el queso á su hermano para llevárselo á su carpa y

á su vez darse un banquete con sus compañeros. Y como lo pensó lo hizo.

Al sentarse á la mesa el General con sus invitados advirtió inmediatamente la desaparición del queso. Se puso lívido y levantándose salió afuera y ordenó una rápida pesquisa. Supo entonces la verdad.

Volvió á la mesa y dió orden que se hiciera venir su hermano á su presencia.

—Coronel Mitre,—rugió el General,—devuelva usted el queso y preséntese arrestado en su carpa.

—General,—contestó el coronel cuadrándose militarmente y haciendo la venia,—lo más que puedo hacer es presentarme preso, pero devolverle el queso no, porque me lo he comido.

El General tronó. No tenía con qué obsequiar á sus invitados.

*

Ya sobre el Paso de la Patria, en la campaña del Paraguay, había orden de no pedir licencia.

Uno de sus ayudantes, el hoy coronel don Evergisto de Vergara, tenía urgente necesidad de ausentarse á Buenos Aires por asuntos de familia y vacilaba en pedirla, por la solemnidad de las circunstancias. El asunto era realmente delicado. Si el general en jefe se la acordaba

era prueba de que no servía; si se la negaba era prueba de que no se le estimaba.

—Señor general,—le dijo,—me escribe mi familia con mucha urgencia, pidiéndome que baje unos pocos días á mi pueblo de Lobos.

El General lo miró con mucha insistencia, como profundizándolo.

—Usted sabe,—le contestó, después de algunos instantes,—que no se da licencia á nadie, pero como un acto de deferencia hacia usted se la voy á conceder con la condición de que va á volverse prontito y no se quedará para Carnaval.

Y el General se puso á contar los días que su ayudante necesitaba para el viaje de ida y vuelta.

Pasaron varios más sin que el General le dijese nada de su viaje, circunstancia que el ayudante supo después era porque quería entregarle una correspondencia para el doctor don Marcos Paz, entonces vicepresidente de la República.

Uno de esos días el General se paseaba bajo el naranjal que servía de campamento.

Llamó á su ayudante, le entregó la correspondencia para el vicepresidente y abriendo un saco de cuero donde guardaba el dinero, sacó un puñado de oro, diciéndole:

—Tome para el viaje.

El ayudante se rehusó á recibirlo, dándole las gracias.

—Tome, que va precisar,—insistió el General.

—No, señor general,—replicó el ayudante,—me acaba de pagar el comisario Oyuela.

—¿Le ha pagado á usted?—volvió á preguntarle.

—Sí, señor.

El ayudante mentía en esa ocasión, pues había tenido que ir á ver al comisario Oyuela para que le anticipase una libra esterlina.

Días antes, otro oficial le había pedido igual licencia, contestándole secamente el General:

—Váyase.

—Señor ¿me va á dar el pasaje?

El General de mal talante:

—El gobierno no da pasajes; si usted quiere se lo daré de mi bolsillo.

*

La casa que sirvió de prisión al general Mitre en Luján, después de la revolución de 1874 y donde escribió el prólogo de la Historia de San Martín, fué en la que se alojó el virrey de Sobremonte y la que también sirvió de prisión á los marinos ingleses de la primera invasión — al general don José María Paz.

No era aquella propiamente una casa; era una fortaleza tétrica y de aspecto imponente,

compuesta de estrechas habitaciones que más parecían calabozos.

El General, decimos, estaba preso á raíz de la capitulación de Junín y había resumido para sí toda la responsabilidad de los sucesos, poniendo á cubierto á sus compañeros de persecuciones y vejámenes y afirmando con ese nuevo acto de generosidad y nobleza toda la grandeza de su alma.

Uno de esos días fué á visitarlo á la prisión su amigo don Liborio Luna que se había incorporado á la revolución siendo uno de sus ayudantes en la campaña.

Le llevaba una caja de habanos de regalo.

Al entrar en la prisión vió el ayudante que el General estaba trepado en una escalera, con un gran pincel en la mano. Al pie de la escalera había un tarro con engrudo.

—¿Qué está haciendo, General?—fué la pregunta del ayudante

—Ya lo ve, mi amigo, trabajando; estoy empapelando mi pieza.

Lo curioso del caso y lo más sugerente en esos momentos en que el General estaba en víspera de ser sometido á un consejo de guerra y que cualquiera supondría trabajado por hondas cavilaciones, es que empapelaba su pieza con los periódicos de caricaturas de la

época, uno de los cuales lo presentaba crucificado.

*

El 25 de Mayo de 1886, formaban las tropas frente á la Catedral con ocasión del *Te-Deum* por el aniversario patrio. Mandaba la línea el general don Nicolás Levalle.

Entró á la redacción de *La Nación* uno de sus miembros y dirigiéndose á otro, le expresó su extrañeza porque el general Levalle fumase durante ese acto militar.

Al oir esas palabras, el General, que en una mesa inmediata leía los diarios, replicó:

—¡Imposible! Levalle es militar.

Y resultó, después de las explicaciones dadas por el redactor, que en el momento aquel en que el general Levalle fumaba, las tropas habían roto filas, formando pabellón.

*

En los últimos meses del período legislativo de 1891, en las antesalas del Congreso, se comentaban los sucesos de Chile. La revolución había triunfado, atribuyéndose la victoria al fusil Mánlicher.

En esa misma época el entonces coronel Ri-

cheri contrataba en Europa para nuestro ejército el Máuser de 7 milímetros y los que se daban por entendidos, asesorados por algunos militares, criticaban que se adoptase ese calibre que no nos permitiría usar los cartuchos del Mánlicher, en el caso de la guerra con Chile que se creía inminente.

Oyó el General pacientemente la reseña de las versiones de antesalas y luego dijo:

—Están en error. El coronel Richeri es un oficial superior muy competente y el Máuser por él contratado es el mejor fusil de la época

*

El coronel oriental Feliciano, hombre de color y valiente soldado de nuestras campañas, por quien el General sentía mucho cariño, era á su vez un pasionista de éste.

Allá por el año 1897, iba por la calle San Martín don Agustín Silveyra, cuando á la mitad de una cuadra se encontró con el bravo Feliciano, que casi privado de la vista no lo había conocido. Reconocerse y abrazarse, fué una escena instantánea.

—Ya que nos hemos encontrado,—le dijo Silveyra,—vamos á hacerle una visita al General

Y los dos camaradas se dirigieron á la casa de la calle San Martín.

Al entrar en el escritorio del General, el viejo Silveyra ocultó con su cuerpo á Feliciano y dirigiéndose á aquél, le dijo:

—Aquí le traigo una visita.

Al encontrarse el General con su viejo compañero, exclamó con alegría:

—¡Feliciano!...

Y luego lo recibió en sus brazos en un fuerte y prolongado abrazo.

El noble negro lloraba de emoción.

ANÉCDOTAS CIVILES

ANÉCDOTAS CIVILES

El General conservaba en su poder el bastón de Liniers, último virrey del Río de la Plata, que más tarde donó al Museo Histórico y generalmente estaba colocado á un costado del mueble-escritorio donde guardaba su valioso monetario.

El bastón de Liniers tenía en el cabo un riquísimo topacio de gran tamaño.

En una temporada hubo en la casa un mucamo francés que como casi todos los de su gremio solía tomarse ciertas libertades á escondidas de sus patrones.

Entre las costumbres que este criado irrespetuoso había adquirido, estaba la de apoderarse del histórico bastón toda vez que le tocaba salir á paseo, ignorando, naturalmente, de qué clase de objeto se trataba, y muy orondo se iba á dar sus vueltas por la ciudad y probablemente á echar piropos á su novia haciendo molinetes con la sagrada prenda, y cuando regresaba á la casa volvía á colocarlo en su sitio.

Esta irreverencia se habría repetido quién sabe cuántas veces sin ser notada, pero un día

el General sorprendió á su sirviente con el bastón, volviendo de uno de sus paseos.

La escena fué rapidísima y cómica en medio de su misma seriedad. El General se precipitó sobre su mucamo, le arrebató violentamente de las manos el bastón y señalándole la puerta de calle, le gritó iracundo:

—¡Retírese!...

*

En una visita que últimamente hicimos á Chivilcoy con motivo de representar á la familia en los funerales celebrados á su memoria, un testigo presencial nos refirió la siguiente anécdota:

El General había asistido el año 1869 á un gran banquete ofrecido en dicha ciudad después de bajar de la presidencia de la República y haber pronunciado en esa ocasión uno de sus más notables discursos.

Fué invitado después á pasar á la estancia de don Guillermo White, acompañado de un grupo de amigos.

Una vez en la estancia se habló de jinetes, preciándose el dueño de casa de serlo bueno todavía á su edad.

El General escuchaba y de pronto exclamó:

—Yo también soy buen jinete; ahora lo verán ustedes.

Salieron afuera y el General se hizo llevar un caballo arisco y, ágil, y veloz, se le prendió de la crin y lo montó en pelo.

Los presentes quedaron asombrados.

*

El eminente hombre público brasileño Quintino Bocayuva, cuya popularidad en su país es bien conocida y cuyo amor por la Argentina jamás se ha debilitado, profesaba algo más que admiración, idolatría, por el general Mitre.

El gran publicista brasileño repetía frecuentemente en sus intimidades que Mitre era su padre espiritual.

Ese cariño intenso y mantenido á través de los años se transmitía á la familia de Bocayuva.

Entre el brillante grupo de periodistas brasileños que con Octavio Bilac vinieron á visitarnos, se contaba el joven Bocayuva, hijo del estadista y actualmente secretario de la legación del Brasil en la República.

En una visita que hicieron los periodistas á *La Nación* y que dió lugar á una amable fiesta en su sala de redacción, el joven Bocayuva invitado á pronunciar un brindis en honor del general Mitre, exclamó:

—No, por el general Mitre no; por mi abuelo espiritual.

El General se sonrió y estrechó fuertemente la mano del joven periodista.

*

El general Mitre se puso decidida y patrióticamente en 1891 al servicio de la política del acuerdo, serenamente convencido de que con ello prestaba un nuevo servicio á su patria librándola de una guerra civil inminente.

En esa política lo jugó todo, incluso su popularidad, siendo quizá en el único instante de su vida que ésta sufrió un momento de declinamiento.

Los efectos de la política del acuerdo fueron á repercutir en *La Nación*, iniciándose una borratina de subscriptores que decreció su popularidad.

Un día, el entonces administrador Vedia, se apersonó al General para hacerle saber lo que ocurría.

El General lo escuchó tranquilamente y luego le preguntó:

Y ¿siguen borrándose los subscriptores?

Sí, señor, le contestó el administrador,—y diariamente.

El General, impasible como siempre:

Bueno amigo, cuando se haya borrado el

último imprimirá usted dos números, uno para usted y otro para mí.

*

Siendo presidente de la República, el general Mitre tenía por costumbre regresar á pie á su casa por la calle Florida, casi siempre sin la compañía de su edecán.

Dos jóvenes que hoy son hombres conocidos y que entonces le tenían mala voluntad, se propusieron tomarle la vereda en la primera ocasión que lo encontrasen en la calle.

Así lo hicieron un día. Al acercarse el General le tomaron la derecha.

La escena fué instantánea. El General, cediéndoles el paso, se desvió rápidamente hacia la calle y no sólo les cedió el paso sino que sacándose su chambergo los saludó.

Los dos jóvenes impertinentes quedaron atónitos. El General les había dado una lección callejera de urbanidad.

*

No se sabe cómo, cuando el General hacía su traducción de Horacio había llegado á su conocimiento que el corrector principal de *La Nación* don José Pérez, era un fuerte latinista.

El General había tenido una duda sobre la fidelidad de una palabra traducida del inmortal poema

Acudió al *latinista* Pérez, sorprendiéndolo en su pieza de trabajo.

—¿Cómo traduciría usted esta palabra?—le preguntó el General.

El corrector Pérez se puso de todos colores y después lívido.

—Señor General,—le contestó,—yo no sé latín.

—No importa ¿cómo la traduciría usted?

—Yo señor,—le contestó por instinto de oficio, —la traduciría así.—Y le dió la palabra.

—Exactamente; es como yo la he traducido; muchas gracias.

El General se retiró y cuenta Pérez que jamás en su vida ha pasado un susto igual, porque no sabía una jota de latín.

*

El doctor Vélez Sársfield no era uno de los admiradores del General Mitre y hablando una vez de la historia de Belgrano, tuvo la triste ocurrencia de hacer *sprit* diciendo: "es la historia de un sonso escrita por otro sonso".

Habiendo, sin embargo, tenido una entrevista con él, hablando ambos largo y tendido y tratándose hasta de puntos de Derecho, volvió á

su casa, diciéndole á su pariente don Tomás Rojo:

—¡Este muchacho sabe mucho, señor, sí, señor; hasta de Derecho entiende y entiende bien!

*

En un día de su cumpleaños había venido de La Plata una comisión presidida por el coronel don Julio Campos y de la cual hacían parte, entre otras personas, el doctor don Manuel H. Langenheim, don Juan José Lanuse, don Víctor Panthou, don Martín B. Campos, don Baldomero Martínez y algunas más, para presentarle un obsequio costeado por subscripción popular en aquella ciudad.

El General, rodeado de su familia, recibió á la comisión en la sala principal de su casa, y allí, en la intimidad, uno de ellos, visiblemente conmovido, le dirigió algunas palabras, haciéndole la entrega del presente.

El General se dirigió en seguida á ellos y afectuosamente, en una interesante conversación que fué algo más que un discurso, impresionó intensamente á sus visitantes recordándoles sin omitir un solo detalle algunos de los episodios militares y civiles en que habían actuado, precisando fechas y circunstancias.

Los visitantes, uertemente impresionados por

la escena, no pudieron contener las lágrimas. Dos de ellos se salieron al patio para que el General no los viese llorar.

*

El General se había trasladado á La Plata el año 1899 con el propósito, según dijo, de descansar unos días, pero con el verdadero de corregir en el silencio las pruebas de su traducción de Horacio.

El primer día de su llegada y antes de trasladarse al hotel Mainini, donde ocupó la pieza alta que hace cruz con la estación del Ferrocarril y la misma que algún tiempo antes había ocupado el doctor Alem, pasó el día en el domicilio particular de su pariente y amigo don Antonio Bilbao la Vieja. Entre otras personas que lo visitaron le fué presentada la señora del doctor don Jorge B. Gorostiaga, hermosa dama de la sociedad platense.

La señora invitó al General, en el comedor de la casa, á jugar una partida de damas.

El General aceptó. Al sentarse á hacer la partida, la dama le dijo:

—No tenía el honor, General, de conocerlo personalmente; sólo lo conocía por sus retratos.

—O por mis caricaturas—le contestó rápida-

mente el General,—porque he sido el hombre más caricaturado de mi país.

*

Un día antes del jubileo del General, la Intendencia municipal le hizo pedir permiso para adornar é iluminar el frente de su histórica casa.

El General se opuso tenazmente; quería que ese frente estuviese despejado y sin ninguna clase de adornos.

Al día siguiente, muy temprano, y no obstante su resistencia, el intendente mandó adornar el frente de la casa, aprovechando las horas en que el General dormía.

En el segundo patio de la casa están las viejas habitaciones que sirvieron de dormitorios al General y á su noble compañera. Ahí, en esas habitaciones, se hallan las grandes ventanas antiguas que se remontan casi á la época del coloniaje.

Se han hecho por la familia todas las tentativas imaginables para modernizar esas habitaciones.

El General consintió en que se hiciera un nuevo departamento alto sobre el primero y segundo patios de la casa; pero jamás consintió en que se le tocasen las ventanas.

Y así se conservan todavía.

*

Era cuando Bartolito estaba gravemente enfermo en Saavedra y próximo á rendir su tributo á la muerte.

El General había ido á visitarlo en compañía del doctor Piñero.

Al regreso se encontraron con que el tren ya estaba en movimiento y expuestos á perderlo.

El General, rápida y ágilmente, saltó sobre uno de los coches de puerta en el centro, se agarró de la manija y se situó en el estribo.

El doctor Piñero hizo lo propio, y en esta posición incómoda, violenta y peligrosa, fueron hasta Belgrano, donde el tren se detuvo

El General, al pasar á uno de los coches, dijo lacónicamente:

—¡Ya me venía cansando!

*

En las listas de subscripción publicadas por *La Nación* para la erección del monumento á la memoria del general Mitre, apareció en los primeros días una donación de dieciséis pesos con cuarenta centavos.

El origen de esta donación proviene de una de las intimidades del preceptor. El General tenía

una afición decidida por el juego de *chaquete* y frecuentemente se reunían en su escritorio á jugar con él algunos de los amigos de confianza, entre éstos don Carlos Carranza, que lo había acompañado en la campaña del Paraguay siendo uno de sus secretarios-ayudantes.

El juego pasaba por diversas alternativas, como todo juego, y en esos instantes que proporcionaban al General un goce casi infantil, tenía dichos ligeros, que salpicaba con anécdotas, dando animación interesante á las tertulias.

En las últimas jugadas con el General, Carranza había sido favorecido por la suerte y jugando de á cinco centavos por partida llegó á ganarle la suma antes expresada que el afortunado guardó como una reliquia en una caja de hierro.

Ocurrida la muerte del General é iniciada la idea del monumento, esa modesta cantidad es la que aparece en la lista de subscripción, producto del vicio del *chaquete* que se le conoció al General, junto con el otro vicio de los habanos.

*

El general Roca, siendo presidente de la República, pasaba una tarde por la casa del general Mitre acompañado de un amigo.

Al enfrentar, se detuvo brevemente, y señalando la histórica casa, dijo á su acompañante.

--Ahí tiene, mi amigo, un hombre que sin ser gobierno manda más que el gobierno y puede más que el Congreso.

Otra vez, pactada la paz con Chile, un distinguido coronel de nuestro ejército que vive todavía, fué á saludar al presidente Roca.

—General,—le dijo,—como compañero de armas y ciudadano, vengo á felicitar á V. E. por este acontecimiento que sella la paz en América.

El general Roca, al estrecharle la mano, le preguntó:

—¿Ha estado usted con el general Mitre?

—No, señor presidente; todavía no.

—Bueno, vaya usted á verlo, porque ese hombre es el que ha hecho todo.

*

Con mucha frecuencia y desempeñando la presidencia de la República, el General solía encontrarse todos los días y á la misma hora, por la calle Florida, con una agraciada niña que traía siempre dirección opuesta.

El General invariablemente le cedía el paso, dándole la derecha.

Esta escena ocurrió muchas veces y la niña se sentía cada vez más asombrada de que todo un presidente de la República tuviese esa atención sin conocerla.

Un día se propuso evitar eso que ella consideraba una falta de respeto de su parte y encontrándose nuevamente con el General hizo un rápido movimiento para cederle el paso.

El General, instantáneamente se lo impidió, saltando á la calle.

Desde aquel día la niña resolvió no volver á encontrarse con el General, haciendo su camino por la acera de enfrente.

*

Una tarde, el regente de la imprenta entregó á Bartolito pruebas de tercera del último tomo de la *Historia de San Martín.*

Momentos después, como notara en algunos párrafos errores gramaticales, hizo la observación al General, el cual, una vez que hubo leído las frases criticadas, le preguntó á su hijo:

—¿Y tú me entiendes?

—¡Claro! Y cualquiera lo entenderá, pero la redacción choca con los preceptos de la Academia...

—Lo que yo quiero,—contestó rápidamente el General,—es que todos me comprendan. Por lo

tanto, no someto mis ideas á la tiranía de la gramática.

*

En 1878, el día en que el gobierno de Avellaneda envió al Congreso el mensaje referente á la traslación de las fronteras al Río Negro, no concurrió el General á la Cámara de Diputados, de que formaba parte, pero como de costumbre llegó por la tarde á la redacción de *La Nación*, á recoger las últimas noticias parlamentarias. El repórter del Congreso le dió aviso de la remisión del mensaje, y una vez que leyó los principales párrafos, dijo:

—La idea no es nueva, ya la indicó Falkner. Todo depende de los recursos y del armamento; con el remington será fácil. Ayudaré al general Roca.

Y efectivamente, como miembro de la comisión de guerra informó el proyecto y sostuvo el debate.

*

Una vez el ingeniero don Florencio de Basaldúa, que tiene aficiones á los estudios lingüísticos y de historia americana, necesitó saber y copiar lo referente al estudio del timón americano,

contenido en el libro *Informe secreto,* escrito por el almirante Ulloa.

Acudió al General, quien lo recibió con su acostumbrada afabilidad, y después de decirle que hacía unos veinte años que no leía á Ulloa, agregó, mientras lo precedía ágilmente trepando la escalera que conduce de su despacho á la biblioteca:

—Ese libro está en tal estante, y la descripción del timón se encuentra en tal página, y una observación que escapó á Ulloa es la analogía entre las embarcaciones articuladas de los Pirhuanos y las de los Malayos y Polinesios, de donde tal vez las trajeron al nuevo continente.

Es posible que el General tuviera razón, y que las embarcaciones de referencia fuesen las mismas que sirvieron para los viajes del místico *Purus, Purhua*, que describe Quatrefages en *Migrations des Polynésiens,* que alguna analogía de nombre guarda con los Purhuas ó Pirhuas de la costa occidental de América.

El General, que entonces tenía 78 años, fué á su biblioteca, y sacando el libro entre los millares de su espléndida colección, sin titubear un segundo, leyó en la página por él indicada la descripción de ese artefacto náutico que sirvió á los navegantes americanos para surcar con seguridad absoluta los procelosos mares que

se extienden desde el promontorio de Vasco Núñez de Balboa hasta Tumbez, Guayaquil y Quillota.

*

A fines del año 1892, don Francisco Bilbao, gran numismático y muy amigo del General, le pidió le prestara seis medallas sudamericanas que él tenía, con el objeto de hacerlas reproducir. El General accedió al pedido, pero puso como condición que el artista que se encargara del trabajo debía modelar allí mismo las medallas, pues no quería, por nada, que éstas salieran de su casa.

Ante esta propuesta el señor Bilbao se fué á consultar con el señor Alejandro Rosa, la forma en que se podría llevar á cabo la copia de las medallas.

Don Alejandro Rosa, se trasladó á lo del grabador don Rosario Grande y le dijo:

—Amigo Grande, el señor Bilbao, mi amigo, le ha pedido á don Bartolo autorización para hacer reproducir seis medallas, pero como el General no quiere que salgan de su casa, tendrá usted que ir allí á fin de sacar los modelos.

Tomó Grande su balija, colocó en ella todo lo necesario, incluso los huesos de sepia y se fué á lo del General. Este se hallaba en su biblioteca,

sentado en su mesa de labor y conversando con el señor Bilbao. Enterado del objeto que llevaba allí á Grande, se levantó, regresando en seguida con las seis medallas que entregó al grabador. Hecho esto, encendió un cigarro y se puso á dar paseos por el salón sin que pareciera preocuparse para nada de lo que Grande hacía.

Dió principio Grande á su tarea, teniendo en frente al señor Bilbao, el que con la mayor atención observaba el trabajo. Media hora después estaba éste terminado, por lo que dirigiéndose al señor Bilbao le dijo:

—Ya están los modelos, ahora sólo falta que salgan bien la seis medallas.

—¿Cómo seis?—dijo Bilbao —Son treinta y seis las que debe hacer: seis de cada una.

Al oir esto, se levantó Grande como movido por un resorte y comenzó nerviosamente á guardar sus útiles de trabajo, mientras le decía á Bilbao que le contemplaba asombrado y sin darse cuenta del por qué de esta determinación:

—Renuncio, señor, á este trabajo y si no pueden darme las medallas para modelarlas cómodamente en mi casa pueden llamar á otro grabador, yo no las hago;—y levantando la voz agregó:

—Se presentó un día en mi casa el coronel don Jerónimo Espejo, para que le hiciera las

medallas de Chacabuco, Maipú y el Sol de Chile y al observarle yo que tenía que traérmelas para poderlas copiar, me dijo:

—Váyase á lo del general Zapiola, que él se las prestará.

Fuí en el acto á lo de Zapiola, que vivía en la calle Piedras, llamé á la puerta y salió á recibirme una señora de luto, en la que reconocí la hija del General, la que enterada del objeto de mi visita, me hizo pasar, presentándome á su señor padre, é imponiéndolo de mi deseo.

Sin hacer la más leve observación, llamó el general á su hija y le dijo:

—Alcánzame la casaca.

Esta casaca tenía prendidas en el pecho todas las medallas del general Zapiola.

El personalmente las envolvió en un diario y me las entregó sin decirme una palabra más, saliendo yo de allí con la satisfacción propia del que ve que sin el mayor inconveniente se le confían objetos de tan apreciable valor.

Don Bartolo, que durante ese tiempo no había interrumpido su paseo, se fué aproximando al grupo y encarándose con Grande, le dijo:

—¿Ha concluído su trabajo?

Bien sabía el General que no, pues todo lo había oído.

—No, General,—contestó Grande, y agregó:

—Y no es posible que pueda hacerlo aquí, así
ıe le ruego busquen otro grabador.
—¿Y por qué no se las lleva á su casa?—dijo
ître.
Grande no podía volver de su asombro ante
ta inesperada salida del General, así que sólo
concretó á recoger y guardar los útiles y me-
llas, retirándose para continuar la labor en su
ller después de haber agradecido al General
e acto de confianza.
Una hora más tarde se presentaba en lo de
rande don Alejandro Rosa, quien no cono-
endo sino muy superficialmente lo ocurrido y
rprendiéndole el que Mitre hubiera prestado
s medallas, quiso conocer en todos sus detalles
ocurrido, interrogando al respecto al señor
rande. Este le contó todo, sin omitir un solo
talle, á lo que Rosa contestó:
—¡Es claro! don Bartolo, después de oirlo á
ted, no ha querido ser menos que el general
piola.
Pocos días más tarde se presentaba en casa
Grande el señor Miguel E. Beccar, quien era
rtador de un tomo de la traducción del Dante,
e Mitre le enviaba de regalo, con la siguiente
dicatoria:

Al distinguido y popular grabador italo-argen-
o, señor Rosario Grande, que nacido italiano, ha

conmemorado gloriosos hechos argentinos, le ofrece el traductor este ejemplar en señal de confraternidad entre argentinos é italianos. — *Bartolomé Mitre*".

*

Las jornadas de Julio de 1890 hicieron que todos los argentinos de significación política que se encontraban de paseo en Europa, acudieran á París, adonde había regresado el general Mitre, después de una estadía de convalecencia en Aix-les-Bains.

El General residía en el hermoso palacete que su viejo amigo, el cónsul general de la República Argentina, don Angel María Méndez, poseía en los Campos Elíseos.

Por la noche, el suntuoso comedor del "hotel" en aquellos días de zozobra, constituía en la gran capital, un foco de palpitante argentinismo. El general Mitre presidía la reunión, sentado á la cabecera de la mesa, ocupando habitualmente los demás sitios, el doctor Manuel Quintana, el doctor Miguel Cané, don Torcuato de Alvear, don Angel María Méndez, el doctor José A. Ocantos, don Cándido Galván, don Remigio González Moreno y otras personas entre las que se contaba la que es motivo de esta

reminiscencia, y que, como se verá, sería indiscreto nombrar.

Una noche en que el tema de la conversación se concretaba á las causas de la caída del doctor Juárez Celman, el general Mitre, teniendo en cuenta, sin duda, que hablaba en presencia de dos representantes diplomáticos del gobierno caído, mostrábase reservado en sus juicios; dijo que apenas había tenido ocasión de hablar dos veces con el doctor Juárez y recordó la singularidad del primer saludo, en la atmósfera sofocante de un baño turco y vestidos ambos, según diría Pellicer, de rigurosa epidermis. La segunda vez que le hablara fué al ir á despedirse, antes de emprender viaje á Europa.

El doctor Quintana también expresó que nunca había tenido relación personal con el presidente caído, cuyas deferencias habían sido para él motivo de sorpresa y el doctor Cané, con su ironía peculiar, atribuyó la caída del régimen derrotado, al excesivo amor que tienen los políticos jóvenes por las golosinas.

—Es una situación que ha muerto de empacho.—concluyó diciendo.

—En mi opinión,—dijo el general Mitre,—una de las cosas que más lo perjudicó al doctor Juárez en el concepto popular, fué que el *Don Quijote* lo representara siempre de asno. Esa forma tan gráfica y tan depresiva de simbolizar

al primer magistrado tenía, á la larga, que convencer al pueblo de que el presidente era, realmente, un borrico.

Al oir esta apreciación en apariencia trivial, pero profundamente cierta, uno de los circunstantes fijó los ojos en el General, sonrió, arqueó el brazo derecho, haciendo salir el esmaltado puño de la camisa, y, con acento casi oratorio, exclamó:

—Eso es una injusticia, General; si, señores, eso es una injusticia...

(Movimiento de atención de todos los circunstantes).

—El burro... el asno... es un animal inteligente, muy inteligente... He visto estos días en el Nouveau Cirque, á un payaso español, llamado Medrano, presentando á un burrito que es una maravilla...

Y en medio de la contenida impaciencia de la reunión, que no estaba para oir aquellas puerilidades, el importuno señor se enfrascó en la descripción más minuciosa de las gracias del burro de Medrano, terminando su animada perorata, con una nueva protesta contra el injusto concepto en que es tenido el burro...

Cuando el disertante concluyó, el General le dijo con perfecta naturalidad:

—Amigo, lo felicito, no lo sabía tan fuerte en burrología...

El personaje aludido, al oir la última palabra y al advertir algunas sonrisas mal contenidas, se puso pálido primero, se encendió en seguida, el labio le tembló no acertando con la frase, y, por fin, repitiendo el gesto oratorio de sacar á luz el puño de la camisa, dijo con voz algo cavernosa:

—No esperaba de usted esto, señor General!

—Pero amigo, ¿no acaba usted de disertar largo y tendido sobre el burro? ¿No se llama en castellano "burrología" la ciencia que trata de los pollinos?

—No, señor general; no esperaba de usted un juicio tan depresivo sobre mi persona! Decirme fuerte en burrología es llamarme tonto, ignorante...

—¡Pero, no, hombre, no!...

Nada, el orador había tomado vuelo y ya no había quien lo contuviera.

—Cuando en 18... vino usted á mi casa á pedirme concurso para llenar un ministerio, no debía usted pensar que yo era fuerte en burrología; cuando en...

El discurso tomaba vuelo, y quién sabe con qué recriminaciones concluiría, porque el orador se iba exaltando rápidamente, notándose ya en su voz y en su gesto los primeros síntomas de la cólera.

De pronto, el General se levantó, giró sobre

los talones, abrió una puerta que tenía á la espalda y desapareció por ella, cerrándola tras de sí con algún estrépito.

¡Tableau!

Todo el mundo, incluso el orador, quedó como en misa. El silencio era angustioso y nadie atinaba á romperlo. La situación no tenía salida...

En eso volvió á abrirse la puerta un momento antes cerrada por el General, y éste reapareció absolutamente sereno, con una caja de cigarros habanos en la mano, que colocó abierta sobre la mesa, mientras volvía á tomar asiento.

—En París se fuman muy malos cigarros,—dijo.—Me han recomendado estos Pártagas, que recibe el Grand Hotel... Pruébenlos...

¡La situación estaba salvada! Volvióse al tema político, lo interesante del asunto absorbió á todos y la reunión terminó como si nada desagradable hubiera acontecido.

Sin embargo, los que presenciaron la brusca salida del general Mitre y su vuelta inesperada al comedor, quedaron impresionados por aquel rasgo típico, por aquella manera tan original y tan sencilla de poner término á un incidente enojoso.

*

Sea porque molestase á su gloriosa herida e

la frente ó porque su temperamento esencialmente republicano lo hubiese inclinado á buscar un símbolo inconfundible, el hecho es que el general Mitre no usó nunca sombrero duro.

Nació á la popularidad y al cariño intenso de su pueblo con su famoso chambergo que será eternamente legendario en nuestro país como la camiseta roja de Garibaldi en Italia.

Una vez, sin embargo, se vió obligado á contrariarse, quizá como pocas en su vida, y fué durante su estadía en Europa.

Había sido invitado por el entonces presidente Sadi-Carnot á una recepción oficial y en su honor en el palacio del Elíseo.

La tribulación del General fué como nunca manifiesta. Fuera de su país, donde estaba acostumbrado á no modificar el apéndice simbólico de su sencilla indumentaria, se veía obligado á presentarse de rigurosa etiqueta y sombrero de copa.

Aparentemente resignado llamó á su secretario Piquet y le encargó que le hiciera llevar una galera Poco después la tenía en su alojamiento.

El General la sacó de la caja mirándola con horror, casi con ira. La observó minuciosamente, la dió vuelta varias veces en las manos y, por fin, encarándose con su secretario:

—Vea,—le dijo,—haga que le bajen un poco la copa; es muy alta esta galera.

—¡Pero, señor!...—se aventuró á decirle Pique

—Haga como le digo,—replicó secamente e General.

El sombrero de copa retornó á la casa de s procedencia y poco más tarde volvía rebajad

Nueva inspección y nuevo gesto de disgust del General.

—Más bajo todavía,—exclamó,—dos dedc menos.

—Señor,—le observó el secretario,—entonce en vez de una galera va á llevar usted una g lerita ridícula.

—No importa; devuélvala usted para que arreglen.

El empleado de la casa salió probablemer te riéndose de aquel original cliente en plen París.

Volvió el sombrero y al hacerle el General s tercer examen, exclamó:

—Ahora, sí.

Y así se fué al Elíseo.

Después de media noche el General regresa ba de la brillante recepción.

Silenciosamente, rabiosamente, se sacó aque lla caricatura de sombrero de copa y con to das sus fuerzas la arrojó al suelo, convirtiéndol en una tortilla.

Fué su terrible venganza contra la tiranía d

*

Los presos de la penitenciaría nacional solían escribir frecuentemente al General contándole sus penurias y demandándole algún socorro.

Por lo general, cuando querían interesarlo más se hacían pasar por veteranos del ejército en las diversas campañas del General.

Este, que se complacía en hacer el bien sin exterioridades y en silencio, no dejaba nunca de interesarse por aquellos desgraciados, y su ayudante Portunato fué portador en muchas ocasiones de sus auxilios pecuniarios.

Una vez recibió una misiva de un tal Juan González, que alegando su honroso antecedente de soldado del Paraguay, le solicitaba una ayuda "para tabaco".

El General llamó una vez más á su ayudante y le encargó se trasladase á la penitenciaría llevando al "veterano" González una suma de dinero.

El comandante Portunato se puso inmediatamente en camino de la penitenciaría. Era entonces director del establecimiento carcelario el coronel Fraga, actual jefe de policía de la capital.

Al enterarse de la misión del ayudante, no pudo menos que sonreirse.

—Dígale al General que estos bribones lo e
tán explotando, que no son tales soldados s
delincuentes vulgares. Este Juan González,
agregó,—no ha sido soldado nunca. Lleva vari
entradas por robos, estafas y heridas graves.

El ayudante, no obstante, cumplió la comisió
del General é hizo pasar al preso la suma que
le había entregado.

Al retirarse, el coronel Fraga le entregó una
copia de los antecedentes del preso, diciéndole:

—Tome, llévele al General estos informes de
"su compañero de armas".

Regresó el comandante á la casa del General,
que en ese momento salía del comedor, le re-
pitió la conversación con el coronel Fraga, en-
tregándole al mismo tiempo el papel con la "hoja
de servicios" del malevo.

El General lo leyó rápidamente de pie, é im-
pasible como siempre, exclamó:

—Bueno, comandante, ¡esta es otra campaña!

*

Estábamos reunidos en la intimidad la noche
en que se velaba en su biblioteca el cadáver
del General y el pueblo desfilaba silencioso y
emocionado delante de él. su ayudante coman-
dante Fortunato, el comisario auxiliar de pes-
quisas Maldonado, que venía prestando servi-

cios en la casa desde los días de las grandes aglomeraciones populares, Torcuato Ocampo y Adolfo Cabo.

Conversábamos del General, de su inmensa popularidad y del respeto que á todos inspiraba.

El comisario Maldonado refirió que en previsión de posibles golpes de mano durante el sepelio del General, había tenido la precaución de detener en el depósito 24 de Noviembre á más de 500 L. C. (1).

—A propósito,—dijimos al experto pesquisante,—¿quiere usted conocer hasta dónde llega ese respeto por el General?

—¿Cómo?

—Sencillamente, así: reuna usted en un plesbicito á todos los L. C. que tiene usted enjaulados y hágales esta simple pregunta:

—¿Cuál sería el único hombre en este país á quien no robarían?

El comisario se sonrió y, rápidamente, contestó:

—Lo sé: ¡á Mitre!

*

Privado de sus grados militares, fué una vez á

(1) Ladrones conocidos.

inscribirse en el registro cívico de la Merced.

Un mal educado, queriendo alardear de su adhesión al gobierno que imperaba, á costa de ser insolente aunque fuese con los más dignos de respeto, le preguntó por su nombre y profesión.

—Bartolomé Mitre,—contestó el General,—tipógrafo.

Y en tal forma recibió su boleta de inscripción.

EL CHAMBERGO-SIMBOLO

EL CHAMBERGO-SÍMBOLO

I

La personalidad del general Mitre es realmente extraordinaria y surge grande y gloriosa bajo cualquier fase que se la examine.

Es una personalidad que no admite símil, una personalidad única, genuina é intensamente argentina, no obstante irradiar ya su luz más allá de las fronteras de la patria y estar consagrada gloria americana.

Su actuación pública durante más de medio siglo de intervención directa, y, casi diríamos, exclusiva en todos los problemas anteriores y posteriores á la organización de la República, no iene precedente en ningún otro pueblo de la ierra. Es militar, estadista, gobernante, histoiador, literato, periodista, político, jefe de parido, diplomático, es todo, en una palabra, y en odo deja su sello personal, que lo vincula como ingún otro á la nacionalidad. Se ha dicho algua vez, y se ha dicho con perfecta verdad, que litre encarna la historia del país. Es que Mitre s único.

Pero, entre todas, la fase más interesante de esta personalidad de base gigantesca, es su popularidad, esa popularidad que lo ha acompañado durante toda su vida sin un momento de ocaso, por el contrario, creciendo cada día más. Mitre en las altas esferas del gobierno, en la guerra y en la paz, ó en el retiro de su casa histórica de la calle de San Martín, ha vivido perenne en el corazón de sus conciudadanos y en el inmenso cariño de su pueblo. Mitre encarna, solo, solo, como nadie, el difícil concepto humano de Hombre-Pueblo.

Esa popularidad que, como una aureola de gloria lo ha acompañado siempre haciéndolo vivir escoltado por el pueblo, tenía su signo exterior, todo un símbolo: su "chambergo".

Para las arduas y complicadas tareas del gobierno, era el general Mitre; para su pueblo, era don Bartolo á secas. Y don Bartolo hubiera dejado de ser el ídolo de la muchedumbre el día en que al cruzar las calles de la gran ciudad seguido por las miradas cariñosas de un pueblo entero, no se le hubiese visto con su clásico "chambergo". Ese sombrero era algo así, como la misma bandera patria, suficiente para agrupar multitudes en clamorosos entusiasmos. Don Bartolo sin su "chambergo" hubiera sido siempre un gran hombre, pero no hubiera sido el hombre-símbolo.

No lo olvidemos nunca; sea para lo presente y lo futuro esa la enseña que guíe nuestras acciones ciudadanas y realice nuestros anhelos patrióticos de trabajar sin descanso la cimentación de una patria grande, fuerte, próspera y feliz. El "chambergo" de don Bartolo proteja á su pueblo y lo conduzca á la realización definitiva de sus destinos inmortales!

Y, cuando en las horas del desaliento y de los enervamientos cívicos, y cuando sea amagada la gran obra nacional del patricio y las instituciones peligren, y cuando el pueblo sienta la necesidad suprema de las acciones reivindicatorias, vamos á las calles y á las plazas y llevemos á su estatua en bronce fuerte y eterno como su gloria, junto con las palpitaciones de nuestros corazones, el símbolo del Grande: su "chambergo"!

II

Museo Histórico Nacional.—Buenos Aires, Enero 22 de 1906.—Señor ingeniero Emilio Mitre.—Distinguido señor: El típico sombrero que usaba su señor padre y que la multitud ha visto con amor y con respeto acompañando su féretro desde la casa de gobierno hasta el cementerio, es una reliquia histórica y no creo faltarle á la consideración que usted merece, en estas horas tristes para su espíritu, al solicitarlo, para guardarse en el establecimiento que dirijo.

El gran ciudadano que lo adoptó en esa forma singular, para evitar molestias en la heroica cicatriz de una bala cuya chispa sirvió quizá para animar su cerebro pensador é inteligente, estaba identificado en él ante la mirada y el concepto popular.

El sombrero de Mitre, como el de Napoleón, no necesita leyenda para saberlo distinguir donde quiera que se presente, y la contemplación del que usó en los últimos días de su gloriosa vida será un atractivo para sus admiradores y origen de meditación para los que al verle sientan despertarse en su alma nobles y generosas emociones y en la mente recuerdos gratos que se ligan con nuestra historia, en cuya página más larga su nombre es el primero, el más brillante y el más querido.

Si aquí están las reliquias que pertenecieron á

nuestros próceres y entre ellas el falucho que cubría la cabeza del genio militar que realizó la independencia de medio continente, nada más digno de presentarse á su lado que el sombrero del que completara la obra de los fundadores de la nacionalidad haciendo á ésta indivisible, organizada y fuerte.

Confiado en que usted y su digna familia accederán al deseo que expreso como un homenaje al grande hombre que acaba de desaparecer, me complazco en saludarlo afectuosamente.—*Adolfo P. Carranza.*

Buenos Aires, Febrero 1° de 1906.—Señor director del Museo Histórico Nacional, doctor don Adolfo P. Carranza.—Presente: He recibido la nota del señor director, fecha 22 del pasado, por la cual se sirve solicitar el sombrero que usara el general Mitre, con destino al Museo Histórico Nacional.

La iniciativa del señor director coincide con un pensamiento que surgió en mi en las primeras horas de mi duelo. Ya entonces, contando con el asentimiento de mi familia, había resuelto lo que usted me pide ahora. Creo oportuno consignar aquí las razones de esta resolución; pero, para hacerlo tengo necesariamente que olvidar por un instante los reatos del parentesco y del cariño apasionado, y trocarlos por la libertad del juicio de los extraños.

Tratándose del general Mitre, esta ficción es permitida. Al fin y al cabo si yo, como hijo, no soy

testimonio tan imparcial como el de los que he llamado "extraños" ¿acaso entre éstos, que echan manos llenas las palmas de la gloria sobre la tumba recién abierta, no los hay á centenares que quieran al general Mitre con filial afecto y que lo lloran como á un padre?

Yo soy uno de ellos, y creo que puedo conciliar en mi juicio con la severa verdad debida á un hombre que de la verdad hizo el fundamento de su vida.

Si el general Mitre hubiera muerto al pie de los muros de Montevideo, ó en las cuestas de Vitiche ó aun en los campos de Caseros, habría sido uno de esos caídos en el combate, que Demóstenes coloca entre los preferidos de los dioses; y hubiera tenido derecho á ser acompañado al sitio de su último reposo por su caballo de guerra, y á ser enterrado con sus armas. Era ya un fervoroso del ideal republicano, un precursor de la civilización por la democracia y un propagandista tenaz; pero, aun la fama no había consagrado sus esfuerzos y aun sus esfuerzos habían tenido por instrumento principal la espada. Si hubiera muerto en la guerra civil, herido en la frente, ya las lenguas de fuego de la elocuencia, que él evocara como altivo argumento en las sesiones de junio, hubieran podido descender sobre sus restos inanimados, y al lado de su uniforme militar hubieran figurado también las palmas tribunicias. Si hubiera caído en Cepeda ó en Pavón se habría llevado consigo el secreto de su ser, y en su sepulcro se

hubiera podido esculpir la figura de Clío, preguntándose inquieta si la patria había perdido entonces un luchador ó su primer obrero, y si aquel muerto era un combatiente de Procopio ó un héroe de Plutarco. Si en los esteros del Paraguay hubiera quedado su vida, el panteón de los grandes hombres habría recogido sus despojos y les habría dado por ofrendas, al lado de la espada guerrera, los símbolos del gobernante y del organizador nacional.

Allí comienza á culminar la personalidad del general Mitre.

La encina cívica orla su frente, entretejida con los laureles de la poesía, la ciencia militar lo inscribe como uno de sus adeptos y la historia le recibe como uno de sus iniciados; hace leyes sabias; tiene la visión de la grandeza futura de su patria, por la paz; penetra las lenguas aborígenes y vincula las lenguas latinas, transportando al castellano las preseas de otras lenguas: predica la libertad y el civismo; manda; gobierna con la acción y con el ejemplo; habla; calla.

En la ejecución de esta obra múltiple, conquista el amor de su pueblo. Su pueblo lo sigue en el desenvolvimiento de su acción incansable y serena. Y es en esta evolución que el general Mitre afirma el símbolo que, como el penacho de Enrique IV en la batalla, lo señala á los pueblos: su chambergo.

El afecto popular hizo de esta prenda un símbolo y del antecedente que la había creado un testimonio

permanente de gloria. Al usar su chambergo característico, obligado por su herida, el general Mitre evocaba sin quererlo el recuerdo de una obra identificada con todo el proceso de la grandeza argentina y suscitaba en las masas populares la memoria de los anhelos con que se había consagrado al culto de la patria. Pero aun tenía un significado más ese sencillo atributo de su personalidad y de su actuación. La frente que hubiera podido lucir doradas palmas conquistadas en campañas memorables y erguirse ante las multitudes con la enseña deslumbrante de sus honores, se inclinaba serena bajo la sombra modesta de ese sombrero, como si hubiera querido disimular la aureola con que le revestía el entusiasmo público.

Así, por rara coincidencia, el chambergo de Mitre imponía al mismo tiempo la visión de sus proezas militares y de sus virtudes ciudadanas porque era el alivio de una frente mutilada en defensa de la patria y el reflejo de un espíritu substraído á todas las vanas apariencias. Decía á cuantos lo veían que si Mitre había sabido ofrecer su vida cuando el deber la reclamaba, había sabido también disimular sus prestigios cuando la obra estaba realizada, y que pudiendo ostentarse como el primer capitán de Sud América, aspiraba únicamente á la consideración y al respeto que merecen los buenos ciudadanos.

El pueblo que no analiza, pero que comprende, había apreciado todo el valor de este símbolo. Por

eso en el chambergo hoy histórico está más acentuada la personalidad de Mitre que en ninguno de sus atributos militares. Porque si fué un guerrero victorioso, eclipsó su propia gloria con sus virtudes de repúblico é hizo desaparecer las palmas cultivadas en la guerra por los laureles cosechados en la paz bajo las inspiraciones del civismo.

Por eso, al lado de la espada y del uniforme militar, que puse sobre su féretro, puse también su chambergo, el último que cubriera su cabeza querida y venerada. Ese mismo sombrero, que acompañó los restos hasta el cementerio, es el que he entregado al señor director para que se conserve en el Museo Histórico.

Saludo al señor director con las seguridades de mi mayor consideración.—*Emilio Mitre.*

EL ADIOS AL GENERAL

EL ADIOS AL GENERAL (1)

Era la hora de la madrugada, de una madrugada de día estival, asomando entre celajes de aurora y rompiendo suavemente las últimas débiles sombras de la noche extinguida. Era la hora de la lucha eterna y eternamente repetida entre la sombra y la luz, de la luz vencedora en ese instante, y, sin embargo, condenada á sepultarse más tarde y ser vencida por la sombra Era el cuadro exacto de la vida y la muerte que se reproducía en angustiosa realidad precisamente en ese mismo instante, ahí no más, en ese dormitorio sobre el cual volcaban ansiosas y tiernas las miradas de los que, piadosamente, velaban su último átomo de vitalidad: sólo que por una cruel ironía, por una brutal decisión del destino, dentro de aquellas cuatro paredes que ocultaban el cuadro, no era la luz la que triunfaba: era la sombra, la muerte que vencía.

El gran patricio agonizaba, el ídolo del pueblo se esfumaba, el glorioso General vencedor en las batallas se iba para siempre al solo soplo

(1) Este artículo fué publicado por el autor en *La Nación* con el seudónimo JUAN CRUZ.—(*N. del A.*)

de una caricia helada; el patriota, el estadista, el pensador, el viejo luchador de la patria y por la pátria que había resumido en sí toda la gloria y la grandeza de la República, cerraba sus ojos, sus ojos serenos y melancólicos, cuya mirada semejaba las suavidades del iris trasunto externo de su alma grande, de su alma buena, de su alma blanca. El general Mitre moría.

Estábamos unos pocos en su escritorio de trabajo y de recibo, en ese escritorio del primer patio de la casa patricia, donde tantas y tantísimas veces, por el espacio de años enteros y sucesivos había recibido las más grandes manifestaciones de respeto y consideración que es posible tributar á un hombre, donde había concebido y realizado la obra intelectual más fecunda, laboriosa, útil y eterna que puede salir de un cerebro privilegiado, honrando la historia, la literatura, el pensamiento americano para lo presente y lo futuro.

Estábamos unos pocos en esa hora de supremas angustias, entre los miles y miles de corazones que venían palpitando al unísono en un único y colosal sentimiento prolongado durante los largos, los eternos días de su enfermedad, anhelantes, ansiosos, llorosos, profundamente conmovidos, enclavando nuestras miradas hacia arriba, hacia aquel balcón donde como sombras

fantásticas veíamos cruzar apresuradamente personas que parecían bultos, y que, sin embargo, eran seres humanos, eran los suyos que silenciosamente, unos seguidos de otros, desfilaban camino del dormitorio del glorioso enfermo, comprimiendo sollozos que no percibíamos claramente, pero que sentíamos desde abajo.

El reloj marcaba las tres y media de la madrugada. Contenían mudos la respiración, mirábamos sin pestañear arriba, donde el drama, el impresionable drama de más de cincuenta días llegaba á su escena final. No olvidaré, no olvidaremos jamás ese instante los que seguíamos á tan corta distancia, pero que nos parecía enorme para salvarla y estar también nosotros con los suyos y asistir, como si fuéramos de la misma familia, á la escena tremenda, soberbiamente silenciosa, de la eterna despedida. Un presentimiento golpeaba nuestros corazones, y nos decía con brusquedad la verdad. Aquello estaba terminando; el General, el General invencible y glorioso cedía: Mitre, vencedor en la vida, era vencido en la muerte.

Estrechamos filas los del pequeño grupo, mirando siempre hacia el balcón y conteniendo la respiración. Había transcurrido una hora más. De pronto, una sacudida violenta, terriblemente nerviosa, agitó nuestros músculos casi parali-

zados. Sentimos sollozos que débilmente venían de la habitación del enfermo, luego llantos, veíamos lágrimas desprenderse de aquellos seres que rodeaban al enfermo querido. Y nosotros nos miramos atónitos y luego también lloramos. Uno de los del grupo tuvo valor para mirar su reloj. "Las cuatro y cuarenta y tres minutos", dijo, y luego volvió á callar. Quisimos precipitarnos todos, empujados por un solo impulso, hacia el sitio donde la escena tenía su glorioso final, tan glorioso como lo fué la vida, pero un sentimiento de religioso respeto por aquella casa y aquel anciano venerable que recibía los últimos besos de los suyos nos detuvo. Era justo, era humano que inclinase su blanca y pensadora frente en brazos de ellos. Les pertenecía por completo en esa hora suprema; después, pertenecería á los brazos y al corazón del pueblo.

Quedamos indecisos. ¿Era posible aquello? Dudamos... De pronto, apareció en el centro del balcón su viejo médico, su abnegado amigo, el infatigable que ha puesto su ciencia, su experiencia, su conciencia y su corazón al servicio del ilustre enfermo: el doctor Piñero. Lo interrogamos ansiosamente con la mirada. Estaba pálido y conmovido, intensamente conmovido. Comprendió nuestra angustia y nos dió la verdad, toda la cruel verdad. Una seña muda, una

sola seña bastó. Todo lo comprendimos entonces. Estábamos en presencia de la realidad. ¡El general Mitre había muerto!

Había á esas horas, á esas horas en que todo el mundo creería que reposaba la inmensa simpatía que un pueblo entero venía tributando durante cincuenta días al ilustre enfermo, un grupo de gente estacionado en la acera opuesta á la de la histórica casa La noticia circuló rápidamente y algo como una conmoción violenta batió fuertemente los corazones. Oímos una exclamación á un hombre del pueblo: "Perdemos al padre de la patria", dijo, y se enjugó una lágrima. Era el alma del pueblo argentino que hablaba por boca de ese hombre humilde. Era la consagración en la muerte del glorioso anciano.

Y de ahí para adelante, desde ese primer momento de la fatal nueva, el jubileo en vida del ilustre octogenario se reanudó en el instante preciso de su muerte. Moría en la vida, pero en la muerte nacía á la inmortalidad.

La cuadra de la casa de la calle San Martín empezó rápidamente á poblarse. En todos los rostros había una suprema manifestación de dolor. Si hubiera sido posible auscultar los latidos de aquellos corazones se habría podido comprobar que todos se sacudían como á un solo mecánico movimiento Allí estaba, repetimos, el alma del pueblo

Y fué también desde aquel instante que la vieja casa del general, esa vieja casa que el pueblo le consagró para su hogar después de haber bajado pobre, pero glorioso, de la primera magistratura de la República, empezó á ser invadida por todo el mundo, desde la alta representación del gobierno de la nación hasta el más humilde de los ciudadanos; desde el comerciante y el industrial que llevan el cetro de la prosperidad y la riqueza de nuestro país, hasta el modesto obrero de blusa azul que hacía la huelga de su trabajo para ir á llevar también su latido de corazón amigo á la casa del gran patricio; desde la dama encumbrada y aristocrática hasta la vieja parda, que en sus balbuceos infantiles ya sabía gritar ¡viva Mitre!; desde el ocaso de la vida, representado por sus ancianos, hasta la primavera de la vida, emanando los perfumes y las brisas de la triunfante juventud.

Luego los compañeros de armas del General, esos viejos generales que aun nos quedan como restos gloriosos de otras épocas y otras batallas que las del campo de la actividad fecunda y ennoblecedora del trabajo, generales agobiados bajo el peso de sus hazañas y sus entorchados, cubiertos sus pechos de medallas y cordones—ofrendas de la patria á sus héroes—los jóvenes militares de los tiempos modernos, altivos, cuadrados, con el pecho saliente y su figura gallar-

da, pensamiento y brazo para mantener incólumes las glorias del pasado y la grandeza del presente y el futuro, respetuosos y emocionados ante la majestad del luchador desaparecido...

Las ofrendas que perduran el cariño rayano en el fanatismo hacia el gran hombre, empiezan á llegar á la casa en una sucesión no interrumpida y en una proporción jamás vista en este país. Son las coronas que invaden la casa al extremo de no dejar sitio donde colocarlas, hermosas coronas de flores naturales y artificiales, de bronce eterno como la memoria del ungido, de formas caprichosas unas, severas otras, y todas soberbiamente hermosas. Ahí, en esas ofrendas, están representados los poderes públicos de la nación y las provincias, los institutos científicos, las asociaciones particulares, los gremios, el ejército y la marina, las sociedades y colectividades extranjeras, la prensa, los grandes y los humildes, todo y todos, en una palabra.

Llega á la casa un señor de porte distinguido, irreprochablemente vestido de negro, de fisonomía fuerte y cuyo rostro blanco y patillas rubias denuncian á la simple vista á un extranjero de distinción. Es el encargado de negocios de Alemania. Lleva en el brazo una enorme corona de flores naturales con grandes lazos de cinta de seda representando la bandera de su patria.

—Vengo,—dice,—en nombre del señor ministro de Alemania á colocar personalmente sobre el féretro del señor general Mitre esta corona, y á saludar en el suyo y en el mío á su hijo don Emilio Mitre.

Se le acompaña hasta la gran biblioteca donde es velado el cadáver del General y allí cumple su doble misión, estrecha la mano del hijo consternado y se retira conmovido

—Gracias,—decimos mentalmente nosotros,—gracias, en nombre del pueblo argentino.

El cadáver está expuesto durante veinticuatro horas en el inmenso salón de la biblioteca; en ese santuario intelectual del General, donde ha volcado sus pensamientos y se ha entregado en vida á la meditación, á la meditación que después de su amorosa labor intelectual era uno de los placeres más gratos á su espíritu superior. El rostro del General aparece sensiblemente cambiado, con las huellas del sufrimiento prolongado bien acentuadas, pero conservando esa dulce placidez que nunca olvidaremos y que alguna vez hizo decir á alguien que semejaba la imagen del Hombre-Cristo. Ahí estaba en su féretro dejando todavía transparentar su alma noble, su alma justa El cuadro será inolvidable, porque es de aquellos que quedan impresos para siempre Sus hijos, su vieja hermana, sus nietos, rodeaban la caja.

Cuatro cadetes del colegio militar, arma al brazo, prestaban guardia de honor. Cuatro cirios lanzando su luz de amarillo pálido, amortiguaban la luz clara y brillante de afuera, la luz triunfante de un día de sol sin intermitencias.

De pronto, llega desde la distancia un eco colosal, algo así como un rugido de mar alborotado. Era el pueblo aglomerado en la calle que reclamaba á gritos ver el cadáver Aquello no era un pedido, era un mandato. La familia no vacila. Si ese hombre había sido en vida el ídolo del pueblo, al pueblo le pertenecía también tanto como á sus propios hijos. Se dió la orden de puerta franca y desde ese instante empezó el colosal desfile. La gente, cabeza descubierta, entraba en interminables hileras por la casa del General, detenia breve pero intensamente su mirada sobre el cadáver y seguía su marcha, saliendo por las puertas de *La Nación*. Y aquella procesión no terminaba nunca, desde las cinco de la tarde en adelante, y aquella muchedumbre, lejos de debilitarse, se agrandaba por momentos, interrumpiendo totalmente el tráfico público. La policía veíase obligada á desplegar todas sus artes para contener las avalanchas que se precipitaban unas sobre otras. ¡Hermoso, inolvidable, estupendo desfile! No había que preguntar quiénes estaban allí, sino quiénes no estaban. Ancianos, jóvenes,

niños, señoras y niñas, criaturas hasta de p
cho, llevadas en brazos maternos, personas c
nocidas y desconocidas, obreros, extranjeros e
inmenso número, aquella colosal masa de sere
humanos desfiló silenciosa y respetuosa ante e
cadáver del glorioso anciano. Era el adiós, e
jamás superado adiós al General...

Amaneció la mañana brillante de luz y de sol, como si éste también quisiera acariciar la frente pálida del ilustre muerto. Los miembros de la familia y algunos íntimos rodeaban el féretro. Se veía venir el instante de la desgarradora separación y los corazones latían más fuertemente y la emoción se acentuaba. De pronto, llegaron hasta allí los ecos de los clarines y de las bandas de música militares que tocaban marchas fúnebres. Era la hora. La nación reclamaba esos restos y eran suyos, así como antes habían sido de la familia y del pueblo.

La última escena en la casa histórica, que desde ese momento quedaba vacía, en inmenso vacío, se presentó. Su hijo Emilio fué el primero en inclinarse sobre la frente de su padre y estampó en ella un beso. Luego sus hijas Delfina y Josefina, la hermana única, los nietos, los parientes y algunos íntimos que también reclamaron el derecho al óculo de la eterna separa
ción. Sollozos, lágrimas, suspiros intensos... E

féretro fué cubierto y envuelto en una riquísima bandera argentina, los deudos tomaron las manijas, el silencioso descenso hacia la calle se inició, los guerreros del Paraguay con sus generales y jefes sobrevivientes se turnaron en la conducción, las tropas situadas frente á la casa presentaron las armas, los clarines y tambores batieron marcha, las bandas rompieron con notas fúnebres y á pulso fué llevado el féretro. El pueblo seguía y se apiñaba en las aceras, balcones y puertas de calle, en millares de personas, todas descubiertas, sin una exclamación, soberbio en su silencio. Era aquella la apoteosis final...

Ahí queda, ahí lo dejamos hace algunas horas, en la severa y suntuosa capilla ardiente levantada en la Casa Rosada. La nación lo recibe de brazos abiertos en esa misma casa desde donde él rigiera los destinos de la República. El pueblo no está satisfecho todavía; quiere volverle á ver. El nuevo desfile se inicia, dura y se prolongará toda la noche.

Ahí queda el grande, el virtuoso, el repúblico, el pensador y el soldado, el ídolo de las muchedumbres, el gran ciudadano, "el primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos."

Ahí queda glorioso y viviente en espíritu

aclamado por la nación é inmortalizado por el poeta:

La muerte es el principio de la vida
Y un hombre como Mitre nunca muere.

Enero 21 de 1906.

LAS EXEQUIAS FUNEBRES

LAS EXEQUIAS FUNEBRES

La muerte del patricio asumió las proporciones de un sacudimiento, de una intensa y recogida conmoción pública. Se la esperaba como un desenlace inevitable agotados todos los recursos de la ciencia y los tiernos cuidados de los que velaban á su cabecera de enfermo, pero, asimismo, nadie quería rendirse á la dura realidad.

Es que el pueblo se había acostumbrado á ver en este hombre algo más que un organismo vital sujeto como todos á la ley profundamente niveladora é igualitaria de la vida y la muerte. Es que en Mitre se veía un símbolo y en el inmenso cariño que le profesaba el pueblo había llegado á hacerse carne que su envoltura humana sería imperecedera, inmortal como su espíritu.

Y fué así que, apenas circulada la triste noticia de que todo había concluído, de que el ídolo de su pueblo había pagado el obligado tributo á la madre-naturaleza, algo como un colosal movimiento de estupor se esparció por los ámbitos de la gran ciudad. En todos los hoga-

res, desde los más encumbrados hasta los más humildes, en todas las clases de la sociedad, en toda la población, en todos los corazones puestos al unísono en una sola vibración de consternación, la muerte de Mitre despertó ternuras, afectos intensos, evocó recuerdos, puso plegarias en los ancianos y en los labios balbucientes de los niños. ¡Mitre ha muerto!... Y esta frase lo compendiaba, lo decía todo.

Las exequias fúnebres del prócer fueron la consagración, la apoteosis de un pueblo entero. Ese espectáculo soberbio, imponente en su dolor mudo, no se olvida, no se olvidará porque es de los que quedan para siempre en la memoria.

De todos los puntos de la República, de todas las naciones de la América, de las capitales europeas, de todas partes, en una palabra, llegaban, entretanto, las notas sobrecogidas por la inmensa desgracia, los mensajes de la admiración, del cariño, del profundo respeto por aquella memoria que irradiaba luz y señalaba rumbos...

En toda la noche,—dice la crónica de aquellos días de duelo nacional,—no cesó el desfile ante el cadáver del General. Sólo hubo un momento de tregua entre las tres de la mañana y la hora á que llegan los primeros tranvías á la

plaza de Mayo, es decir, á las cuatro Durante esa misma tregua circulaban numerosas personas—pocas en relación á la masa que se había apiñado allí el día y la noche anterior,—y no alcanzó á durar más de veinte ó treinta minutos. Luego se reanudó la creciente procesión para no interrumpirse ya un segundo

Muchas señoras y muchos hombres se inclinaban devotamente, besando la bandera que cubría los restos de Mitre, con lágrimas en los ojos. El recogimiento de aquella multitud infundía una sensación amarga y dolorosa en cuantos presenciaban el desfile. Las luces, los paños negros, los colores de la bandera, la guardia firme con el arma al brazo, daban extraordinaria solemnidad al espectáculo. Los miembros de las comisiones de honor apenas murmuraban algunas palabras entre sí, más graves que en el mismo templo.

Entretanto, volvía á formarse la aglomeración frente al gran arco central de la casa de gobierno, en cuyo fondo la semiobscuridad de la capilla ardiente, las luces eléctricas violeta y amarillo, el luto de los amplios cortinados, del catafalco que para tan solemne ocasión estrenaba Mirás, y el espíritu mismo de los que acudían allí, daban al palacio una grandeza imponente que el pueblo no le conocía aún.

A las gentes de la ciudad comenzó á agregar-

se con la llegada de los primeros trenes, la ge
te que acudía de las provincias y de los puebl
de los alrededores llenando materialmente l
convoyes comunes con coches suplementarios
los expresos que en muchos puntos se había
encargado. Buenos Aires era un mundo.

Pero á pesar de la multitud de los habitante
que se habían echado todos á la calle, á pesa
del enorme suplemento llegado de afuera, l
ciudad estaba silenciosa, acongojada, más si cab
que en los días anteriores demostrando su dolo
con su mudez, bajo las banderas á media ast
cubiertas de crespones, que se habían multipl
cado aún, y que tremolaban con desgano leve
mente agitadas por el aire tibio, cálido más ta
de como sintiendo también la general pes
dumbre.

Cuando el sol comenzó á caldear las calles, au
seguía el desfile ante el catafalco en que la cab
za del general Mitre mostraba por última vez
pueblo su tranquila majestad, pareciendo me
tar sereno en el futuro, con la íntima convicci
de su grandeza. Y la marcha procesional, t
dolorosa, no terminó hasta que, á la una de
tarde, la guardia no permitió más la entrada
despejó por completo la casa de gobierno, pa
dar cabida exclusivamente á la familia, l
miembros del gobierno, el cuerpo diplomáti
los del Congreso, los oradores oficiales, etc., e

Ya hacía mucho, por otra parte, que el pueblo, abandonando la plaza de Mayo, donde la demasiado rígida organización oficial, no le permitía permanecer, había ido en busca de la mejor ubicacion posible, según la idea que cada cual se había formado de lo que iba á ser la ceremonia.

Una muchedumbre compacta se escalonó en las anchas aceras de la avenida de Mayo, desde Rivadavia hasta Callao, buscando sombra debajo de los árboles y de los toldos de los establecimientos comerciales; hombres, mujeres y niños formaban aquel abigarrado conjunto silencioso; todos los balcones de los altos edificios de cuatro y más pisos estaban atestados de gente, sobre todo de señoras; una corriente continua se deslizaba entre los apretados grupos hacia Callao, seguida por otras corrientes no menos numerosas establecidas en las calles paralelas: Victoria, Rivadavia, Bartolomé Mitre...

La multitud no parecía sentir el sol abrasador, apenas dulcificado por el movimiento que al aire caliente imprimía una débil brisa.

El mismo fenómeno de la avenida de Mayo se producía con mayor intensidad aún en la calle Callao, pues demasiados fueron los que pensaron que allí estarían más cómodos, con lo que las aceras eran pequeñas aun antes de que se acercara la hora de la ceremonia. También los

balcones de esa calle estaban materialmente llenos de señoras, niñas y niños; la gran mayoría de los hombres estaba en la calle, para incorporarse al séquito apenas pasara, introduciéndose en él á fuerza de codos si era preciso.

De la avenida República tendríamos que repetir lo mismo, y por consiguiente nos abstenemos, para no parecer difusos.

En la Recoleta, los grandes jardines, las calles, todo cuanto la gente podía ocupar y que dejaba despejado la tropa, era un torrente humano. Desde hora temprana comenzó la afluencia, que no cesó sino por saturación, cuando ya no cabía un alfiler, cuando ya entre la masa compacta no podía deslizarse un solo cuerpo más

Tales fueron los preparativos, tal fué el prólogo, extendido horas enteras, desde la mañana, de esta ceremonia fúnebre que ha resultado la apoteosis de todo un pueblo á su más alto y venerable ciudadano, al factor y al padre de la unidad nacional, que complementó, dándole un soplo de vida—que fué su vida entera—la obra de los próceres de la independencia.

Ayer ha podido verse una vez más que el pueblo comprende esto: al General debe la República Argentina, el ser nación. Sin él, las pasiones, las divisiones, las cegueras que comprometían el soberbio empuje del 25 de Mayo de 1810, hubieran acabado por desmembrar, achi-

car, matar este país que hoy va conquistando puestos prominentes en la escala de las naciones libres, después de haber sido una de las últimas, y sobre todo una de las de porvenir más equívoco y amenazador.

¡A cuántos se les habrá ocurrido hoy—y habrán sellado el labio, por reverencia—gritar, enalteciendo el viejo concepto, haciéndolo más grande y noble y genoroso:

—Mitre ha muerto. ¡Viva la obra de Mitre!

Los más altos honores oficiales fueron tributados á la memoria del prócer, uniéndose á los decretados por el gobierno de la nación los de los gobiernos de todas las provincias argentinas y territorios nacionales.

De esa serie de actos que han consagrado perdurablemente la gloriosa vida del general Mitre y los grandes servicios que prestó á su país, entresacamos los decretos del gobierno de la nación y el del de la provincia de Buenos Aires, esta última cuna del nacimiento del más preclaro de sus hijos.

Buenos Aires, Enero 19 de 1906.

Habiendo fallecido el teniente general don Bartolomé Mitre, y considerando:

Que es deber del gobierno honrar la memoria de tan esclarecido ciudadano, como un homenaje á sus virtudes cívicas y á los relevantes servicios que con tanta dignidad, consagración y patriotismo ha prestado al país desde los cargos públicos que ha desempeñado;

Que como ciudadano ha contribuído á cimentar el engrandecimiento de la nación legando á la posteridad en el conjunto de sus obras y de su acción fecunda, el fruto de su vigoroso espíritu y el ejemplo de su noble conducta;

Que su múltiple actuación en la vida nacional ha dado días de honra y de gloria á la República provocando manifestaciones de opinión que han consagrado ya su personalidad histórica;

El presidente de la República, en acuerdo general de ministros, decreta:

Artículo 1º—La bandera nacional permanecerá á media asta durante diez días en todos los edificios públicos de la nación, buques de la armada y fortalezas, en señal de duelo por el fallecimiento del teniente general don Bartolomé Mitre.

Art. 2º— El cadáver del extinto será velado en la casa de gobierno y conducido para su inhumación al cementerio del Norte en el día domingo 21 del

corriente á las 4 de la tarde, tributándosele en el acto los honores militares correspondientes á presidente de la República.

Art. 3°—Invítese por los respectivos ministerios para concurrir á los funerales é inhumación del extinto á ambas cámaras del congreso, poder judicial, cuerpo diplomático extranjero y reparticiones civiles y militares.

Art. 4°—Invítese asimismo á los gobiernos de provincia y territorios para que se asocien al duelo público por el fallecimiento del teniente general Mitre.

Art. 5°—Por el ministerio de guerra y de marina se impartirán las órdenes del caso para el cumplimiento de este decreto en lo que les concierne, disponiendo, además, que en los diversos campamentos del ejército y buques de la armada se tributen los honores correspondientes.

Art. 6°—Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

QUINTANA.—*Rafael Castillo.—Carlos C. Rodríguez Larreta.—José A. Terry.—Joaquín V. González.—Enrique Godoy.—Juan A. Martín. — Damián M. Torino. — Adolfo Orma.*

La Plata, Enero 19 de 1906.

El teniente general Bartolomé Mitre ha muerto y está de duelo el pueblo de Buenos Aires.

Considerando: La magnitud de los acontecimientos y de la obra á que ha asociado su pensamiento y su acción en el vasto escenario de la América; cerniéndose sobre el conjunto y con tal elevación patriótica, que ha sido como la característica de su juventud, de la edad madura, y la vejez, y que esta grandeza debe señalarse como ejemplo á las generaciones venideras;

El Poder Ejecutivo, en acuerdo general de ministros, decreta:

Artículo 1°—La bandera nacional será izada á media asta por diez días en todos los edificios públicos de la Provincia.

Art. 2°—Se suspenderá la labor gubernativa hasta el día del sepelio.

Art. 3°—Se oficiará una misa simultánea en todas ciudades y pueblos de la Provincia, con invitación de las autoridades y asistencia de los niños de las escuelas comunes.

Art. 4°—El gobernador de la Provincia, sus ministros y altos funcionarios de la admistración concurrirán al sepelio, invitándose al propio tiempo á los poderes legislativo y judicial.

Art. 5°—El Poder Ejecutivo presentará un proyecto de ley á la honorable legislatura para la erec-

ción de un monumento en la capital de la provincia al teniente general Bartolomé Mitre.

Art. 6º—Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Oficial.

UGARTE—*Manuel F. Gnecco.* - *Juan Ortiz de Rozas.* - *Angel Etcheverry.*

ORACIONES FUNEBRES

ORACIONES FUNEBRES

DISCURSOS OFICIALES

DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DOCTOR MANUEL QUINTANA

Señores:

Tenía que llegar la hora en que la tierra argentina se abriese para recibir estos despojos venerables.

Pero no la esperábamos aún. Un voto del alma nacional se había formulado porque el general Mitre llegase, con el último soplo siquiera de su vida, ál primer centenario de la Revolución. Queríamos honrarlo en ese día, junto con los guerreros de nuestra independencia, como una tradición viviente de las glorias argentinas, representante ante su pueblo de todos los que lucharon por engrandecer á la República y último mensajero del sentimiento patrio hacia aquella inmortal generación que nos legó la tierra libre y soberana.

Ya no será posible tener entre nosotros á este ejemplo vivo del patriotismo: pero no protestemos contra los designios de la Divinidad que suele aba-

tir la encarnación de una virtud cuando quiere reanimarla. Los argentinos levantaremos su estatua y aparecerá de nuevo entre su pueblo aquella noble figura en que contrastaba la modestia de sus maneras con el sello de grandeza que tenía su semblante.

La obra de Mitre no puede encerrarse en la síntesis de un discurso funerario, porque difícilmente se hallará otra vida tan larga y tan llena de grandes acciones.

No tuvo días de reposo.

En la mitad de su existencia había merecido todos los honores y empuñado las riendas del gobierno, pero no lo sedujeron, asimismo, las sensualidades de la vida. Como si no hubiera hecho bastante por la patria, inclinó todavía la cabeza en su gabinete de estudio para dedicarse á los trabajos del espíritu, y de allí nacieron la "Historia de Belgrano" la "Historia de San Martín", en cuyas páginas la juventud argentina estudiará perpetuamente la vida de sus héroes y la epopeya de la independencia americana.

Era, además, un predestinado de la gloria.

Durante muchos años su vida se desenvolvió paralelamente á la vida nacional y todos los grandes acontecimientos de nuestra historia contemporánea lo encontraron siempre pronto para servirlos. Fué poeta y tribuno en su juventud y estadista y guerrero en su edad madura; es el único vencedor en

guerra nacional que hayan conocido nuestros contemporáneos; nació precisamente cuando el país se iniciaba en el desorden y su nombre cierra la época de la anarquía en nuestra historia; ha sido el último soldado de nuestras convulsiones inórganicas y el primer presidente de la Nación reconstituída. Ningún prestigio le faltaba, y en el pedestal del monumento con que el pueblo argentino lo consagre podrán esculpirse todas las glorias humanas.

Sus grandes hechos no se borrarán de nuestro espíritu, porque constituyen durante un largo período la historia misma de la patria; pero yo quisiera también grabar fuertemente en el corazón de mis conciudadanos los últimos años de la vida de Mitre; su noble ancianidad, sus preocupaciones por la suerte de la patria, cuando predicaba la elevación á los gobernantes, la templanza á los partidos y el sometimiento del pueblo al orden y á la ley. En un cuarto de siglo no salió de su retiro sino para evitar que algún error, algún crimen ó alguna insensatez pudiesen comprometer el porvenir de la República. Cuidaba de su obra como un padre de la patria; y si nosotros guardásemos su ejemplo inmortal en la memoria, habríamos asegurado definitivamente la grandeza futura de la Nación.

Señores:

Alrededor de la tumba de Mitre se unirán el pueblo y el gobierno y los hombres de todos los partidos. Su consagración no necesita esperar el fallo de

la posteridad lejana, porque se ha pronunciado ya sobre su vida el juicio irrevocable de la historia. Era nuestro primer ciudadano, pero su nombre y su acción habían salvado las fronteras de la patria y por eso irán también con nosotros las representaciones de otros pueblos amigos, que han obligado la gratitud nacional al asociarse á este duelo profundo de la nación argentina.

Acompañemos sus restos mortales en patriótica peregrinación. Ese pueblo de Buenos Aires, que lo amaba tanto, sobrecogido por primera vez en su presencia, lo verá pasar como un símbolo de la patria, de camino hacia la gloria.

He dicho.

DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y PRESIDENTE DEL SENADO DOCTOR FIGUEROA ALCORTA

Señores:

Se ha extinguido en la noche infinita el astro moral de radiaciones más intensas y múltiples de cuantos han brillado en este continente.

La luz, el calor y la vida de aquel espíritu predilecto de la providencia, perdurarán con su influencia refleja sobre el destino de los hombres y de las cosas que fueron constitutivos de su escenario; pero él ya no estará para determinar con su dictamen y su ejemplo las orientaciones saludables; pero él no guiará más la nave á puerto sereno en los días obscuros de la contienda anárquica; pero él no será ya la encarnación actuante del patriciado venerando que imprima el sello de su autoridad moral inmarcesible á las grandes soluciones definitivas.

¡Dios sólo sabe la intensidad de la prueba impuesta al pueblo argentino en esta hora de hondo duelo nacional! Se diría que al cumplirse en el general Mitre la ley inexorable de la evolución física, quedara en el ambiente algo así como un temor colectivo por la estabilidad de ciertos resortes morales que el sentimiento público había puesto bajo su custodia, al abrigo de su tienda inviolable de patricio, se diría que al dormirse como Washington, «bajo su techo en medio del pesar de sus compatriotas y

de la veneración de los pueblos», el alma nacional se acogiera anhelosa á una quimera suprema, y esperara todavía el despertar de ese sueño; diríase, en fin, que el unánime sentimiento angustiado de la sociedad argentina se uniera en un solo eco solemne de protesta ante el mandato inflexible de la ley de la vida, como si el voto público hubiera consagrado en un solo vivísimo anhelo la idea de la inmortalidad moral y material de su gran ciudadano!

Es que él era nuestra reliquia, nuestro orgullo, nuestro exponente de pueblo grande en el concepto múltiple de sus atributos; es que él fué tradición, virilidad, altivez, gloria argentina; es que su virtud republicana y su intelecto y su saber y su grande alma de soldado y de poeta y su entidad moral de estadista y de repúblico, todo eso nos ha pertenecido y nos ha honrado, dentro y fuera de nuestros límites geográficos, aun más allá de nuestras fronteras continentales.

Quede á la historia la misión superior de incorporar á sus páginas más brillantes lo que corresponde á esta figura benemérita, única entre nosotros por la multiplicidad de sus grandes relieves, y bástele á este momento de supremas tristezas, en que «no hay lágrimas bastantes para tanto duelo», fijar, fijar en la mente y en el corazón de su pueblo las altas líneas de conjuto de este argentino moral, como enseña de cívicas inspiraciones, como divisa de grandes destinos.

Porque amó la libertad y le consagró sus más no-
s esfuerzos, y fué pensamiento y brazo, acción y
cción en sus lides fecundas, su personalidad des-
óse siempre en el primer plano de la escena cí-
a del país, envuelta algunas veces en el vaho
leado de las luchas políticas, pero nunca velada
una sola sombra que empañara el brillo de su
nación prominente.

Porque orientó en las grandes causas la luminosa
rectoria de su vida, y levantó su espíritu por so-
todo lo efímero y transitorio que hay en la trama
orme de las luchas humanas, y practicó serena-
nte la virtud de sobreponerse á la impulsión misma
medio ambiente político si no radicaba en la base
sus principios inflexibles; por eso fué árbitro de
remos destinos, inspiración viviente de soluciones
ndes, encarnación vigorosa de las glorias tradi-
nales de su pueblo.

Porque inspiró su lema en el bien de la patria y
zó con su espada y con su pluma surcos fecun-
á la grandeza moral y material de la República;
que se consagraron siempre al servicio patrióti-
de las instituciones los afanes más nobles de su
rosa vida y los prestigios mejor fundados de su
luencia incontrastable; porque combatió la anar-
ía y el despotismo en los campos de batalla, en
altas tribunas del parlamento y de la prensa, en
gobierno con austeridad de magistrado, en las
s populares con inspiraciones de apóstol; porque

fué fiel á su ideal y á su evangelio, y modeló su tipo en uno de esos hombres que él describe al hablar de Las Heras, «grandes por sí mismos, que tratican con la gloria para quienes el mando es un deber, la lucha una noble tarea, el sacrificio una verdadera religión; los que al abandonar el teatro de la vida pública no tienen que despojarse á su puerta de las galas prestadas de un día, y queman aceite de su propia vida en la lámpara de sus vigilias»; porque auspició con su autoridad magna de patriarca y sus vistas serenas de estadista la paz interna y externa, para fundar en la primera la radicación institucional definitiva y el progreso y engrandecimiento del país, y para cimentar en la segunda las ideas y principios de su credo político, inspirado en los más amplios conceptos de confraternidad americana; porque, en fin, señores, como hombre, como ciudadano, como magistrado, fué honesto, sincero, recto, y definió su ruta entre la verdad y el deber, y rindió como árbitro de la fuerza á de la ley, homenaje invariable á la justicia y á la libertad.—por esos títulos y por tantos otros, la misma sanción pública que [illegible] á su retiro las flores de su afecto y la [illegible] de su nombre,—por esos títulos y por tantos otros, el mismo unánime sentimiento [illegible] esta solemne apoteosis [illegible] para confirmar [illegible] pública contemporánea, y

aquel juicio histórico ampliará las conclusiones del presente, porque ya habrán fructificado en el desenvolvimiento moral y material del país las grandes enseñanzas que emergen de este coloso del pensamiento y de la acción.

Pasarán los tiempos; otras generaciones habrán ocupado el puesto que les corresponda en la evolución indefinida; la hora actual será un punto imperceptible en el horizonte de las edades lejanas; y este pueblo argentino, en la madura plenitud de su vida, en el amplio desenvolvimiento de sus aptitudes, de su grandeza y de su poder, conservará grabado el nombre de Mitre en el calendario de sus glorias cívicas, símbolo todavía entonces de lo que fué sobre todas las fases de su ser múltiple: modelo ejemplar de ciudadano de un país libre!

Cúmplase, mientras tanto, la dura ley de nuestra misión, y entreguemos estas veneradas cenizas á la implacable requisitoria del sepulcro; descansarán cubiertas por la bandera que su brazo tremoló victoriosa, y velarán su reposo las bendiciones populares, mientras su espíritu selecto alienta en el ambiente moral de la patria, y su personalidad benemérita salva los dinteles de la historia coronada de lauros inmortales.

He dicho.

DEL DOCTOR ANTONIO BERMEJO, PRESIDENTE DE SUPREMA CORTE NACIONAL

Señores:

No puede decirse que ha muerto lo que vive el corazón de la República.

Tan estrechamente unido estaba el General en el timo afecto de cada uno de nosotros: de tal mar se había identificado con el alma colectiva de nación, que ante sus restos inanimados se cre que asistimos á las dolorosas exequias de la pa misma.

Pero, no. La patria seguirá su marcha incont table hacia sus altos destinos, y el gran ciudad que le consagrara su vida transitoria continuará mandola con su espíritu inmortal.

La espada de nuestros grandes capitanes ha fijado los deslindes de la nación. La entidad de [illegible] estaba creada. Organizarla, recla [illegible] tiempos y otros [illegible]. El modelado [illegible] del organismo i [illegible] político y [illegible] pasar por angu [illegible] el esfuerzo m [illegible] de la cie [illegible] una intelige [illegible] abnegada.

[illegible] infundía [illegible]

dos sentimientos que parecen inconciliables, la admiración y el cariño, que á todos nos congregan alrededor de estos despojos mortales que no quisiéramos abandonar.

La judicatura nacional reclama también su parte en el duelo público por la pérdida de su ilustre fundador.

Como legista, como uno de nuestros primeros jurisconsultos, sin diploma universitario, el general Mitre, el más civil de nuestros militares, comprendía que al poder judicial estaba confiada la salvación del arca santa de nuestras instituciones, porque ese departamento de gobierno constituye, según la expresión de Washington, la llave maestra del edificio político, y que el magistrado, investido con la facultad de juzgar, decidiendo de la vida, de la libertad y de los bienes, asume, como se ha observado, un grande, un inmenso poder; inmenso para el bien lo mismo que para el mal.

Y al organizar la primera corte suprema y los juzgados federales, en circunstancias en que se hallaban aún vibrantes los ecos apasionados de las contiendas civiles, coloca en aquélla las primeras personalidades de la Confederación, dejándonos así una alta lección de gobierno, en el sentido de que éste debe ser desempeñado en bien de la comunidad y no de los partidos, en beneficio de todos y para todos.

La institución quedaba, desde entonces, salvada.

Habíase iniciado la edad de oro de nuestra ju
prudencia.

Más feliz que los patricios de la generación
le había precedido y que él había honrado ante
despojos del más ilustre, con las palabras del Ev
gelio, recordando á sus contemporáneos que no debi
buscar entre los muertos á los que viven, hale si
dado abrir el surco y contemplar la mies, orga
zar la nación y pasar una venturosa vejez entre
bendiciones de un pueblo reconocido. Era su ob
Era la resultante de la educación cívica difundi
por él, dentro y fuera del gobierno, en que hal
morigerado las luchas inherentes á la democra
con los altos ejemplos de ecuanimidad de un co
zón exento de rencores. Colocado más arriba de
agravios humanos, por la virtud propia de su inco
parable altura moral, irradiaba su espíritu de c
fraternidad entre sus conciudadanos, que han llega
en toda la vasta extensión de la República, á re
[illegible] culto de la pat
[illegible] amar y defender y cu
[illegible] conservar.

Las [illegible] son pasajeros:
[illegible] Era la enseñanza del ilu
[illegible] popular, impu
[illegible] cívicas, cuan
[illegible] mando, con la
[illegible] Plutarco, puebl
[illegible] á su mod

retiro para encontrar la inspiración salvadora en los días angustiosos para la patria.

No se abarca, señores, el universo en una mirada, ni se concentra en algunas palabras de triste despedida una vida humana que fué ella misma la vida de toda una nación. Su característica y el secreto de su constante eficiencia han sido el más noble desinterés: todo para la patria. Practicó sin vacilaciones el culto del bien público y tuvo la más dulce energía para realizarlo. Inaccesible á toda seducción, ajeno á todo temor, se mantuvo constantemente en la órbita de su deber, como los astros en su línea de traslación, sereno, luminoso, incontrastable.

Su carrera pública se inició en la cruzada libertadora que, por la educación de las masas y las proyecciones de su acción perseverante, ha sido felizmente relegada, en la conciencia nacional, á una época que puede llamarse remota, para presidir en seguida la organización institucional del país, y defenderlo ante el exterior con tan modesta pericia militar, que sólo es comparable á la sublime abnegación que, por más de treinta y cinco años—la duración de una vida—reserva los testimonios decisivos de la propia glorificación. Obrero infatigable del progreso, en la prensa, en la tribuna parlamentaria y popular, proclama el equilibrio entre la libertad y la autoridad como el ideal de los pueblos bien constituídos, mientras que en páginas que vi-

virán como las glorias que narran levanta el v
monumento de la historia nacional.

Entretanto, el otoño de la existencia ha lleg
y la triste melancolía de las horas crepuscula
anuncia el cercano término de todos los afanes.
árbol casi secular se viste todavía con sus más h
mosas flores y el genio de múltiples facetas reani
las bellezas de los grandes poemas de la literat
universal.

Que el Señor, en su infinito poder, recompe
tantos beneficios. La gratitud nacional conservará
culto de la memoria del general Mitre, mientras
nombre argentino, que él tanto realzara, siga sier
discernido entre los pueblos libres de la tierra.

DEL PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DON ANGEL SASTRE

Señores:

A nombre de la Honorable Cámara de Diputados vengo á exponer los sentimientos de la asamblea popular ante los despojos mortales del ilustre ciudadano que ha dejado tras sí tan hermosa herencia de virtud, de glorias y de grandes servicios prestados á la República.

Otros ensalzarán á justo título los méritos del historiador, del guerrero y del hombre de letras. Me corresponde especialmente expresar la adhesión de la Cámara de Diputados al duelo público, que debía repercutir de una manera directa en la representación del pueblo y señalar en breves rasgos la obra del legislador y del hombre de estado.

El nombre del general Mitre está indisolublemente vinculado á la organización nacional, que fué su principal objetivo desde que se desplomó en los campos de Caseros el gobierno dictatorial que, por largos años, había dividido y dispersado á la familia argentina.

Su gloria más indiscutible consiste en haber realizado esa aspiración del patriotismo argentino, presentando ante el mundo, bajo una sola ley unificada ara siempre, á la nacionalidad que se incorpora esde esa época las conquistas más avanzadas de la lencia política y del progreso humano.

La grande y patriótica obra del general Mitre está representada en las asambleas constituyentes, en los parlamentos á que dió temple con su carácter, ilustró con sus vastos conocimientos y guió por el camino de la unión.

Esa obra está representada por el gobierno, que, en una época de las más difíciles, de hondas conmociones y complicaciones extrañas, echó con firmeza las bases de todos los poderes públicos y trazó con acierto los lineamientos que sólo fué necesario seguir y extender en el porvenir. A medida que pase el tiempo, muchos hechos caerán en el olvido pero cada día será más pura é incontrovertible la gloria del gran organizador de la República, cuyo espíritu seguirá arrojando luz intensa sobre los destinos de la patria. Y sobre todas sus grandes obras y eminentes servicios flotará siempre, como el emblema más puro de su gloria, la unidad de su gran conducta, invariable en todos los tiempos y todas las circunstancias, que demuestra de una manera inequívoca y transparente la pureza de sus móviles, la firmeza de sus convicciones, la entereza de su carácter: virtudes todas que se unen y se confunden para fundirse en la grandeza de su alma, lo que perdurará, admirado por las presentes y futuras generaciones de esta patria, por la que tanto hizo, de esta patria que tanto amó, y que agradecida le presenta en este acto el homenaje debido á los grandes servidores públicos.

MINISTRO DE GUERRA GENERAL ENRIQUE GODOY

Señores:

En tan solemne momento cábeme el insigne honor de despedir para siempre, en nombre del ejército de la Nación, á estos despojos que fueron la envoltura del alma privilegiada del general Mitre. Empero, no corresponde á mi misión hacer la apología de esa personalidad, tan llena de acción y de pensamiento, durante los sesenta años de vida pública que consagró por entero á dar organización y fisonomía propia á la Nación, luchando como soldado, como tribuno y como caudillo, en los campos de batalla, los parlamentos, el gabinete del estadista y aun en el ostracismo, hasta formar el hogar nacional... es decir, ¡la patria misma!

Traigo otro objetivo, más íntimo y más concreto: es la expresión del sentimiento del ejército nacional, hondamente conmovido ante la desaparición absoluta del prócer que, para los argentinos, era apóstol de la verdad, del honor, de la honradez cívica y de la austeridad republicana.

Y esta manifestación de intenso duelo no está inspirada por movimientos de rebelión, ni de protesta siquiera ante la fatalidad que se cumple; es la pena tranquila, elevada y sincera, que abre en los nobles pechos abismos de afectos, de admiración y de respeto para quien cruzó la vida, extensa y provechosa, como

maestro, como apóstol y como amigo de sus conciudadanos.

Al extinguirse la vida material de este grande hombre, el pensamiento de sus conciudadanos, que en este caso alcanza á la América toda, se recoge y medita ante el ejemplo de sus austeras virtudes y de su inmaculado patriotismo, que fué su característica esencial y que más augustamente resalta en su actuación durante las horas inciertas en que, para afianzar la unidad nacional y hasta encauzar la tumultuosa corriente de una democracia inorgánica, supo imprimir el impulso regulador que debía conducir á la República á sus destinos grandiosos por la senda del orden institucional que él mismo trazó con su pensamiento, afirmó con su espada y ennobleció con su ejemplo.

Las generaciones presentes y las venideras han de inspirarse seguramente en la vida del teniente general Mitre, para aprender cómo se consagran á la patria todos los esfuerzos de la inteligencia y de la voluntad, con el solo pensamiento de su unidad y de su grandeza!

Y en cuanto al ejército de la Nación, cuyos dolo[illegible] cúmpleme la honra de expresar en [illegible] ¿qué vida más abnegada y qué [illegible] de virtud y de carácter po[illegible] República? ¡Ninguno: la [illegible] su vida encarna, perdurarán [illegible]

Su espíritu flotará sobre esta tumba que, al abrirse, parece que también se levantara á manera de secular columna ante la cual deberán llegar todos los desfallecientes, en solemne peregrinación, de pie y descubiertos, á confortar su espíritu, porque ella, de hoy en más y para siempre será un símbolo y un altar!

Y de tal manera es así, que unidas por la veneración de su pueblo y ungidas por el amor de las naciones hacia el gran ciudadano argentino, la bandera de la patria y tres banderas gloriosas de naciones y hermanas que también él tanto amara, agitan é inclinan aquí su paños esplendorosos con toda la magestad de un inmenso pesar por el eterno adiós del que asciende en esta hora á la inmortalidad y á la gloria.

Señores: Interpreto los votos de mis camaradas del ejército argentino y de las naciones amigas que tan gentilmente se han asociado á nuestro duelo, al decir: general Mitre: descansad en paz en la mansión de los justos mientras vuestros compañeros de armas cumplen su misión en la tierra, inspirándose en vuestras excelsas virtudes.

DEL INTENDENTE MUNICIPAL SEÑOR ROSETI

Excelentísimo señor presidente: Señores:

En esta hora de luto para la familia argentina,—y bien podemos añadir con agradecido orgullo, para la familia sudamericana, que fraternalmente nos conforta y acompaña en la austera congoja y en la solemne consagración de esta entidad augusta,—en esta hora de luto, ha correspondido á la ciudad de Buenos Aires encabezar el duelo nacional, por su doble condición de hermana mayor de la familia y de cuna del prócer. Por eso es que á su nombre mi voz viene á unirse un instante, no al solemne concierto de la elocuencia, sino al coro intensamente sentido de las lamentaciones populares, para decir con ellas la verdad del sentimiento y del dolor de la ciudad materna, en cuyo corazón la cruenta pena por la muerte del grande y amado hijo, se confunde con la íntima satisfacción de esta apoteosis, en la cual, como si para honrar á nuestro noble muerto se hubiesen trastornado las eternas leyes de la naturaleza, en vez de un sol que se pone, ven nuestros ojos mortales un sol que asciende gloriosamente en los cielos de la inmortalidad!

¡Ha muerto Mitre! ¡Viva Mitre! Así podría, señores, en esta sencilla antítesis traducirse el pensamiento del pueblo de Buenos Aires, al recibir la infausta noticia de que el patricio venerado había

cerrado los ojos á la luz de la vida terrena. El grito de ¡Viva Mitre! que tantas veces, durante tantos años á través de tres generaciones porteñas ha nacido del corazón y brotado vibrante de los labios de las multitudes, flotando sobre su destino como una esencia de los hondos anhelos y las grandes pasiones populares, ese grito, señores, sería el que ahora mismo brotaría con preferencia del alma entristecidad de todo este inmenso pueblo que rodea el cadáver de un glorioso muerto; porque en ninguna parte, señores, digámoslo bien alto para su honor y nuestro regocijo, en ninguna parte, ni sobre el pedestal que sostendrá su estatua, ni en la página de historia que llenará su nombre, en ninguna parte, en ninguna cumbre, estará tan vibrante y tan alta la figura inmortal de Mitre como en el corazón de su pueblo; de este pueblo que sucesivamente lo ha admirado como á un paladín, lo ha aclamado como á un héroe libertador, lo ha escuchado como á un maestro, lo ha seguido como á un guía y lo ha honrado como á un patriarca! El íntimo, respetuoso, tierno é indestructible amor de su pueblo, ha sido sin duda, señores, la más envidiable y la más indisputable conquista de este conquistador, que ha sabido dominar, amansar, iluminar y levantar el alma bravía de las multitudes con todas las luces de la razón y con todos los calores del sentimiento! Por eso, señores, al despedir á Mitre en nombre de la ciudad de Buenos Aires, me honro en

afirmar que la augusta memoria de nuestro gran p triota puede esperar tranquila el monumento nac nal, que muy pronto la ciudad materna enseñará las gentes, porque antes que el monumento visil y material se alce en la plaza pública, el monume de Mitre existe ya, sólido como el granito y eter como el tiempo, en el corazón de sus conciudadan

He dicho.

DEL DOCTOR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN POR EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Señores:

Me siento sorprendido, y presa de un sentimiento que se parece al pánico, al hallarme repentinamente en esta cumbre sacra; esta tribuna y este monumento son una cumbre. He sido transportado á ella por un espíritu imperioso, por el del Uruguay, mi patria, que me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese sepulcro grande que están abriendo tus hermanos al otro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; pon tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en este momento en que se dice que ha muerto Mitre; percibe bien sus latidos; da á tu espíritu la predisposición melodiosa de las triunfales elegías, y ve á llevar al pueblo argentino el abrazo de su hermano el oriental; ve á llorar con él sobre la tumba del prócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de abrazo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores enlutados; pero ante todo y más que todo, que ella tenga resonantes vibraciones de triunfo; que más que á llorar un muerto, vas á saludar, en nombre de tu patria, un inmortal.

Esta es la tumba... este es el gran muerto... este es el temido momento, para el cual tengo que buscar palabras que acaso no existen...

Señores... hablo en nombre de la representación genuina del pueblo oriental, en nombre de su gobierno; obedeciendo el mandato, he sentido palpitar el corazón de aquel pueblo, y os traigo el tributo más unánime de duelo que un hermano pueda enviar á su hermano querido en sus horas de consternación y de congoja, el homenaje de respeto y de admiración más profundo que un pueblo pueda tributar á otro pueblo, en los momentos solemnes de las grandes memorias.

El gobierno y el pueblo orientales se han dado cuenta de que no puede presentarse una ocasión más propicia de confirmar su fraternal amor inquebrantable á la República Argentina que este momento solemne en que va á aumentar su tesoro de sepulcros con un sepulcro nuevo, tan grande, tan venerando como el más grande, el más venerando y más glorioso de los que forman el suntuoso patrimonio acumulado por la Nación Argentina, y aun por la América toda, en ese siglo de tempestades caóticas, de sombras y de meteoros luminosos, en que fueron forjadas nuestras patrias americanas en las fraguas de la gran revolución.

¿Cómo seguir, señores, la trayectoria del astro que acaba de ponerse en esa tumba? ¿Cómo encontrar el verbo, una de esas palabras vivas que se estremecen y palpitan, que sin substancia en sí mismas, que brotan de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y por medio

de las cuales pudiera deciros, lo que ha visto, lo que ve mi patria, en ese muerto que palpita para llorarlo como con vosotros lo llora, para aclamarlo como con vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan grande espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en el sepulcro, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa: pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes, una de esas fuerzas latentes, una de esas atracciones recónditas que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin las cuales no se concibe su formación. Los pueblos, como los astros, vosotros lo sabéis, señores, se forman en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica: estalla el rayo, se derraman los océanos atmosféricos, se hunden los mares y se levantan las montañas en convulsiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad creadora, que concilian lo inconciliable, que separan la luz de las tinieblas, que hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, se encendió en

el cerebro ya apagado de ese muerto; él fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los elementos ígneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina definitivamente constituída; la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo en medio de las tempestades de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro, brillar otras como una aurora; lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular; pero siempre se le ha visto con el sello inconfundible del enviado ó del profeta sobre la frente, siempre se ha percibido en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde á la luz de las fraguas forjaban los hercúleos forjadores de patrias el escudo y el casco de oro cincelado de que debía brotar armada la República Argentina, al aparecer vencedora de los extraños primeros, vencedora de sí misma después, y ya definitivamente constituída, en el concierto universal de la democracia triunfante.

Es más difícil ser grande que ser sublime: Mitre ha sido grande. No ha sido un desentono genial; ha sido una ponderación perdurable, un equilibrio maravilloso... ha sido una armonía pensativa. Mitre ha

do grande; grande por lo que hizo, grande por lo
ıe pensó, grande por lo que habló; grande también,
ás grande todavía por lo que calló, cuando debió
ndir culto abnegado al más desconocido de los dio-
s; al severo dios silencio. Los conquistadores vul-
ures, y aun los muy grandes muchas veces, nece-
an de testigos; de ahí por que las conquistas sobre
sotros mismos son las más difíciles, las más esca-
s. Mitre fué un conquistador de los más grandes,
grande señor de sí mismo, un dominador de su
opio corazón...

La República Oriental, y la Argentina, señores, se
sprendieron juntas de la misma nebulosa genera-
z: sus historias se compenetran y confunden á cada
so; no en balde sentimos allí que un sol deponía,
e una grande obscuridad se confundía en nuestros
rizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron á la
z. Mitre también es un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne to-
s las grandes efemérides de vuestro glorioso muer
: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo
ıra recordar concretamente las efemérides que vin-
ılan á este sepulcro el amor y la gratitud de aquella
ıtria; aquellas cifras que revelan también que Mi-
e nos amó... porque no podía menos de amarnos,
rque en aquella patria estaban los recuerdos de sus
imeros ensueños, los vestigios de sus primeras
orias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos
pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro dolor, dejadme, señores, que en la misma representación comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales, al recordar que fué en Montevideo donde el joven predestinado á tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandí, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalla, vió por primera vez clavados en él los ojos encendidos de la gloria, sintió por primera vez sobre su frente núbil el ígneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó á almenar la democracia rioplatense, donde se incorporó á la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica, donde al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y á la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló á la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores á la voluntad de los hombres que rigen y determinan la marcha de

la humanidad, llevaron á la guerra titánica á cuatro pueblos hermanos, igualmente heroicos, que hoy se estrechan y lloran en un duelo común sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos, que ya no ven, hubieran visto la aurora del 25 de mayo de 1910?

No puede ser... no puede ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. No. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en ese dia de la resurrección, cuando al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos á esta cima de la libertad de América á golpear en los sepulcros...

¡Oh, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su sepulcro, después de besarlo en la cicatriz de la frente...

¿No veis, señores, que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavia, al despertar á sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar á su lado el gran sepulcro de Mitre?

DEL DOCTOR F. DE ASIS BRASIL, EN REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO DEL BRASIL

Honrado com a representação especial do magistrado supremo da minha patria, venho trazer o ultimo adeus e as lagrimas de toda uma nação amiga ao grande homem cujos despojos se restituem hoje a terra que tanto ennobreceu.

Ao individuo como a collectividade nada deve ser mais grato e consolador que amar aquelles a quem admira. Bartholomeu Mitre teve em vida e terá na morte esse mais raro privilegio humano, ou de ser amado pelos seus admiradores.

Esses dois sentimentos reunia o povo brasileiro pelo seu grande amigo e os tributará fielmente á sua memoria.

Mitre era um puro. Como homem, como ciudadão, como escriptor era honesto e franco. Reconheceu e proclamou sempre os superiores intuitos do Brasil nas suas relações com o Prata, desde o arborecer das nossas respectivas nacionalidades. A influencia de seu poderoso espiritu contribuiu mais que nenhum outro para o estabelecimento dos sentimentos de cordialidade cada dia mais accentuados entre o Brasil e os seus nobres visinhos do extremo meridional do continente.

Em épocas de confusão e anarchia mental e politica, elle penetrou com olhar seguro os destinos d'es-

tes povos. Comprehendeu que a sua grandeza e felicidade depende do maior grau de solidaridade que entre elles se firmou. Quanto ao Brasil especialmente o que não, tinha sido mais que un vislumbre de previdencia nos dois patriarchas que elle illustrou na historia—San Martin e Belgrano—foi nelle convicção e acção.

Por obra sua, os laços de amizade e alliança entre o Brasil e Argentina adquiriram vigor bastante para resistirem aos inevitaveis atritos de paizes secundarias, aos insultos de circunstancias fortuitas.

Os grandes genios são inmortaes na sua influencia para ó bem. A memoria de Mitre, á qual os povos renderão culto como a um semideus, será ainda por largo tempo uma das forças mais energicas na prosecução dos nossos destinos. Assim os estadistas sudamericanos se consagram com o coração e o espirito ao aperfeiçoamento do ideal que elle tão efficazmente serviu a solidaridade dos povos e das nações, pelo moral e pelo direito.

DEL DOCTOR F. DE ASIS BRASIL, EN
CIÓN DEL GOBIERNO DEL

Honrado com a representação
trado supremo da minha patria,
mo adeus e as lagrimas de
ao grande homem cujos des
terra que tanto ennobrece

Ao individuo como a
mais grato e consolado
admira. Bartholomeu
morte esse mais ra
amado pelos seus

Esses dois se ...oria, con-
pelo seu grand ...al engrandeci-
memoria. ...ándose en ideales puros

Mitre era ...ntos y acciones fueron ilumi-
como escr ...s de esa luz interior, y así llegó á
proclama por tanto tiempo ejerció un verdadero
nas sua nacional.

nossa ...te sesenta años, la vida del general Mitre es
seu ...da del pueblo argentino: él ha sido uno de los
ou ...incipales factores de su progreso, ya que el progre-
so y encumbramiento de las naciones no sólo depen-
den de la colectividad de los ciudadanos sino también
del mérito extraordinario de los hombres que las di-
rigen.

A estas justas demostraciones de gratitud se unen

e otras repúblicas deben á la me-
lo estadista.
as fué el general Mitre huésped
Con su talento y con su pluma
rosa en la vida política del
fusión de ideas y discusión
bre todo, el trato de los
lidas y duraderas que
patías y respetuoso
nido de allende los
npre fué conside-
Chile, y jamás
en la armonía

argentinos ante la tumba
preciados despojos, es el dolor
sólo como expresión de condolen-
d de la desgracia; no sólo como
olidaridad entre pueblos herma-
so sentimiento de pesar ante la
mbre superior á que los ligaban
ariño, el gobierno y el pueblo de
aje á su memoria y se asocian al
República Argentina.

DEL DOCTOR FRANCISCO VERGARA DONOSO, EN REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO DE CHILE

Señores: No es esta una pérdida que enluta á un solo pueblo. La acción y la gloria del hombre ilustre que ha caído para no levantarse más han traspasado las fronteras de su patria y dejan recuerdos agradecidos é imborrables en otros países sudamericanos á que dió parte de su vida.

Llega hoy á este sitio en imponente y grandiosísima manifestación de duelo, inmenso número de sus conciudadanos á rendirle el supremo homenaje de dolor y admiración.

El general Mitre, durante una larga existencia, consagró las preclaras dotes de su alma al engrandecimiento de la República; inspirándose en ideales puros y elevados, sus pensamientos y acciones fueron iluminados por los reflejos de esa luz interior, y así llegó á la cima en que por tanto tiempo ejerció un verdadero magisterio nacional.

Durante sesenta años, la vida del general Mitre es la vida del pueblo argentino; él ha sido uno de los principales factores de su progreso, ya que el progreso y encumbramiento de las naciones no sólo dependen de la colectividad de los ciudadanos sino también del mérito extraordinario de los hombres que las dirigen.

A estas justas demostraciones de gratitud se unen

también hoy las que otras repúblicas deben á la memoria del esclarecido estadista.

En diversas épocas fué el general Mitre huésped distinguido de Chile. Con su talento y con su pluma tomó participación vigorosa en la vida política del país, y contribuyó á la difusión de ideas y discusión de principios de gobierno. Sobre todo, el trato de los hombres le creó amistades sólidas y duraderas que originaron la corriente de simpatías y respetuoso cariño que sin interrupción ha venido de allende los Andes hacia la persona de Mitre. Siempre fué considerado allá como el constante amigo de Chile, y jamás se podrá olvidar su influencia eficaz en la armonía entre ambas repúblicas.

Por eso, el dolor de los argentinos ante la tumba que va á guardar los preciados despojos, es el dolor de los chilenos. No sólo como expresión de condolencia por la magnitud de la desgracia; no sólo como manifestación de solidaridad entre pueblos hermanos, sino por intenso sentimiento de pesar ante la desaparición del hombre superior á que los ligaban la gratitud y el cariño, el gobierno y el pueblo de Chile rinden homenaje á su memoria y se asocian al duelo nacional de la República Argentina.

DISCURSOS POPULARES

DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI

Señor Presidente: Señores:

Con honda emoción el pueblo argentino ha asistido al ocaso de una hermosa vida y contemplado, silencioso y conmovido, la desaparición del astro, que envuelto en la gloriosa aureola de su propia luz, lentamente descendía en los horizontes del tiempo, hasta ocultarse á nuestros ojos mortales para renacer mañana á la inmortalidad de la historia.

Lo que termina en esta tumba no es sólo una vida de hombre que supo cumplir con honor y con gloria su larga, fatigosa y fecunda tarea, es también uno de los capítulos más emocionantes de nuestra agitada historia, aquel que relatara la trascendental evolución política que se inició en Caseros. El pensamiento y la acción del general Mitre están tan íntimamente ligados á nuestra vida nacional que su biografía será la historia política del pueblo argentino durante la segunda mitad del siglo XIX, y sería imposible trazar aquí una reseña de esa vida, porque no puede compendiarse medio siglo de la historia de un pueblo en los estrechos límites de una arenga.

Es una verdad comprobada por la historia de todos los pueblos que en los momentos más críticos

y difíciles de su vida, surge siempre entre las vidas populares un hombre especialmente dotado por la providencia con las grandes cualidades necesarias para responder á las exigencias del momento histórico, y el general Mitre ha sido uno de esos seres providenciales nacido con todas las virtudes y facultades necesarias para dominar y dirigir los sucesos, en una de las grandes evoluciones de la vida política de su pueblo.

Veinte años de tiranía, habían suprimido todo principio de libertad y gobierno institucional, cegado toda fuente de educación popular y dispersado la familia argentina, dividida por hondas pasiones y rencores. Fué por esto tan vasta como difícil la tarea de los vencedores de Caseros, que tenían que hacer resurgir de esas ruinas una sociedad política, orgánica, libre y culta. Para realizarla, para responder á todas las exigencias de la situación política y á las modalidades populares, tenían que poseer las más variadas y altas facultades. Había que predicar los nuevos principios y educar á los pueblos, que contener ó dominar las pasiones, que dar forma orgánica á una masa caótica, poniendo en juego todas las influencias del pensamiento y todas las energías de la acción; había que predicar y que combatir, que ser apóstol y ser soldado.

De todos los hombres públicos que aparecieron en ese momento sobre la escena política, el más completo fué el general Mitre, pues poseía tal variedad

de virtudes, de aptitudes y de facultades, cual no conozco reunidas en otro estadista propio ó extraño; pues si alguno pudo igualarlo en una especialidad ninguno las reunía en condiciones tales que le permitieran actuar en primera línea y con igual eficacia en todas las escenas, en todos los momentos, sobre todas las clases sociales. Fué un hombre de estudio y de vasta ilustración. Como literato é historiador sus obras son honra de las letras argentinas. Fué un orador tan nutrido, sereno y eficaz en el parlamento como entusiasta y arrebatador en la plaza pública. Estadista de alto vuelo, era la voz más respetada en los consejos de estado, por la elevación de sus sentimientos, por la seguridad de sus juicios, por la ecuanimidad de su carácter. Fué nuestro primer soldado. Fué un gran político de acción personal y directa; y más que todo y sobre todo esto, poseía ese don misterioso de seducción que atrae y domina la masa humana, que distingue á los grandes conductores de hombres, don que el general Mitre poseía cual ninguno, pues dominaba á los hombres de pensamiento y á las masas populares por la doble influencia de la inteligencia y del carácter, ejerciendo sobre su pueblo un prestigio y una autoridad moral que, lejos de debilitarse con el tiempo, adquiría cada día mayor poder á medida que las pasiones se calmaban y se destacaban mejor, no sólo la grandeza de la obra, sino y sobre todo, su altura moral y la sinceridad de su patriotismo, que fué su

guía constante, en los días serenos como en los más obscuros y tormentosos de nuestra agitada historia.

Jefe de la nación unánimemente proclamado y profundamente respetado; general en jefe coronado por la victoria en 10 campos de batalla; el hijo preferido de su pueblo, ha sido el digno émulo en este extremo de América de aquel otro gran ciudadano que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Su vasta actuación, salvando los límites de la patria, ejerció más de una vez poderosa y benéfica influencia en la política americana y hoy las repúblicas hermanas rinden todas solemne homenaje al gran patricio, cuyo nombre será segundo sólo al del general San Martín en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América.

No será en la escena pública, por grande que haya sido el lugar que en ella ocupó el general Mitre, donde dejará el inmenso vacío, pues no deja una obra inconclusa, que sería difícil á otro terminar. Su gran ideal y su gran misión fué la organización nacional, fué fiel á ella en todos los momentos de su vida, asistió en sus comienzos, tuvo en su realización la principal parte y ha tenido la inmensa satisfacción de verla terminada. Donde el general Mitre deja inmenso é irreparable vacío es en el corazón de su pueblo que se había habituado á contemplarlo con respetuosa adoración, no sólo como

el ídolo de sus amores, sino como el genio tutelar de sus destinos.

Por esto, cuando viendo cumplida la misión de su vida, al sentir declinar la tarde y llegar la hora del reposo, el general Mitre se retiró de la escena pública, ese pueblo le ofreció la más hermosa apoteosis que haya merecido un argentino, y cuando una voz doliente anunció que la hora fatal, la última del gran ciudadano se aproximaba, reinó en todo el país ansioso silencio, mientras el cariño popular velaba á la cabecera del agonizante.

Los méritos del general Mitre, no han tenido que esperar así el tardío fallo de la historia, pues han sido sus contemporáneos los que, anticipándose al tiempo, han dictado el fallo justiciero, final é irrevocable que le asigna un lugar de preferencia en el panteón de nuestras glorias, y es el pueblo argentino, todo, el que, con la frente descubierta é inclinada, rodea esta tumba para despedirse del gran ciudadano en los dinteles de la inmortalidad, para pedir, hoy que sus consejos le faltan, que sea siempre para los que le sucedan en la tarea, fuente de alta y noble inspiración el recuerdo imperecedero de sus virtudes y de su patriotismo.

DOCTOR CARLOS BAIRES, POR EL CÍRCULO DE LA PRENSA

Señores:

ertenecientes al primer siglo de nuestra historia, uerte nos ha deparado conocer á uno de sus más ides hombres, tributarle el homenaje de nuestra iración y expresarle hoy el de nuestra despe-, en este momento solemne, que es de tristeza, ecogimiento y de luto para la República.

n esta hora discierne la nación agradecida al ral Mitre la confirmación de inmortalidad que e adjudicara hace algunos años al calor del imiento popular conmovido por la labor fecunda ste hombre que dedicó toda su vida al servicio a patria.

omenzó á servirla casi desde niño en los cam- de batalla en que se combate con la espada, os del pensamiento en que se combate con la na, en los de la lucha cívica en que se comba- on la inteligencia, con la virtud y el sacrifi io hacer obras de fundación en el presente y en orvenir.

l general Mitre ha sido, en efecto, un fundador. pués de la Independencia sobrevino para nues- país ese período que es la primera edad de los blos hecha de desconciertos, de heroísmo y de ides anhelos. El general Mitre cerró esta época

con la unificación nacional y anunció desde entonces la futura grandeza de la República, una y fuerte, á la cual pronto vendrían, en largas caravanas, los hombres del mundo entero para entonar en sus campos y en sus ciudades el himno del trabajo, sagrado y redentor...

Mitre terminó la tarea de San Martín, de Belgrano, de Moreno, de toda esa legión heroica que puso la primera piedra del vasto edificio de nuestra nacionalidad. ¡Qué feliz habrá sido su emoción al contemplar esta aurora que creó con su talento de político y con su corazón de patricio nacido para cumplir grandes destinos!...

Desde entonces el general Mitre perteneció á la inmortalidad, pero si la obra fundamental había terminado, mucho debía hacerse todavía para consolidarla y mejorarla. Después de la fundación institucional debíase organizar el mecanismo de la nación y á ello consagró sus esfuerzos, hora por hora, este espíritu grave y austero que nunca conoció el descanso ni el desfallecimiento.

Pero tuvo que interrumpir la tarea para mandar ejércitos y conducirlos á la victoria, este viejo soldado que ya había oído las dianas triunfales de tres naciones. Y fué tan estadista y sereno en los campos de batalla como en medio de las turbulentas asambleas y palacios...

En esta vida que enseñaba con su ejemplo no hay miserias, no hay decadencias, no hay inferioridades.

Si alguna vez tuvo que imponer su autoridad de mandatario responsable y dejó oir su consejo en momentos indecisos, la filosofía de la historia dirá que nunca fué pequeño, ni dominante, ni interesado, ni distraido por la mezquindad tan común en los espíritus vulgares. Fué creador y dirigente, inspirado por las ideas del bien y de la verdad como las entendió con su inteligencia genial. Comprendió y supo ejercer el arte difícil de persuadir á los hombres y á los pueblos antes de conminarlos con la voz de orden de la ley. ¡Por eso también fué tan querido, porque á su poderoso talento y á la rectitud de sus intenciones, unía esa profunda sensibilidad que es la fuente de toda simpatía y que ilumina las existencias de estos elegidos de Dios!...

Ahí están en su obra de poeta dos puntos indicadores: el salmo de la Vida de Longfellow que tradujo á nuestro idioma, el canto vibrante de la energía, del trabajo y de la creencia, y «A mi hija Delfina», que es la canción á todas las ternuras del hogar...

Como historiador legó al pueblo y á la ciencia la leyenda patria en grandes libros luminosos y educadores para mostrar que conocía todas las necesidades del país, que tenía todos los talentos, que poseía el don de una prodigiosa y útil actividad y que todas las glorias le eran familiares.

Sintió que debía difundir entre el pueblo muchos principios de orden y muchas enseñanzas hablándole

en ese lenguaje sencillo, comprensible para las sas, fué periodista. Periodista en el Uruguay Chile, en el Brasil y en nuestro país, desempeñ elevada misión de los publicistas de esta época, su pensamiento, comunicó su alma en la hoja ria y su palabra fué siempre serena, elocuen persuasiva.

Mitre cumplió su deber como lo cumplen los l bres únicos y grandes destinados por la Provide á contribuir á la felicidad de los pueblos.

Todas las agrupaciones que forman la sociedad deben gratitud y admiración, pues su obra ab todo el horizonte. Por eso es que el Círculo de la Pr me ha encomendado expresar en esta hora defini el luto y el profundo dolor que siente ante nue ilustre, el periodismo nacional.

DEL CORONEL LUIS GÓMEZ, POR LOS GUERREROS DEL PARAGUAY URUGUAYOS

Señores:

El Centro de Guerreros del Paraguay de la República Oriental del Uruguay, cuya presidencia honoraria ocupó el ilustrado caído ante cuya tumba se prosterna hoy todo el mundo americano, me ha enviado para que deposite en su nombre las siempre vivas del recuerdo imperecedero, el testimonio del respeto más profundo, del afecto más intenso y de la admiración más verdadera, sobre los despojos de este gran patriota que acaba de abandonar la vida de los hombres para acompañar desde un sitial más elevado á los grandes de la historia.

Señores: Los veteranos de la otra banda, á cuyas libertades y á cuyos fueros ofreció el tributo de su inteligencia y el esfuerzo de su brazo el general Mitre en las épocas tempestuosas en que los muros de Montevideo fueron baluarte de la libertad americana, y los que, en la adolescencia de la vida militar, adquirimos las primeras nociones del arte de guerrear en los libros del ex alumno de la Academia Militar del Fuerte, y los que en los mortíferos esterales paraguayos fuimos testigos de la abnegación más elevada y del valor más estoico de un general en jefe, teníamos el triste deber de reclamar un puesto en este solemne homenaje, tributo apenas jus-

ticiero, rendido al más ilustre americano de la época contemporánea.

Para nosotros la vida de soldado del general Mitre, más que una enseñanza era toda ella un ejemplo, y más que un ejemplo un símbolo.

La historia militar de un continente desde 70 años á esta parte, se encerraba en su foja de servicios, y bien puede decirse que casi todos los laureles de esa historia tenían sitio designado sobre el uniforme del ilustre teniente general.

A otros, señores, el elogio y la biografía completa del extinto: á la historia, el juicio de su actuación sobresaliente; nosotros los viejos servidores, los subalternos de antaño y admiradores de siempre, al rendir los honores de ordenanza ante la tumba abierta, sólo podemos descorrer el velo funerario que la envuelve, esparciendo su sombra de tristeza sobre lo que queda del ejército aliado, para decir orgullosos como los soldados de Napoleón el Grande, al ver su nombre ascender hacia la gloria: «estuvimos á su lado».

DE FÉLIX BOCAYUVA, SECRETARIO DE LA LEGACIÓN DEL BRASIL

... «Muerto parece aún más grande que vivo», decía Enrique IV contemplando el cadáver del duque de Guise...

Esa exclamación del gran monarca de Francia parafraseada por Ruy Barbosa, el eminente tribuno de mi patria, ante el cuerpo del ilustre José Bonifacio de Andrada e Silva, no habrá sido tal vez, jamás, tan oportuna en la América latina, como en este momento, aquí, junto á esta tierra que se abre para recoger los despojos venerables del sumo pontífice del culto de la patria y del sentimiento sudamericano.

Permitid, pues, señores, el alto honor de acercarme con vosotros á la tumba en donde va á dormir su largo, su infinito, su divino sueño, el patriarca de la unidad argentina.

Por más modesta que sea mi palabra, por obscura que sea mi persona, ella tiene en este instante la virtud refleja que le viene de esa misma claridad que baja sobre nosotros, irradiante y cálida, del imponente misterio de la muerte.

Y sería también delito, sin nombre y sin absolución, corazón y espíritu brasileño ver ocultarse para siempre, en el frío seno de la tierra, el cuerpo del amigo y del aliado más valeroso y noble de su pa-

tria, sin decirle, en el momento augusto, el supre[illegible] adiós de gratitud.

Estamos, señores, delante de la historia—de vues[illegible] historia argentina y de nuestra historia sudamerica[illegible]. En ese cuerpo inanimado por la ley superior de a[illegible] quilamiento de las cosas, palpita casi un siglo de emociones humanas, políticas y sociales en el ra[illegible] geográfico de nuestra América. Su acción vital ll[illegible] la historia civil y militar de vuestro país y muc[illegible] páginas del nuestro.

Como Lafayette, como Bolívar, como San Martín y como Garibaldi, su anhelante espíritu de luchador incansable franqueó los límites de la patria y fué, en lejanas tierras, á sembrar el sentimiento de libertad pasando por todas partes con la serena majestad de un astro, dejando en cada cielo el áureo surco indestructible de su alma.

No hay por qué hacer en este momento el elogio de su personalidad, ni comentar el alcance político y humano de su obra. Intentarlo sería pretender la definición de la luz.

Para alegría del alma, para sosiego de nuestra conciencia de admiradores y hermosura de nuestro culto basta que sepamos que su espada de soldado, tantas veces refulgente al sol en los campos de batalla, obedeció jamás á las sugestiones de la bárbara virtud del heroísmo militar, sino á las inspiraciones más altas del sentimiento civilizador; y que su pluma de político, de filósofo, de historiador y de poeta, fué siempre

el cincel finísimo que en talla dulce y firme grabó el carácter y las aspiraciones de la nacionalidad.

Arquitecto feliz, él ha podido gozar en vida ese divino orgullo del creador que ve surgir del caos, en realidades palpables, las concepciones de su genio.

El espíritu de Mitre, hoy más que nunca actuará sobre vosotros, dejando como la aguja de un inmenso fonógrafo, indeleble, la impresión vibrátil y sonora de sus propios ensueños, que irán, á través de los tiempos y de los accidentes de la historia, repitiendo en el disco de vuestra alma la canción del amor y del trabajo, móviles y objetivos supremos de la vida, y de que él fué el prodigioso y continuo apóstol.

Mitre:

Fuiste el soldado de la libertad; fuiste el educador demócrata de Sud América; fuiste el hidalgo caballero, noble y bueno de tu tiempo.

La muchedumbre se inclina ante el soplo vivificador de tu alma, fecunda y ardiente, como los trigales de oro de las llanuras argentinas, al empuje victorioso del pampero; y al dejar esta mansión de sombras, pero también de esperanzas, graba sobre la tumba en que reposas, como definición de la triple modalidad de tu persona, estos soberanos versos del cantor florentino, que un día, tú mismo, traducistes:

Tu duca, tu maestro, tu signore

Y al apartarme yo de estos sitios en que tú te quedarás durmiendo en la serenidad de tu gloria, te ofrezco, General, como tributo humilde, estas palabras, que salen de mi pobre boca, como un eco lejano del alma de Quintino Bocayuva, que se templó en la tuya y que, abrumada en esta hora de duelo, sufre por el dolor con que tu partida aflige el corazón latente de América, ciñéndolo con una cadena hecha de admiración y de «saudade».

DEL DOCTOR MAURICIO P. DARACT, POR EL GOBIERNO Y PUEBLO DE SAN LUIS

El gobierno de la provincia de San Luis, considerando un deber el honrar la memoria de los benefactores que contribuyeron en primera línea á la unión de la patria, para reproducir algunos de los conceptos del decreto respectivo, me ha conferido la representación de esa provincia en este acto en que la nación, otras provincias hermanas y varias repúblicas vecinas han querido hacer una manifestación de sus sentimientos de hondo pesar, ocasionados por la muerte del eminente patricio cuyos despojos mortales contemplamos con el espíritu embargado por el recuerdo de la prolongada y fecunda actuación de aquél en la agitada vida nacional.

No debo detenerme en el examen de las distintas fases de esa actuación: se ha hecho ya en diversas ocasiones, se hará en lo presente por palabras más elocuentes y autorizadas que la mía, y la historia lo hará á su vez mañana, confirmando, lo espero confiadamente, el fallo contemporáneo de propios y extraños, que coloca al general Mitre entre las figuras más descollantes de su época por la obra que llevó á cabo, la duración de sus servicios, los elementos de que dispuso, su ejemplar desprendimiento y la elevación invariable de sus propósitos.

La nación, por el órgano de los representantes de

sus tres poderes, acaba de reconocer solemnemente los méritos del extinto y sus múltiples títulos á la gratitud nacional.

El general Mitre como historiador tuvo para San Luis palabras justicieras en las páginas inmortales de sus libros, determinando la manera cómo estaba llamada á contribuir, y lo hizo, á la obra de la emancipación; y como hombre público, antes y después de describir con mano maestra la acción del ejército de los Andes, había tenido también, en el gobierno y fuera de él, justificada simpatía por esa sección de la patria que, alejada de los grandes centros de riqueza y de cultura, teatro de frecuentes disturbios y en contacto inmediato con el enemigo interno de a pampa, llevó durante tantos años una vida azarosa, de atraso y sufrimientos.

Inmenso contraste hay ahora entre las vastas extensiones de fértil tierra entregada al trabajo, poblada y cruzada por vías férreas, y los desiertos de no ha mucho: y aunque en justicia debe reconocerse que otros buenos servidores del país han concurrido eficazmente á tan rápida y feliz transformación, así como en otros puntos de la República, cupo á la administración presidida por el general Mitre la gloria de la iniciativa, entre otras medidas de trascendencia, de la supresión por el riel civilizador de las distancias interprovinciales, y con ella el principio de solución de gravísimos problemas de orden interno.

La tarea llenada por el general Mitre en el perío- extraordinario, durante el cual ejerció sobre los stinos del país una influencia pocas veces alcanza- y conservada en el seno de las democracias, erecía ciertamente los honores que estamos tribu- ndo á su memoria, realzados por la participación ellos de naciones amigas y de los hermanos resi- ntes, como él calificó á los hombres que han ve- do á formar su hogar honrado en la República, nde encontrarán siempre, al amparo de nuestras yes, y más que de nuestras leyes, de nuestros cor- ales sentimientos, una segunda patria, grande, ogresista y justa, servida por hijos que tienen mo- los en que inspirarse, y tradiciones, tendencias é eales á que serán fieles.

APÉNDICE

APÉNDICE

La fecunda vida del general Mitre, prolongada como ninguna otra en la acción pública y como ninguna otra múltiple y extraordinariamente activa, asombra cuando se la abarca en todas y cada una de sus manifestaciones, pudiendo repetirse con exactitud de ella que no tiene precedente ni semejanza en la de hombre alguno de su clase superior. Su espíritu incansable y perseverante, su talento prodigioso, su apasionamiento generoso por todo lo que señalase un paso hacia adelante ó una contribución á las complejas y variadas cuestiones impuestas al estudioso y al pensador profundo, sus ideales de patriota y de batallador, ese cúmulo de cualidades que hacen de una entidad humana una fuerza positiva, personal y colectiva á la vez, suficiente por sí sola para dirigir pueblos y señalarles certeramente rumbos, todo estuvo reunido en esta personalidad excepcional llamada á irradiar mayor luz á medida que los años transcurran y la obra surja en la plenitud de su meridiano.

No se reservó un día de reposo durante una

actuación de setenta años. Sus afanes, su vigor, su intelectualidad, su espada y su patriotismo, estuvieron invariablemente al servicio de su país y en todas y cada una de las situaciones políticas, institucionales, militares ó accidentales en que le tocó actuar y en todos y cada uno de los problemas que le cupo solucionar, su pensamiento estuvo siempre alto, desinteresado, certero, profundamente analítico y previsor. Se le ha llamado en distintas ocasiones el Gladstone americano y lo fué, inequívocamente, con la superioridad sobre el eminente estadista inglés de que su obra abarca mayor expansión y domina mayores dificultades puesto que le tocó encauzar las corrientes tumultuarias de una democracia confusa y balbuceante, combatiente con la idea y con la espada, hasta dejarla cimentada y perdurable para siempre solidificando los cimientos de una nacionalidad definitivamente constituída por su esfuerzo, próspera, culta, fuerte y con sus destinos irrevocablemente marcados al amparo de la paz y del trabajo común abierto á todas las razas y á todas las creencias de la tierra.

La influencia indiscutible de este hombre de altos ideales y vastas concepciones, se agranda en su reconcentrada labor del gabinete de estudioso y se prolonga más allá de las fronteras de la patria. Es así que se la ve extenderse por

todo el continente sudamericano pesando con su influjo avasallador y decidiendo, en cierto momento solemne y tan sólo con su irradiación moral, de la paz entre dos pueblos preparados larga y bélicamente para la guerra en medio de un ambiente trabajado por las pasiones populares.

Añadimos á este libro que apenas refleja un débil tributo á los méritos y á la memoria excelsa del general Mitre, un APÉNDICE casi obligado que delinea su múltiple obra. Son documentos y p ginas que le pertenecen en distintas épocas y actuaciones y que dan una perfecta unidad á su pensamiento, unidad que ha sido, precisamente, la característica de su grandeza moral.

Entre estas páginas se destaca una serie de cartas apenas conocidas, cambiadas entre Mitre y Sarmiento, sobre trascendentales puntos de política americana á propósito del Congreso sudamericano celebrado de la ciudad de Lima en 1863-64. Comentando esta polémica fundamental é histórica, á la que una coincidencia casual da mayor relieve por la circunstancia de que en estos momentos se tramita la reunión de un nuevo Congreso Pan Americano en Río de Janeiro, Paul Grousac, cuya rigidez de crítico es conocida, escribía en 1896, este juicio:

No existe, pues, tal solidaridad americana, ente

metafísico que surge con su espejismo, á raíz c cada incidente diplomático con una nación europe y es bueno saber que no existe. Ya en tiempo c Bolívar esta doctrina del progreso y de las sober nías nacionales había encontrado en Rivadavia u noble defensor. Pero nunca, conviene proclamarl verdad tan inconcusa ha sido sostenida con may eficacia y tesón que por el presidente Mitre. N formamos en el círculo de sus turiferarios, y segu remos haciendo distinción entre la parte durade y la caduca de su obra política y literaria. Dich esto, no vacilamos en afirmar que en las presente cartas, el general Mitre, por otra parte tan inferi á Sarmiento en la espontaneidad robusta del pen samiento y del estilo, aparece incomparablement superior por la amplitud de las vistas políticas y e exacto conocimiento de la sociología americana. En un notable estudio del doctor Goyena, nuestro que rido é ilustrado amigo reconoce en el vencedor de Pavón á un verdadero hombre político. Es algo más: acaso, con el doctor Avellaneda (y no es la vez prime ra que acercamos estos dos nombres), sea el general Mitre el verdadero hombre de estado de este grupo continental.

En la presente cuestión, su perspicacia y alta pre visión son absolutas: no tan sólo el ridículo Congreso era un aborto insubstancial, sino que su pretexto acci dental no encerraba tal cuestión americana y si una personalidad tan indócil y vehemente como la de Sar

iento pudiera hacer enmienda honorable alguna vez, habría tenido que confesar aquí lo peligroso y pueril de su teoría, reconociendo públicamente el acierto admirable y la sabiduría política de su predecesor.

Se reunen con dichas cartas, como parte integrante de este APÉNDICE, algunos fragmentos, discursos, proclamas, poesías y documentos políticos del General en las diversas épocas de su vida, entendiendo con ello contribuir á acentuar señaladamente su personalidad y á destacarla con luces propias é intensas en cada una de las etapas á que dedicó su acción de combatiente y su clarovidencia de pensador y de estadista y, finalmente, cerramos estas páginas con su hermosa foja de servicios militares y el resumen de su obra intelectual y extensa que se mantendrá á través de las generaciones y perdurará como la de los espíritus superiores que ennoblecen la raza humana, como los astros que irradian eternamente y aparecen más luminosos á medida que es mayor la distancia de donde se les mira.

¡Gloria!

LA REVOLUCIÓN DE MAYO

FRAGMENTO HISTÓRICO

. . . . . .

Amaneció por fin el 25 de Mayo de 1810. El cielo estaba opaco y lluvioso como en el día anterior, y veíanse á lo largo de la vereda ancha grupos de gentes, envueltas en largos capotes, armados de estoques y pistolas, en cuyos rostros estaban dibujadas las fatigas del insomnio. El punto de reunión era una posada situada sobre la vereda misma, donde los ciudadanos se guarecían de la lluvia. French y Berutti dirigían las operaciones de esta reunión, en cuyos movimientos se notaba cierta organización que manifestaba estaban bien preparados para la lucha.

Reunióse temprano el cabildo para tomar en consideración la renuncia del virrey y la representación del pueblo, manifestaciones del poder colonial que abdicaba en su impotencia y de la soberanía popular que se inauguraba. El cabildo, con esa energía ficticia que es propia de las corporaciones que no son impulsadas por principios fijos, y que suplen la falta de medios por la entereza de resoluciones que no han de ejecutar ellas mismas, había contestado verbalmente al virrey en la noche anterior que no debía hacerse lugar á la petición del pueblo, y que á él

le tocaba reprimir con la fuerza de las armas á los descontentos, haciéndole responsable de las consecuencias.

Al mismo tiempo que en las galerías altas de la casa capitular se celebraba la sesión del cabildo, una escena más animada tenía lugar en la plaza. Como la reunión se engrosara por momentos y fuese necesario darle una organización, imaginó French la adopción de un distintivo para los patriotas.

Entró en una de las tiendas de la Recova y tomó varias piezas de cintas blancas y celestes, colores popularizados por los patricios en sus uniformes desde las invasiones inglesas, y que había adoptado el pueblo como divisa de partido en los días anteriores. Apostando en seguida piquetes en las avenidas de la plaza, los armó de tijeras y, de cintas blancas y celestes, con orden de no dejar entrar sino á los patriotas y de hacerles poner el distintivo. Beruti fué el primero que enarboló en su sombrero los colores patrios que muy luego iban á recorrer triunfantes toda la América del Sur. Instantáneamente cubrió á toda la reunión popular con cintas celestes y blancas prendidas del pecho ó del sombrero. Tal fué el origen de los colores de la bandera argentina, cuya memoria se ha salvado por la tradición oral. Más tarde veremos á Belgrano ser el primero que enarbole esa bandera y el primero que la afirme [illegible].

[illegible] vestido con los colores de su cielo, se

dirigió en masa á los corredores de la casa particular, acaudillado siempre por French y Berutti. Estos dos tribunos, presidiendo una diputación, se apersonaron en la sala de sesiones y exigieron con firmeza que se cumpliese la voluntad del pueblo deponiendo al virrey del mando, increpando al cabildo por haberse excedido de sus facultades, y acabando por anunciar que el tiempo era precioso y que la paciencia se agotaba. El cabildo no creía en el pueblo. Le parecía, sin duda, un sueño que de una colonia esclavizada surgiera repentinamente esta nueva entidad. Así fué que, en vez de acceder á sus deseos, mandó llamar á los comandantes de la fuerza armada para reprimir por medio de las armas lo que en su ceguedad consideraba una asonada pasajera. Los comandantes hicieron caer la venda que cubría los ojos de los cabildantes. Todos ellos, á excepción de tres que guardaron un tímido silencio, declararon terminantemente que ni podían contrarrestar el descontento público, ni sostener al gobierno establecido, ni aun sostenerse á sí mismos, pues sus tropas estaban por el pueblo: que no veían más medio de impedir mayores males que la deposición del virrey, «porque así lo exigía la suprema ley».

En aquel momento oyéronse grandes golpes dados sobre las puertas por la mano robusta del pueblo, dominando el tumulto las voces de French y de Berutti, que repetían: «El pueblo quiere saber de lo que se trata». Tuvo que salir el comandante don

Martín Rodríguez á aquietar á sus amigos, asegurándoles que todo se arreglaría como lo deseaban. Don Martín Rodríguez era uno de los pocos comandantes que tenían la confianza del pueblo, y sus palabras, contestadas con vivas, serenaron á la multitud. El cabildo, intimidado, diputó dos de sus regidores, acompañados por el escribano de la corporación, para «requerir al virrey á que hiciese absoluta dimisión del gobierno, sin traba ni restricción alguna, porque de lo contrario no respondían de su vida ni de la tranquilidad pública». Cisneros se sometió; pero queriendo protestar de violencia y fuerza, no se le admitió que lo hiciera.

Disponíase el cabildo á acceder á los deseos manifestados por el pueblo; pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse á una nueva contrarevolución. En el intervalo, el fogoso Berutti, iluminado por una de esas inspiraciones súbitas que definen una situación, tomó una pluma y escribió varios nombres en un papel. Era la lista de la futura junta revolucionaria, que fué aceptada por aclamación popular, nombrándose una nueva diputación para que la impusiese al cabildo.

Los diputados del pueblo comparecieron nuevamente á la barra del ayuntamiento, no como peticionarios, sino como embajadores del nuevo soberano. Declararon con entereza que el pueblo había reasumido la soberanía delegada en el cabildo; que era su

voluntad se nombrase una nueva junta compuesta de Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Passo y Moreno, decretándose en el acto una expedición militar para las provincias del interior, para que fuese portadora de las órdenes de la nueva autoridad. Esta misma petición fué presentada por escrito.

El cabildo, obcecado, persistía en no creer en el pueblo, y exigía que se congregase en la plaza para convencerse de que tal era su voluntad. Salió el cabildo al balcón, y French y Berutti desplegaron al pie de él su batallón patriótico, que en aquel momento, á causa de la lluvia y de lo avanzado de la hora, solamente contaba poco más de un centenar de hombres. No corrrespondiendo aquel número á la idea que el cabildo se había formado de aquella entidad desconocida para él, gritó el síndico procurador:— *¿Dónde está el pueblo?* — A lo que contestaron varios que se tocase la campana del cabildo para que la población se congregara, y que si no se hacía por falta de badajo, ellos tocarían generala y abrirían los cuarteles, y que entonces vería el cabildo dónde estaba el pueblo. Cediendo á la presión popular, creyó al fin en el pueblo, é inclinándose ante su soberanía, proclamó bajo su dictado la nueva junta gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, con la precisa condición de que debía mandarse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para auxiliar á las provincias del inte-

CONGRESO AMERICANO DE LIMA

CORRESPONDENCIA CON SARMIENTO

Buenos Aire , Diciembre 10 de 1864.

Excelentísimo señor Ministro, don Domingo F. Sarmiento.

Mi querido amigo:

Escribo á usted para suplir la falta de correspondencia oficial por este correo, pues hallándose Elizalde en el campo, no habrá tenido tiempo de preparar las notas é instrucciones que debía dirigir á usted según lo acordado.

He leído con atención toda su papelada, el Congreso americano y la reunión de Plenipetenciarios, así como sus cartas en que procura explicar usted la parte embrollada del negocio.

Desde luego, le haré presente una cosa, y es que todos los que figuran en esos negocios están en su papel y representan efectivamente un interés, una idea, una política de su país, todos menos usted. Aparece usted como miembro del Congreso americano al cual no ha sido usted enviado, y, sin embargo, que á

puerta cerrada dice que no tiene poderes, procede en él como tal miembro, y ostensiblemente acredita la idea de que lo es en realidad, por no despopularizarse con las limeñas. Figura usted en una especie de Congreso de plenipotenciarios para la paz y para la guerra, á propósito de la cuestión de Chinchas, lo que es algo más grave que el inocente Congreso americano, y como tal aparece colectivamente como tutor del gobierno peruano, por una parte, é individualmente como consejero del Poder ejecutivo mediador con las Cámaras: y luego á título de Plenipotenciario (para que se entienda que es el Congreso, y un congreso internacional), aparece por último en comunicación con Pinzón, representando en todos estos incidentes todos los caracteres menos el que usted tiene en realidad (que es de Ministro plenipotenciario y Enviado extraordinario cerca del gobierno peruano) es decir el representante de nuestras ideas, de nuestra política y de nuestros intereses, que en todo caso sólo puede prestar á aquel país sus buenos oficios en su calidad de ministro diplomático y nada más.

Por lo tanto, los pasos y comunicaciones de que usted ha dado cuenta últimamente, son aprobados bajo el supuesto y con la inteligencia expresa de que son actos oficiosos, en que usted ha tomado parte para [illegible] un arreglo decoroso á aquel país en su calidad diplomática, y con la condición de pura[illegible] [illegible], sin ulterioridad alguna; pues en sus

instrucciones están determinados los casos en que únicamente pudiera obrar de otro modo, hallándose en abierta contradicción con dichas instrucciones el compromiso formal contraído por usted de ofrecer apoyo *material* al gobierno del Perú en caso de no arreglarse, y mientras la cuestión de Chinchas *conservase* su carácter americano, lo que es lo mismo que decir mientras al Perú le convenga dárselo, téngalo ó no.

Ahora, permítame que le pregunte ¿cuál es la política, la idea, el interés argentino que usted se ha propuesto representar en estos incidentes?

Mientras usted no me contesta, yo le diré cuál ha sido y cuál es mi idea, y el interés y la política del país cuyos destinos presido, y que no he de comprometer por la más ó menos popularidad que la República pueda gozar en las calles de Santiago ó en la sociedad de Lima.

A la primera noticia del atentado de Chinchas, yo encaré la cuestión como lo era en efecto, como cuestión americana, y sin querer comprometer con palabras que se anticipasen á los hechos, el gran interés, argentino y americano á la vez, del tratado que teníamos pendiente con la España, hice en aquella ocasión tres cosas: 1ª Buscar la alianza con Chile para precavernos recíprocamente de actos semejantes, y ayudar moralmente al Perú para arreglar decorosamente su cuestión; 2ª Adherir mientras tanto, en los términos más explícitos, á la protesta de Chile y del Perú y del

cuerpo diplomático residente allí; 3ª Propender á la uniformidad de miras de todos los Estados del Atlántico, incluso el Imperio del Brasil, habiendo sido debida la concurrencia calurosa de este último, á la influencia argentina en Río de Janiro. En este último propósito, aprovechando la excitación del sentimiento americano, traje la reconciliación de los ánimos en el interior, envié un ministro á trabajar por la paz en el Estado Oriental, y si la hubiese conseguido habría enviado otro al Paraguay para poder presentar por contingente á la América, y como amenaza á la España y á la Europa la unión efectiva de un grupo continuo de Estados poderosos, reunidos en un propósito é inatacables por su posición y por sus medios. Esto no se ha conseguido. La paz del Estado Oriental se malogró. El Brasil vino después en guerra contra el Estado Oriental. Hoy va el Paraguay en guerra contra el Brasil. No sabemos si al fin seremos envueltos por esta tempestad, que hace más de un año vamos orillando, aunque para evitarlo trabajo con perseverancia y voluntad, y no sé si llegaré á conseguirlo. Pero mientras tanto, de todo esto resulta que los Estados del Atlántico no se hallan hoy en situación, no digo de enviarles á los peruanos un nuevo San Martín y un nuevo ejército de los Andes; pero ni aun un apoyo internacional directo, tal como se necesitaría para el caso de que no habiendo arreglo con el Perú, la cuestión se declarase americana ó sudamericana.

En esta situación, yo tengo la conciencia de consultar los intereses argentinos y la opinión de todo el país, no comprometiendo á la República Argentina más allá de lo racional, de lo posible, sin que por esto permanezca indiferente á la desgracia de una república hermana, ni deje de trabajar para promover un arreglo entre el Perú y la España, que sea lo más conveniente y decoroso para todos; y ofreciendo en tal concepto nuestros buenos oficios diplomáticos, prescindiendo de intrigas, de embrollas, de combinaciones peregrinas, que en definitiva no pueden dar otro resultado que desconsiderarnos ante el mundo.

Me parece que usted no se ha colocado en el terreno de la verdadera política argentina, es decir, de lo único que debe y puede hacer la República Argentina en su situación actual, en las emergencias del Perú, y que arrebatado por el interés grandioso del drama americano, y con las consideraciones de política universal que con él se ligan, el móvil de sus acciones es más bien lo que se diría de usted en Lima si hiciera tal ó cual cosa, que lo que va á suceder en su país haciéndolo. Así me decía usted cuando su discurso al presidente de Chile: "La atmósfera de la ciudad no admitía otro lenguaje": y este lenguaje debió dar por resultado comprometer nuestro tratado con España, si hubiese llegado veinte y cuatro horas antes. Ahora no se atreve usted á decir que no es miembro del Congreso americano,

por lo que dirán los limeños, cuando ellos sab
mejor que usted que al primer Congreso (inventa
contra los Estados Unidos) no fuimos invitados,
que al segundo, le llamaremos así, que puede
cirse fué antimonarquista, y contra el Brasil, ta
poco lo fuimos, invitándose tan sólo á los vecin
del Pacífico. A este Congreso se le ha invitado
usted á que asista por el gobierno peruano, lo q
dados estos precedentes y los usos internacional
es una nueva inconveniencia, que á usted le imp
nía, por el decoro de su país, el deber de espe
instrucciones antes de dar ningún paso, como lo h
hecho con menos motivo, dos de los no concurrent
A esto agregaré que recién hace poco más de
mes que se halla entre nosotros un encargado
negocios peruano, que por primera vez nos ha in
tado formalmente á tal Congreso. Con decir ust
esto á los limeños, no sé de qué se habrían quejac
á no ser que pretendieran despojarnos de nuest
libre albedrío, pues ni tiempo material ha habi
para adherir, suponiendo que hubiéramos queri
llevarlo todo á vapor.

Yo no me exagero la importancia ni la influenc
de la República Argentina en el Perú, por más q
usted me pinte á su legación en Lima con una e
pecie de prestigio mágico, que puede justificar s
gran talento de usted y su reputación american
pero que no está de acuerdo ni con los hechos q
conocí ni con el desenvolvimiento probable de l

ncesos. Creo sí que tenemos el prestigio de una ación en otro tiempo gloriosa, que hoy aparece e nuevo ante el mundo, constituída, regenerada y n progreso; y que este prestigio sólo podemos conervarlo por la circunspección y por el afianzamiento de lo que hemos alcanzado: y por lo que respecta l Perú, en las actuales cuestiones, promoviendo lo nico en que pueda ejercer una acción benéfica y ficaz: es decir, un arreglo decoroso para todos. ste es el interés, esta es la política argentina en quel país; lo demás puede merecer los aplausos pajeros del auditorio americano, pero no tendrá ni simpatía del pueblo argentino, ni la sanción de s poderes públicos.

En cuanto á los vecinos ligados por el Pacífico, os sí tienen una política especial, á quienes puede nvenir que la cuestión sea á todo trance americana; no precisamente para promover la guerra, que nguno de ellos desea, sino para alejarla, precadéndose ellos de las consecuencias y arreglándose ejor para lo futuro. El director de esta política es hile, que antes no quería la alianza ni con nosotros, ni con ningún otro de la América, por no comprometerse con la España, y que sin quererlo ni saber mo se ha comprometido tanto con ella, por hechos e no responden á ningún sistema, que hoy se roquela de los Congresos americanos y de plenipnciarios y de la cuestión peruana, para impedir ue ella se arregle, degenerando en cuestión hispano-

chilena. Así, pues, muy lejos yo de persuadirm
como usted parece estarlo, de que el Perú da
primera importancia á la influencia y representaci
argentina, veo que el gobierno peruano recon
que la única influencia eficaz es la chilena. Así
usted que en su recepción como ministro, se le h
hecho á Montt honores como no hay precedente
el Perú, estando anunciada su recepción de ust
como muy bien lo han observado y criticado
diarios de Lima; y no me dirá usted que se le h
hecho á la legación argentina los mismos hono
que á aquélla. No vaya usted á creer que un go
más ó menos de tambor del Perú me quite el sue
Aunque usted, como ministro diplomático, tiene
obligación de contarlos, y saber la inconvenien
inútil de desairar por los más ó menos honores á
naciones amigas, encuentro muy natural que der
primer lugar á Chile y no á nosotros. Chile es
vecino más poderoso, más hábil y mejor dispue
es el que le ha dado mayor concurrencia en ac
en elementos y en hombres de guerra; es el q
puede hacerle mayor mal y mayor bien; es la ún
nación americana que, si no tiene, tendrá m
pronto una marina que, unida á la peruana, pue
competir en el Pacífico con la española. Montt, p
sus antecedentes y por sus notables calidades p
sonales, es sin duda el hombre político más esp
table que figura en el Perú, y el que tiene en s
manos más medios de hacer política; y es natu

ue la haga, tratando de envolvernos á nosotros en
que nos convenga ó no nos convenga, haciéndonos
eer que hacemos política americana ó argentina,
ando en realidad hacemos todo menos política que
parezca á argentina, y, le diré más, ni siquiera
eruana.

Cuando digo que esa política no es ni peruana, lo
go porque el hecho de aplazar la reunión de un con-
reso convocado por el Perú, con cuyo aplazamiento
opinión hace servir al Congreso americano contra
Gobierno peruano, y el de colocar á éste bajo la
tela del Congreso de plenipotenciarios, nueva en-
dad inventada para no ser diplomático de ninguna
arte, me parece que constituye un hecho grave y
eligroso, que puede acabar de dos modos: ó por una
lbatina general del público limeño, ó por una pa-
za ó manteo, ó cosa parecida, del verdadero pueblo
meño el día que crea él, según su modo de ver,
ne no se hace una política tal como la que él quie-
ó necesita.

La silbatina puede venir cuando se advierta todo
que hay de indefinido, de vago y de falso en lo
elativo al Congreso americano, y al fin quede en
videncia la verdadera situación de cada uno. Y por
que respecta á la paliza ó cosa parecida, usted
omprenderá que un cuerpo áulico sin carácter, sin
isión y sin plan para lo futuro, que impone una
ítica á un gobierno, que le hace desistir de actos
vigor que quizá lo salvarían, que traba indirecta

ó casi directamente la acción de sus poderes co tituídos, en cuanto á las resoluciones que crecn de tomar en el interés del país, es un juego muy ligroso que puede y debe ofender al decoro perus á menos que sólo en Lima puedan hacerse estas sas impunemente; y esta sería una razón más p no comprometer á nuestro país sino hasta donde le y puede ser comprometido.

No tengo tiempo para más. Apenas puedo ap tarle esta otra consideración que someto á su pruc cia: y es que usted, que no se cree autorizado á tor parte en el inocentísimo Congreso americano, qu nada nos comprometería por otra parte, viendo éste es imposible que se reuna, porque sería ridí lo en estos momentos, no tiene embarazo en forn parte de un Congreso de plenipotenciarios á se para tratar de las cuestiones de la paz y de la guerr comprometer al país más allá de sus instrucciones y lo que materialmente le es posible hacer. Así, p su escrúpulo me parece el de los gatos que no se mieron el asador porque era caso de conciencia, p se comieron el asado que era lo único manduca

En fin, mi amigo, tenga usted paciencia para todas estas majaderías, porque alguna vez se me de ocurrir echar un sermón en el seno de la ar tad, mientras los ministros vuelven de sus pasos yo entretanto le deseo toda felicidad como su ver dero amigo.

(Firmado) *Bartolomé Mitr*

ní se ha transcripto un artículo del *Ferro-Carril*
ile que la prensa ha traducido de este modo:
iento y Mitre: Parece que el primero tiene
cciones contrarias al interés y decoro ameri-
y, resuelto á hacer prevalecer á todo trance los
ses de la América, se propone ir al terreno de
echos, faltando á sus instrucciones y compro-
ndo á su Gobierno en la acción.» No creo que
isertos se funden en palabras que puedan haber
ado á usted en el seno de la confianza, pero
me confirman más en el móvil que da direc-
la política de que veo á usted constituirse en
e, y que en todo caso sólo comprometería el
y la consideración de su patria: pues vaya us-
ás allá ó se quede más acá, la República Ar-
ia no puede hacer más de lo que puede hacer,
instrucciones expresan lo único que nos es
e hacer.

(Hay una rúbrica.)

Lima, Enero 2[illegible]

Excelentísimo señor Presidente, Brigadier General don Bartolomé Mitre.

Mi estimado amigo:

He recibido su carta de 10 de Diciembre, [illegible] un examen general de todo lo que concierne [illegible] política de estos países y á mi posición en [illegible] gre o americano, concluyendo con pedirme [illegible] ga paciencia para oir todas estas majaderías. [illegible] do queda en atención al mal humor en que [illegible] tenerlo los feos asuntos del Paraguay, el Br[illegible] res, el Bombay y el Retiro incendiados.

En otra anterior á que contesté largamente [illegible] huía usted mis asertos al deseo de obtener aplausos [illegible] plaza pública, y esto en nombre de la amistad. [illegible] son los de las mujeres de Lima, cosa que no [illegible] serva en nombre de unas pocas canas que [illegible] salido. Guárdese de las fascinaciones del poder [illegible] nos hacen creer que crecemos en años, prudencia [illegible] saber, mientras los otros descienden en la [illegible] proporción, hasta producirse aquel fenómeno [illegible] de ver á los hombres desde tales alturas como [illegible] de mostaza.

Yo estoy de muy buen humor, y no me [illegible] mar otra vez á lo serio con los deslices de la [illegible] su escribiente. Usted recordará cuando en [illegible] cusión en el Senado, estando en la Comisión [illegible]

o: *Miente usted!* que le contesté: «Suspendamos discusión que estamos perdiendo la cabeza; luego uiremos». Todavía no ha llegado el caso de llarlo al orden.

adece usted de un defecto que nos es común á os los hombres de pensamiento, y es substituir al cho, la apreciación individual del hecho, y llegar hasta negar el hecho mismo, por mirar en poco ojos que lo ven y se lo comunican. En San Júan hizo usted sufrir mucho con esto, y con usted, de su círculo que seguían el movimiento. Yo decía ndidamente lo que sucedía. Usted decía á su turno. s su modo de ver, su imprudencia, su miedo lo e le hace ver, *debe* haber sucedido tal otra cosa»; onía decretos y órdenes sobre tan sólida base!

Le citaré para ilustración la posdata de su propia ra. Vea los hechos. La nota autorizándome á hacer n Chile alianza ofensiva y defensiva fué la expren del pensamiento de mi gobierno, única que yo nocí hasta su arribo. Transmitíla al gobierno, espetres días contestación y me fuí á Valparaíso para bstraerme á toda investigación curiosa. Allí recibí carta hallando malo todo lo que había hecho y cho, precedida del aviso de haber llegado el vapor día antes, lo que explicaba la razón ó la fuente de apreciación. Puedo decirle esto, porque usted pronció poco después un discurso en que decía lo smo que antes había improbado. Volví á Santiago emunido de instrucciones de no darse el gobierno

argentino por satisfecho con las declaraciones Pache co, y solicité una entrevista, y se adoptó esa base En Santiago, encontré rumores que el gobierno ar gentino quería substraerse al conflicto, que yo hab sido desaprobado—que esto salía del gobierno. Aln nacida, ni los de la Legación sabían nada, de nad ¿Cómo se sabía esto en Santiago? Como se sabía en San Juan cosas parecidas, por las conversacion de los ministerios, á las críticas que se convierten e cartas.

Yo no he estado nunca descontento de la políti argentina en estas transacciones, pero como ust no lo estaba con la mía, cree posible su propio se timiento; y entonces halla natural que si un diar dijo algo, se pueda traducir de tal modo, y ser efe to de algún descuido mío, con la piadosa observació de *confirmarlo* más en el móvil que da direcci á la política de que me he hecho el órgano (agente y que *en todo caso "sólo comprometería el hon y la consideración de mi patria"*; de lo que doy á usted los parabienes, como sobre el *talento reputación americana* mía que le explican mi re cepción en Lima, inferior á la de Montt, cosa que s por Buenos Aires,—acaso porque el *Correo,* cuy editor y cuyo redactor son chilenos, prodigarían su hombre todos los humos del incensario.

Vamos al Congreso americano y á la papelada embrollos de estas cosas.

En Chile, con repetición, se me prescribió obrar d

acuerdo con el gobierno de Chile, lo que era excelente. Yo no elegí á don Manuel Montt; pero una vez elegido, mis instrucciones para hacer alianza, que era lo que más exigía el gobierno argentino, quedaban sometidas á esta segunda prescripción: obrar de acuerdo; y este acuerdo nos trajo á Lima á *ver el embrollo* antes de meternos en él, lo que está hoy perfectamente de acuerdo con el deseo y la necesidad en que nos hallamos de evitar complicaciones. Nada *hemos hecho,* aunque hemos *hablado,* sin salir de nuestras posiciones, por más que un fragmento de esta obra, ó sus apreciaciones le hayan hecho juzgar lo contrario. Los gobiernos argentino y chileno no se han ligado á nada por actos nuestros. Podemos entrar ó salir sin violentar á nadie, sin que el éxito corone nuestros esfuerzos; porque no es dado siempre vencer con palabras á seis naves de guerra: lo que no quita que la palabra diplomática se use.

En medio de asunto tan embrollado, pues la conducta y propósitos de la España no tienen más atadero que los del Perú, se aventuraría demasiado usted en querer los someter á sistema. Nada hay de lo que usted se imagina: ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, ni están ellos en su papel, ni estoy yo fuera del mío, en el Congreso, sea de plenipotenciarios ó americano.

Con la determinación *decidida* que ahora toman le que no tenga parte en las deliberaciones de éste, e olvidan que en las primeras instrucciones, lejos

de negarse al Congreso americano, me encargaban decir al Presidente que estaban dispuestos á obrar de acuerdo con Chile: y esto es lo bastante para que un agente diplomático pueda asistir á sus conferencias *ad referéndum*, solicitado á ello, por exigirlo intereses más serios que los inconvenientes imaginarios por aquel otro diplomático á quien las instrucciones le obligan, y acuerdos formales y aprobados por su gobierno le prescriben, de obrar de consuno. Usted olvida que toda instrucción nueva que se me comunique, contraria ó distinta de la base aceptada, de considerar Chile y la República Argentina interesados su seguridad y bienestar en la ocupación de Chinchas, aun después de las explicaciones *dadas por el gobierno de Madrid*, no puedo ponerla en práctica, sin notificarla al gobierno de Chile y denunciar como insubsistente aquella base, de la que proceden nuestros actos conjuntos.

Lo hubiera hecho, al recibir las órdenes terminantes que me manda el ministro de Relaciones exteriores, de *abstenerme* de todo, si no hubiesen medios de llenar su deseo, sin necesidad de dar estos campanazos, y producir un estrago en la situación.

El Congreso ha concluído sus tareas, y yo las mías, que consistían en ayudarles en la discusión de las materias que se han tratado. Cuando vea usted los tratados celebrados, por su tenor se convencerá que alguna parte he debido tener en la eliminación de todo aquello que limite la soberanía de los gobiernos

americanos. Elizalde me escribe una larga carta para motivar su abstención fundada en el proyecto Arosemena. ¿Dígame si un diplomático que tiene la *evidencia* que una resolución de su gobierno procede *evidentemente* de un dato falso, está obligado á cumplirla sin hacer presente el error? Pero esta vez está dicha cuestión fuera del círculo de mis actos. Yo no he firmado tratados, porque á esa condición entré en el Congreso. Si hubiera creído que debía firmarlos por ser conveniente á la República, lo habría hecho sin vacilar, porque en eso del *honor* y de la *consideración de mi patria,* no es sólo el Presidente y el ministro de Relaciones exteriores quienes están encargados de guardarlos, ni á ellos solos reservada la apreciación del caso.

Y aquí viene á propósito lo de las Limeñas, que en lo del Congreso son toda la América (esta parte), todos los gobiernos representados en él, con sus legislaturas que lo adoptaron, con sus plenipotenciarios, con el hecho realizado; y que un solo gobierno, el de usted á fuer de sabio, de prudente, de previsor, quisiera decirles por medio de su augusto representante, el antiguo y conocido opositor á la idea del Congreso americano, á título de *un talento* y de *una reputación americana:* «Son ustedes unos niños de teta, unos locos, unos majaderos»; y esto, como á niños traviesos, en sus barbas, para perturbarles la fiesta y llenarlos de desagrado. No. Esas limeñas valen algo; y mis canas, que se están po-

niendo verdes, me aconsejaron hacer algo mejor, que era asociarme á la obra ostensible y realmente entrar en la discusión; apartar todo lo que era quimérico, y dejar sólo lo posible, confiando á la práctica demostrar si eso siquiera es realizable. Si eso no lo fuere, la opinión pública de la América se curará de su enfermedad, desesperando de prestarse auxilio sus grupos dispersos abandonándose al destino. Mientras esto sucedía, echaban abajo al gobierno de Bolivia, el Perú tenía una escuadra española al frente, el Paraguay sale de su crisálida á tomar parte en el Congreso brasilero-argentino-oriental, entrerriano acaso, y en Montevideo esperan avisos de un protectorado italiano sobre cien mil «bachichas». Esta, me dirá usted, es nuestra pobre América, y en eso estamos de acuerdo, menos en la profunda previsión del gobierno argentino, ni de hoy ni de antes de ahora: pues estas cuestiones del Río de la Plata no son más que las almas en pena, de pedazos de nuestro cadáver, que se levantan de las sepulturas en que nuestra imprevisión creyó haberlas enterrado, cerrando ó apartando los ojos, para no ver que estaban vivas aún, y nos seguirían á todas partes.

Excuso contestarle sus exposiciones casi siempre [illegible], por que [illegible] por base esta petición de [illegible] que y [illegible] siempre obro bien y usted [illegible] son justos y los de [illegible] oiga usted este [illegible] en este caso el talento

que en otro donde estaba demás me atribuye, y ya usted sospechará que no soy tan cándido para entrar en ese terreno. Yo he hecho pocos discursos, y éstos, *contrariando* siempre á las limeñas. Usted que es hombre de letras, ña de haber notado esta particularidad que me há hecho siempre impopular.

Por no distraer su atención más tiempo cierro ésta, que espero tome usted como yo tomo las suyas, con el cariño de un viejo amigo para quien este sentimiento explica todo.

Soy su afectísimo:

D. F. Sarmiento.

Buenos Aires, Marzo 24 de 1865

Señor don D. F. Sarmiento.

Mi querido amigo:

Tengo en mi poder su estimable del 25 de Enero de este año, que me dice usted haber escrito de muy buen humor, lo que no quiero poner en duda, sin embargo de cierta acritud y ciertas reticencias de su carta.

Podría á usted decirle que estoy de muy buen humor al contestarle, pero me limito á decirle que estoy muy sereno al hacerlo, y que al dirigirme á usted con la franca benevolencia del amigo, lo hago con la seriedad que merecen los graves asuntos que tratamos.

Sería inútil ya entrar en la discusión de algunas de las partes de su carta, porque ha pasado la oportunidad, ó porque ello podría llevarnos más allá de lo que conviene á una cordial correspondencia, sin ninguna utilidad para la cosa pública. Por eso me limitaré á tocar ligeramente algunos de esos puntos, tan sólo para encadenar el orden de las ideas y de los hechos que han sido materia de nuestras discusiones confidenciales.

A propósito de lo que usted me dice, de mi defecto de substituir al hecho la apreciación individual d hecho mismo, le explicaré el fenómeno que á es respecto se opera en mí, cuando juzgo los hech

del punto de vista de la lógica. Un hecho nunca es para mí un argumento, ó por lo menos es sólo un argumento brutal que pretende probar que la cosa debió suceder así porque así sucedió. En general, un hecho ó no prueba nada ó prueba muy poco ante la razón: son elementos ó medios que sirven al hombre pensador para comparar, deducir, prever, pero no para probar con ellos dispensándose de pensar.

Debe usted persuadirse que ésta es idea fija en mí, desde que argumentando en los hechos podría obtener muchas ventajas en esta discusión. Por ejemplo, y para lo que respecta al Congreso americano, podría decirle: el hecho ha probado que teníamos razón en no querer tomar parte en el Congreso americano; el hecho ha probado que Chile entraba en él para zafarse de entrar en la cuestión; el hecho ha probado que el Congreso americano ni era tal y que se ha convertido en una merienda diplomática; el hecho ha probado, por último, que ese Congreso ha acabado por una rechifla á los mismos que le alentaron ó tomaron parte en él. Así debía suceder dados los antecedentes; pero no era eso lo que nos alejaba del Congreso americano, ni lo que nos hace sentir que, al menos ostensiblemente, haya usted tomado parte en él.

Sabe usted que es una de las bases fundamentales de la política argentina, el no tomar parte en un Congreso americano como el que se ha reunido en Lima, y que esta declaración fué el primer acto solemne

y exterior de mi presidencia. Por consecuencia, no podía, sin contradecir esa política fundada en consideraciones que usted conoce, y de que ha sido sostenedor como publicista, asociarme al acto que no aprobaba, á menos de que consideraciones muy altas y muy poderosas aconsejasen al país variar esta regla de conducta; y aun dispuesto á esto, jamás hubiera acreditado un plenipotenciario cerca de él sino en las condiciones en que debe hacerlo toda nación, es decir, siendo convenientemente invitado al efecto, con la conciencia de lo que iba á hacer, y con la seguridad de que [illegible] había de degenerar en lo mismo que nos hacía abstenernos de tomar parte en [illegible] punto escribí á usted, [illegible] en Santiago, y entonces le pregunté ¿de [illegible] usted?

[illegible] la historia [illegible] Bolívar inventó [illegible] que lo [illegible] Ahora que- [illegible] más [illegible] peor. [illegible] en Lima. [illegible] anti-ameri- [illegible] motivo [illegible] campeón de [illegible] de la Amé- [illegible] para que

hoy se aprovecha de la guerra civil en aquella gran República, para hacer ostentación de fuerzas en México y en el Perú. Tan cierta es esta filiación de la idea que, al mismo tiempo que se invitó al Brasil, potencia monárquica, se excluyó á los Estados Unidos. Más tarde se quiso enmendar la plana, y sobre la base del Congreso anti-yankee, se quiso hacer un Congreso republicano en que se comprometían todos los medios de defensa de la América, incluso la abolición del corso, y el tratado ajustado en él tan sólo por tres representantes fué rechado por los mismos, incluso por el Perú, no obstante que por una contradicción inexplicable el Perú mismo vino á solicitar nuestra adhesión á él, posteriormente. Nuestra contestación á Seoane con tal motivo, dejó mal parada la idea de esos remedos de Congreso sin alcance práctico y con objetos opuestos á sus fines.

Poco después reapareció la idea en la forma de un Congreso de las repúblicas vecinas del Pacífico, con exclusión de la República Argentina, á la vez que con la del Imperio del Brasil y los Estados Unidos, que podrían dar seriedad á la corporación y peso á sus resoluciones. Los objetos de este Congreso eran, sin embargo, muy limitados, y aunque partían de la idea pueril de la hermandad y eran contrarios á la Constitución y á la soberanía de cada república americana en particular, tal vez no habríamos tenido inconveniente en tomar parte en él, como lo habíamos dicho en nuestra contestación á Seoane, desde que

pudiesen tratarse allí algunos puntos de interés común, que era conveniente arreglar, así como de establecer ciertos principios de alto interés americano que es bueno uniformar. Pero de ese Congreso fuimos excluídos, puede decirse, expresamente.

Posteriormente se quiso ampliar el Congreso, y se insertaron á otras repúblicas menos á la Argentina. Pero llega el conflicto de las islas de Chincha, y entonces recién es invitado usted á tomar parte en él, no para tratar de los m[illegible], de los abogados, de los correos y de otros puntos de poco alcance que motivaban la convocatoria, sino para ir á hacerse cargo de la cuestión hispano-peruana en nombre de la América; y esta invitación se hizo á usted prescindiendo del gobierno que recibió sobre el particular la primera [illegible] estaba ya [illegible]ado [illegible] y dirigiendo, [illegible] hispano-americana.

[illegible] singula[illegible] que ha llegado á [illegible] de [illegible] que no podía ce[illegible] á guerra con España á [illegible] que no querían to[illegible] que querían. [illegible] Congreso ameri[illegible] de la con[illegible] un Congreso [illegible] el Brasil,

como consta de documentos; para otros era un Congreso de la raza latina, como lo dijo el gobierno del Perú y excluían á los Estados Unidos; y para otros era un Congreso internacional que debía tomar á su cargo la cuestión hispano-peruana, sin darse cuenta de cómo sus respectivos gobiernos habían de asumir este papel que ellos le daban.

No es mi ánimo hacer una caricatura del Congreso pintado por sí mismo, sino motivar el retiro de lo que dije á usted en mi anterior, y manifestarme muy conforme en lo que usted me dice: que asunto tan embrollado no tiene atadero ninguno, y que no hay en todo ello ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, habiéndoles hecho con mi suposición un honor que seguramente no merecían, según usted me lo prueba, en lo que me he confirmado por lo que respecto del gobierno de Chile le diré más adelante.

En efecto, sólo por la carencia de un plan, de una idea, de una política puede explicarse la conducta vacilante y contradictoria del llamado Congreso americano. Si consideraba la cuestión peruano-española como americana, era á los gobiernos á quienes tocaba declararlo, y no al Congreso, reunido para otros objetos, á quien competía hacerlo. Si, partiendo de la base de que era americano, consideraba inevitable ó necesaria ó conveniente la guerra con la España, debía haber pensado primeramente si sus respectivos países la harían y cómo la harían, y qué género de

cooperación podría dar el Perú, dada la situación en que se encontraba, y entonces no debió reaccionar contra una parte de la opinión peruana que quería la guerra á todo trance: lo que, aun sufriendo una derrota, era una resolución más salvadora para la nacionalidad peruana que la marcha que ha adoptado su gobierno. Si quería la paz y la buscaba, no debió tomar la posición que tomó frente á frente de Pinzón y de Pareja, perdiendo estérilmente la posición del neutral y del mediador, é inhabilitándose, como lo hizo, para tomar parte en los arreglos de la paz, de que fué con razón excluído por ambos beligerantes.

Tiene usted, pues, mucha razón en decir que no hubo tal política de Montt, ni tales planes de los demás plenipotenciarios.

Ahora por lo que respecta á Montt, y por lo que respecta á Chile, le diré que la conducta de Montt en el Congreso americano, va á ser en su país uno de los medios con que sus enemigos le han de hacer más cruda guerra, y sus enemigos son los que están en el Gobierno. Chile no quería tomar parte en el Congreso americano, y sabe usted muy bien que no quería celebrar alianza alguna con ninguna de las repúblicas de este continente, excepto con la República Argentina. Así va á ver usted que el tratado de alianza [illegible] por el plenipotenciario chileno, que puede [illegible] será el primer de error del aerópago de la [illegible] va á ser aceptado por la república de Chile, [illegible] representado en esa ocasión una farsa en la

que desearía no haber representado ni aun el papel de testigo.

Para que se convenza de ello, le diré que el objeto general de la misión de Lastarria era una alianza argentino-chilena sobre las bases de las del proyecto de Montt, propuesta con agregados que enajenaban la soberanía de ambas naciones. Por supuesto que no la hemos aceptado, y esto se lo digo á usted reservadamente, porque Lastarria, después de oirnos, ha convenido con nosotros en que se tenga todo por no dicho, por convenirle así á Lastarria particularmente y á Chile en general, no por borrar los rastros de un rechazo, como tal vez usted crea, sino por no dejar la constancia de un error que comprometía al negociador y á su gobierno. Pero esto le muestra á usted que Chile no daba ninguna importancia á los trabajos de Montt en el Congreso americano, que en esos momentos se ocupaba de lo mismo, y que ahora con lo que ha pasado en el Perú y Bolivia, se va á creer más autorizado que antes para hacer lo que dijo á usted: es decir no comprometerse en alianzas con naciones que no estaban en condiciones de la de Chile, lo que en buenos términos quiere decir no andar en mala compañía, de la cual nos hace el honor de separarnos. A este respecto hemos hablado largo con Lastarria, y á veces arrebatado por mis convicciones y el calor de la palabra, he podido decirle algunas cosas que en el primer momento le lastimasen, viniendo al fin á convenir conmigo en lo principal,

curado por la palabra blanda de Rawson y de Elizalde, que le explicaban la política argentina bajo puntos de vista más halagüeños y más fácilmente aceptables para él.

Entre otras muchas cosas, decía yo á Lastarria que una de las razones para no entrar en la alianza á que me convidaba, aceptando los fundamentos de ella, era que me repugnaba en materia política internacional tomar por base de las resoluciones de los gobiernos y de los compromisos de los pueblos, las consideraciones pueriles que se hacían valer para motivar la liga de una ó más repúblicas americanas. Que quería partir de la verdad para llegar á la verdad. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían de su vida propia, que debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas, ó pereciendo si no encontraban en sí propios los medios de salvación. Que era tiempo ya de que abandonásemos esa mentira pueril de que éramos hermanitos, y que como tales debíamos auxiliarnos enajenando recíprocamente parte de nuestra soberanía. Que debíamos acostumbrarnos á vivir la vida de los pueblos libres é independientes, tratándonos como tales, llenando nuestros deberes respectivos como tales, bastándonos á nosotros mismos, y auxiliándonos según las circunstancias y los intereses de cada país, en vez de jugar á las muñecas de las hermanas, juego pueril que no responde á ninguna verdad,

está en abierta contradicción con las instituciones y la soberanía de cada pueblo independiente, ni responde á ningún propósito serio para el porvenir.

Esto es lo mismo que dije á usted, no porque lo considere imbuído en las ideas americanistas de Lastarria, sino porque viene muy al caso, hablando del Congreso americano en que se ha jugado un poco ese juego de niños, con perjuicio de nuestra pobre América, que, á pesar de todo se ha de salvar, no obstante lúgubres pronósticos, precisamente por la virilidad de las nacionalidades, que se pretende enervar por medio de esa falsa política americanista que está muy lejos de ser americana; política que no responde á ninguna idea nacional preconcebida ni á ningún interés real, pues, por un lado, parte de la base de la pretendida hermandad sudamericana que quiere restringir la esfera de las soberanías nacionales, haciendo americanas todas las cuestiones con la Europa ó con los vecinos, lo que es organizar la guerra en permanencia. y por otro lado, pretende inmovilizar á la América, no dejándole libertad para que corrija lo mal hecho, se concreten ó se desagreguen partes mal criadas, dejándoles expansión y movimientos para desarrollarse.

Y lo que digo á usted y á Lastarria, respecto de la ficción de la política americanista, se lo digo también respecto de las relaciones de las naciones aliadas entre sí, sean ó no americanas. Pretender inventar un derecho público en la América contra la Europa,

de la república contra la monarquía, es un verdadero absurdo que nos pone fuera de las condiciones normales del derecho y aun de la razón. En efecto, si una república americana tiene cuestión con una nación europea, ó con una monarquía, no puede adoptarse como regla invariable de derecho, según lo pretenden los americanistas, que la república americana ha de tener precisamente razón, y que la América entera está obligada á armarse en su favor, y hacer lo que ella no hace, ó no sabe hacer; y sin embargo esto es lo que se sostiene por muchos como buena política. Todo esto nace de que no nos colocamos en la atmósfera sana del derecho, que no partimos de la noción clara y evidente de que las repúblicas americanas son naciones soberanas é independientes como la Rusia, la Turquía y los Estados Unidos; que como tales pueden tratar sus negocios según mejor les convenga ó les dé la gana, con tal de que no dañen el *derecho* ajeno; que para el efecto deben sujetarse á las reglas del derecho que ha establecido el consenso general, que las alianzas no pueden hacer de pactos teóricos ajustados previamente y para todos los casos y todos los tiempos, sino para aquellas cosas en que halle un interés y un peligro común, y en que la opinión pública y los recursos ó estado de una nación le permitan entrar en alianza, y, por último, que en las relaciones internacionales [illegible] modo de ser: ó estar en paz, ó estar en guerra, y sin tercer estado intermediario que modi-

fica hasta cierto punto el estado de paz, es decir, ser neutro entre dos naciones amigas que están en guerra.

Acomódeme usted estos principios intergiversables á las teorías americanistas; apliquémelos á la conducta que el Congreso americano aconsejaba á la América, y me dará usted por resultado las tergiversaciones del *derecho* claro y evidente, y los términos medios que pretenden conciliarlo todo, poniendo un pie en la verdad y otro en la mentira. Así es que para justificar la actitud del Congreso americano ó explicar ciertos actos suyos, ha tenido usted que decir que los representantes americanos eran neutros é interesados, es decir, que eran y no eran parte en la cuestión hispano-peruana; que no estaban en guerra pero tampoco estaban en paz: que las repúblicas americanas no estaban aliadas, pero que debían considerarse como tales reunidas en Congreso; así es que cuando usted, después de guardarla mucho, le soltó al gobierno del Perú la gran palabra de que era neutral, desde ese momento el gobierno del Perú volvió la espalda al Congreso americano, que no le llevaba ejércitos por contingente y que le daba por apoyo una palabra desautorizada, que sabía no podría sostenerse por los hechos.

Digo á usted esto, no porque creo que se oculten á su clara inteligencia estas vulgaridades traqueadas del derecho, del que usted ha sido el más infatigable propagador, desentendiéndose de preocupa-

ciones de barrio y elevándose siempre á las regiones serenas de la razón y de la verdad. Lo digo porque no siempre ha ajustado usted á ello su proceder, ó, por lo menos, los argumentos de que usted se ha valido para explicar el de otros.

Así es que no comprendo por qué usted, que participa de estas mismas ideas, y nunca se ha dejado arrastrar por sus impresiones sino por sus convicciones, haya preferido al camino llano y conocido un camino tortuoso y movedizo que no conducía á ninguna parte.

Sus instrucciones escritas antes de los sucesos de Chincha estaban concebidas en el espíritu de las relaciones internacionales de todos los códigos del universo; y con relación á la América, sólo le encargaba explorar la opinión de Chile respecto del proyectado Congreso americano. No puede sted, pues, invocar este precedente como lo hace, para autorizar su entrada á él interpretando el espíritu de sus instrucciones. Producido el conflicto de Chincha, se complementaron sus instrucciones en un solo punto, autorizándole á firmar un convenio de alianza con el gobierno de Chile para el caso en que la España sostuviese las declaraciones de Pinzón y Mazarredo sobre tregua y reivindicación, lo que era el polo opuesto de la idea del Congreso americano, respecto de lo cual se le renovó oficial y confidencialmente el encargo de no tomar parte en él mientras no recibiese órdenes del gobierno. El gobierno de Chile

que no quería tomar parte en la cuestión, y el pueblo de Chile que decía á gritos por las calles, que no quería guerra con la España, nada contestó á nuestra proposición de alianza, y recién cuando vino la declaración del ministro de España, Pacheco, contraria á la de Mazarredo y Pinzón, soltó Chile una media palabra, diciéndo que las demás repúblicas no estaban en condiciones de alianza, como lo estaba la República Argentina respecto de la de Chile y en esto se quedó todo.

No considerándonos nosotros tranquilos con la declaración del ministro Pacheco, mientras se mantenía el hecho de la ocupación de las islas de Chincha, dijimos á usted que nada podíamos hacer en la cuestión peruano-española, ni marchar de acuerdo con Chile, y le reencargamos volviese á insistir sobre el particular, previniendo que no fuese más allá de donde fuese el gobierno chileno en esa cuestión; pero no como usted parece entenderlo, para imitar todo cuanto hiciera el gobierno de Chile, pues precisamente le recomendábamos que no se asociara á ciertos actos suyos de que ya teníamos conocimiento ó que preveíamos, y entre ellos estaba incluído el Congreso americano.

Además de las razones ya expuestas para no concurrir al Congreso de Lima tal como se presentaba, teníamos otra muy capital, y era el propósito de reforzar con la presencia de los diplomáticos de Chile y de la República Argentina, la acción conjunta del

cuerpo diplomático acreditado cerca del gobierno del Perú, que tan favorablemente se había manifestado á esa república desde el principio de la cuestión. La Inglaterra, los Estados-Unidos, la Francia, el Brasil y todos los demás agentes diplomáticos habían protestado contra el hecho de Chincha, y contra las declaraciones de Pinzón y Mazarredo. Interesado por su propio honor, por su propia vanidad, por la política tradicional de su gobierno en América, por la impopularidad de que estaba rodeada la España en esa cuestión, la habilidad diplomática consistía no en hacer un congresito aparte, compuesto de media docena de las más pobres repúblicas de la América, excluyendo á las primeras naciones de ella, sino traer el concurso universal en torno del gobierno del Perú, y ayudarlo para hacer lo único que había que hacer: es decir un arreglo honroso que hiciera cesar el peligro para la América y el conflicto para el Perú. Es por esto que en las instrucciones que le dimos con tal motivo, le prevenimos terminantemente que limitase su acción á los buenos oficios de ministro diplomático acreditado cerca del gobierno del Perú, previniéndole que si Chile entraba en el Congreso americano, no contrariase en lo más mínimo esa idea, para que no tomase parte en él. Hasta hora puedo explicarme por qué prefirieron llevar adelante la reunión del Congreso, y no procuraron cultivar con éxito la concurrencia de los agentes diplomáticos que tan bien dispuestos estaban.

Cuando digo que no me explico por qué prefirieron Congreso, es porque no he visto aducir ninguna zón, no porque se me oculte que tanto usted como ontt, obrando contra sus convicciones, cedieron á presión del público limeño que exigía Congreso á lo trance.

Aquí viene bien una explicación amistosa.

Parece que lo que le dije en mi anterior, á propósito de los móviles de su discurso en Chile y de entrada al Congreso de Lima, lo ha tomado usted or un epígrama mío, de que se manifiesta resentido, ando yo no he hecho sino copiar las mismas razoes que usted me daba para motivar su proceder.

Así, cuando usted me decía, á propósito de su diso en Chile, estas textuales palabras: "El estado la ciudad no admitía otro lenguaje". Usted hacía lítica, no para el gobierno de Chile, que ni le constaba en su tono, ni para su país que no le había torizado á declarar la guerra á la España, sino ra las calles de la ciudad de Santiago, donde en uel momento, como se lo observé á usted, se reua la gran corporación de la *Unión Americana*, ganizada para propagar el americanismo, y donde, esta á votación la proposición de si era ó no conniente la guerra con la España, sólo cuatro vóta por la guerra. Por consiguiente, respecto al greso de Lima, usted fué dispuesto á no entrar l, lo mismo que Montt, y de acuerdo ambos en edir su reunión ó por inconveniente ó por inú-

til. Apenas llegado á Lima me estribió usted co
cha 20 de Octubre: "La reunión del Congreso a
cano es una preocupación universal como la pa
que curará todos los males. No es posible contr
la abiertamente, y nos cuesta á Montt y á mí de
esa corriente sin herirla, proponiendo un aplaza
to de circunstancias, así es que en la segunda
ferencia ya se vió Montt forzado á hacer pro
de próxima instalación." Me agregaba usted, ad
que con tal motivo, Montt le decía á usted: "Esc
le al señor Presidente que le mande órdenes
el Congreso americano, seguro que nada hémos d
cer de que tenga que arrepentirse". Seguía una
tura del estado de desorganización y desmoraliz
del Perú, que usted me representaba como un le
que en todo pensaba menos en curarse. Al leer
carta, dije á Elizalde: «La opinión de Lima
vencer la convicción de Montt y de Sarmiento;
á ceder á la presión y van á entrar al Congres
el pie cambiado.» Así es que, autorizado en su
pia carta, puedo decirle sin inventar yo el epigr
que cedía usted á la opinión de las limeñas, po
las mujeres han influído siempre é influyen m
en la política peruana, y visto como se port
veces los hombres en la guerra y en la paz, cu
se habla de opinión en Lima debe nombrarse pri
á las señoras, y esto si usted es político.

Así, pues, no ha sido mi ánimo herir á usted
más mínimo, primero porque no soy muy chi

y segundo porque aun cuando lo fuera, no soy como Voltaire que por no malograr una agudeza que se le venía á las mientes, se exponía á perder un amigo.

No veo que una broma más ó menos pueda comprometer nuestra vieja y eterna amistad, pero por lo mismo que estimo mucho el concepto que usted podrá formar de mí, quiero justificarme ante sus ojos, demostrándole que no le he tratado con ligereza, y es por esto que á riesgo de fastidiarle, le escribo esta larga y pesada carta para chancelar de una vez nuestras cuentas pasadas y entrar en otra atmósfera, poniendo la proa hacia los Estados Unidos, con cuyo motivo charlaremos en el viaje de cosas más grandes y más agradables para ambos.

Para acabar, pues, con estas cuentas atrasadas, le agregaré que si en mi correspondencia confidencial he sido con usted franco y tal vez brusco, ha sido precisamente porque estaba resuelto á no reprobar ostensiblemente la conducta que usted observase, cualquiera que ella fuese. Al proceder así consultaba el decoro de su puesto y mis debres como amigo, no obstante que por mi parte me quedaba un sentimiento, y era que usted, arrastrado por las corrientes de los sucesos, siguiese una conducta que comprometía la seriedad de mi Gobierno y mi crédito como gobernante. A esto aludía la postdata de mi letra que usted no ha interpretado bien. Era decirle de la manera más amigable y más indirecta: *Haga usted*

cualquiera política, pero no á costas de su Gobierno ni de sus amigos.

No puede ocultarse á usted que, habiendo dado la prensa del Pacífico en declarar sospechoso al Gobierno argentino y en interpretar siniestramente su no asistencia al Congreso americano, hace usted lo contrario sin autorización de su Gobierno y contra las órdenes de su Gobierno, según lo propalaban los diarios del Pacífico, y era la verdad: usted hacía política á costa del crédito del Gobierno argentino y daba razón á los que tan desfavorablemente le juzgaban. No es que me importe mucho el juicio efímero de una opinión sin nombre y sin consistencia, de una prensa mal informada y sin autoridad moral, pero lo sentía por usted, por mí y por las consecuencias que ésto podría tener para los intereses públicos.

Estos son hechos, y no meras apreciaciones como las de usted al suponer mala voluntad en los miembros del Gobierno para desacreditar sus pasos diplomáticos. No obstante no estar ningún miembro del Gobierno conforme con muchos pasos trascendentales de usted, jamás se ha trascendido nada en el público, y la prueba está en que ningún periódico de Buenos Aires ha desautorizado su presencia en el Congreso americano, y que la primera noticia de que usted se hallaba allí sin representación ni poderes, ha sido dada no ha mucho por un diario de Valparaíso. Esta circunspección y la resolución en que estábamos de no desaprobarle nada ostensiblemente, nos autori-

zaba á ser más francos y explícitos en nuestra correspondencia confidencial y oficial.

Y aquí viene muy al caso decirle que cuando, oficial ó confidencialmente, le damos instrucciones ó le trazamos reglas de conducta, no es á título de más capaces, como parece usted creerlo, ni de mejor informados que usted, sino á título de autoridad, porque somos el Gobierno nombrado por el pueblo para gobernarlo, y los únicos responsables ante él de los actos de usted como de los nuestros mismos. Ya ve usted que mi argumentación no puede ser más absoluta ni más constitucional. Así es que, usted que es tan constitucionalista, que ha sostenido que ni los Congresos pueden hacer política, y mucho menos política exterior, como lo sostiene hoy el presidente Lincoln nada menos que ante el gran congrego de los Estados Unidos, extraño que usted me diga que á pesar de todo, si hubiese creído convenientes los tratados del Congreso, los hubiese firmado por su cuenta, por no ser sólo el Presidente de la República y sus ministros los que están encargados de guardar el honor de su patria, ni á ellos solos les está reservada la apreciación de los casos, lo que es lo mismo que decir que los diplomáticos pueden hacer política por su cuenta y contra la política de su Gobierno.

Pienso que un diplomático puede hacer todo menos política suya, y entre mil razones obvias, se me ocurre una. Si cada diplomático ha de hacer una política sin recibir una dirección general, usted podría

haber hecho una en el Perú, Balcarce otra en Espa
y Mármol otra en Río Janeiro, y saldría una cos
lucidísima y cuando se abriera el Congreso, ó se publ
caran los documentos, el Presidente de la Repúblic
tendría que responder de todas esas políticas contr
dictorias y cargar con la responsabilidad de los act
que desaprobaba, ó que eran inconciliables entre s

No veamos á los hombres en estas cosas; prescin
damos de quién es más capaz, quién ve mejor
quién tiene más razón en la discusión, y veamo
sólo quién es el que tiene derecho á hacer tal ó cu
cosa, tratándose de la política general del país y d
sus altos intereses en presencia del mundo, que est
es de lo que venimos tratando.

Por lo demás, en cuanto á la autorización direct
ó indirecta, para concurrir al Congreso americano
Elizalde contestará á usted con sus propias comun
caciones y no teniendo ya objeto esta discusión, pc
demos doblar la hoja y seguir adelante.

Una de las razones que me hacían ser más cir
cunspecto en el conflicto peruano-español, era l
convicción en que estaba de que, á pesar de tod
si la guerra estallaba entre el Perú y la España, er
casi imposible que directa ó indirectamente no nc
viésemos complicados en ello. Por eso aproveché e
acto de la recepción del ministro español para signi
ficarle que evitaría conflictos en las Repúblicas ame
ricanas, que nos pondrían en el caso de llenar debere
de [illegible] No podía prever d

antemano si la situación que se crease daría lugar á una protesta, á una intervención, á represalias ó á la guerra y las alianzas con todas sus consecuencias, y por eso mismo al señalar ese peligro creía trabajar eficazmente para la paz, salvando á la vez la actualidad de mi país sin comprometer la de la América ni nuestras buenas relaciones con la España y con la Europa. Procediendo así, poco me importaba que dijesen que yo por no comprometer la paz, el comercio, la inmigración y el crédito europeo de la República Argentina no quería comprometerla en el conflicto peruano-español, porque esta crítica de la estupidez era la apología de la política que seguía formulada en estas palabras que dirigí al Congreso al cerrarse: «Argentino ante todo, el Gobierno no dejará de ser americano y buen vecino.»

Creía que nosotros teníamos derecho á proceder y hablar así; nosotros que, por nuestros propios esfuerzos, nos constituímos independientes, y nos sacrificamos por la independencia de la América, nosotros que hemos vivido de nuestras propias miserias y desgracias, durante largos años, mientras que otras repúblicas explotaban en su provecho el descrédito de la América, y que al fin nos hemos salvado y regenerado solos: nosotros bien podíamos hablar y proceder así, sin pasar por egoístas, ó cobardes, porque no se trataba de generosidad ni de valor, sino de patriotismo, de conveniencias y de derechos y deberes claros y evidentes.

Con estas convicciones y estos propósitos, sigo mi camino, y el resultado va correspondiendo á los esfuerzos sin que por esto repruebe, ni el americanismo que tiene su razón de ser hasta cierto punto, ni la conducta de las repúblicas americanas, que ha sido lógica en cuanto á lo que les era dado hacer. No excluyo el americanismo, dado que se reconoce que estas repúblicas tienen intereses comunes y principios solidarios, sobre todo tratándose de cuestiones con la España. No repruebo la conducta de Chile porque haya dicho y hecho menos que nosotros, sin embargo que se ha comprometido más; ni la del Perú, que no podía hacer más de lo que ha hecho, aun cuando se hubiere embarcado la América entera en esa nave que habría ido á pique más pronto con el auxilio de nuestro peso. Ni entro en todo lo que ha hecho el Congreso americano, ni desconózco su saludable aunque limitada acción en ciertos puntos, por más que, como Congreso peruano-americano, haya asumido la responsabilidad de aconsejar que no atacara, al que decía no tener como hacerlo, y por último le haya dado un certificado de buena conducta con motivo del tratado con la España, comprometiendo su seriedad que es la que más ha debido economizar—aunque en materia de bravatas y declaraciones de efecto hubiese sido pródigo—porque teniendo fama de parleros, siempre allá se cotizan nuestras palabras como nuestros bonos, al 40 %.

Y con esto, he concluído, gracias á Dios, esta larga

stidiosa carta que á mí mismo me iba dando sueño.
ra tenga usted la paciencia de leerla y de olvidarla,
que el asunto no merece la pena de insistir.
ese) que cuanto antes siga usted su viaje á Esta-
Unidos. Por ahora me despido deseándole toda
idad y repitiéndome como siempre, su afectísimo
go.

(Firmado) *B. Mitre.*

SESIONES DE JUNIO

DISCURSO CONTRA EL ACUERDO DE SAN NICOLÁS

Junio 21 de 1852.

I

Sr. Mitre—Me atrevo á ser el primero que alce la voz en esta discusión, no porque crea tener mucho que decir para ilustrar el juicio de mis honorables colegas, sino porque nada necesito oir para formar mi conciencia y dar mi voto cuando llegue el caso de hacerlo. Mi conciencia está irremisiblemente formada. Mi voto será por la no admisión del tratado que va á discutirse.

Formé esta conciencia desde la vez primera que lo leí, y no lo he vuelto á leer segunda vez, tal es la firmeza con que he reposado en mis convicciones.

Así, pues, aun cuando la elocuencia bajase en lenguas de fuego sobre las cabezas de los oradores que llenan este recinto, ningún poder tendría sobre mi conciencia, ni para afirmarme en mi juicio, ni para conmoverlo, ni para modificarlo.

Señores: Por mis labios no habla ni el orgullo, ni la intolerancia, ni un espíritu sistemático de oposi-

ción, sino la voz imperiosa de mi conciencia que me manda marchar hacia adelante en el camino de la libertad conquistada, tomando por guía una de esas estrellas que nunca se apagan en el cielo: la justicia.

Voy á exponer los fundamentos de mi juicio y el modo como mi conciencia se ha formado para explicar mis palabras que tal vez parecerán arrogantes, y que no dudo que todos encontrarán blandas y humildes cuando haya desenvuelto la idea que me trabaja.

Prescindo de los detalles del acuerdo de San Nicolás, y sin detenerme ni en la cuestión de forma, ni en la cuestión de la legalidad, tomo ese documento en su conjunto y busco la idea primordial que ha presidido á él. ¿Cuál ha sido esa idea? La organización nacional. ¿Pero la organización nacional sobre qué base? Sobre la base de una dictadura irresponsable, que constituye lo que propiamente puede llamarse un poder despótico; y al decir esto me encuentro naturalmente en el terreno de la verdadera discusión y colocado frente á frente de la gran figura y del gran principio que se levantan en ese tratado como dos colosos.

La gran figura es la del general Urquiza investido de una autoridad que no tiene precedentes en nuestra historia.

El gran principio es el de la autoridad en la ley, comprometida con facultades omnímodas que exce-

den á las que tenemos nosotros que somos legisladores, y á las que tiene el mismo pueblo, fuente de todo poder y de toda razón.

He dicho que el acuerdo creaba una dictadura irresponsable y que esa dictadura constituía lo que se llama un poder despótico.

Voy á probarlo permitiéndome recordar á V. H. los principios generales de buen gobierno, las reglas de nuestro derecho escrito, y las bases fundamentales del derecho natural.

Poder dictatorial, señores, es todo aquel que se funda en la suprema ley de la necesidad y hace de su voluntad una ley. La dictadura, como se ha dicho ya, puede justificarse por el interés de todos, legitimarse por la necesidad y glorificarse por el peligro; pero cuando carece de estas condiciones es una usurpación injustificable de parte del que la inviste y una abdicación cobarde de parte del que la otorga.

Poder irresponsable es aquel que no tiene contrapeso, ni obligación de dar cuenta á nadie de sus acciones, ni autoridad superior á él que pueda fiscalizarlas.

Poder despótico es todo poder especial establecido fuera de las condiciones del derecho natural ó escrito, y que, por consecuencia, no tiene ley ni regla alguna á que ajustarse.

Basta que un poder se halle en cualesquiera de estas condiciones para ser calificado de despótico,

aunque no haga uso de las facultades de que está investido. Si abusa de esas facultades será lo que se llama un poder tiránico, como lo fué el de Cromwell y el de Rosas.

Pido perdón á la sala si insisto sobre estos principios vulgarísimos y traqueados, á riesgo de insultar el buen sentido de los honorables representantes; pero el debate en que entramos es tan solemne, y la cuestión que nos ocupa es tan importante, que nada de lo que pueda arrojar alguna luz debe dejar de decirse; nada de lo que sea conducente á popularizarla, á vulgarizarla, debe callarse en este debate.

Vuelvo á tomar el hilo de mi discurso y continúo.

Haciendo ahora aplicaciones de estas verdades vulgarísimas al caso que nos ocupa, yo preguntaré á la sala, yo preguntaré al ministerio que ha venido aquí á sostener el tratado que yo ataco en sus bases ¿qué otro fundamento que la voluntad del dictador tiene la autoridad creada por el acuerdo de San Nicolás?

Yo preguntaré ¿qué responsabilidad tiene esa autoridad para ante quien la tiene, y quien puede hacerla efectiva? Yo preguntaré ¿qué regla, qué ley tiene esa autoridad para guiarse y para gobernar á los pueblos? Si se me demostrase que hay algún fundamento, alguna ley ó regla para esa autoridad, nada tendría que decir; pero á menos de cerrar los

ojos á la luz de la evidencia, es necesario reconocer conmigo que ningún otro fundamento que la voluntad del dictador tiene esa autoridad, puesto que se le inviste de la soberanía nacional en toda su plenitud para que él use de ella sin determinarle ninguna norma, sin ponerle un límite, sin trazarle un círculo. Es necesario reconocer, pues, que ninguna responsabilidad tiene, y que si la tuviera no hay poder alguno que la pueda hacer efectiva. Se ha dicho, no sé donde, ni con qué motivo, que la tiene ante el país; pero, señores, á esto sólo se puede contestar como Hamlet: "¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras! ¡y nada más que palabras!" Por último, es necesario reconocer que ninguna regla, ninguna ley tiene esa autoridad para guiarse y gobernar á los pueblos, puesto que todo se ha fiado al buen uso que de ella haga el general Urquiza: es decir, que se ha dejado al arbitrio de una voluntad, que es lo mismo que sancionar la arbitrariedad. ¿Qué nombre merece una autoridad semejante? Yo la llamo dictatorial, irresponsable, despótica y arbitraria.

Hablo de la autoridad sin referencia á la persona del general Urquiza, en quien se pretende encarnar la ley que le crea dictador para hacerle cambiar la corona cívica que rodea sus sienes por una corona de cartón dorado, que él debe pisotear bajo su planta, como el símbolo de un principio despótico que se quiere hacer prosperar á su sombra.

He llamado á esa autoridad dictatorial, irrespon-

sable, despótica y arbitraria. Me había olvidado de llamarla absurda, y para demostrarlo no necesito devanarme mucho los sesos. Me basta hacer una pregunta. ¿Si el general Urquiza no existiese hoy en la República, se habría creado una autoridad con facultades omnímodas? De cierto que no, pues en el mismo tratado se declara implícitamente, que se le nombra á él, por ser el único que puede desempeñarla; de lo que sacamos en limpio que la autoridad se ha creado para la persona, no para el país.

Creo que no se necesita decir más para demostrar que una autoridad semejante es absurda; pues la autoridad se constituye para todos y cada uno y no para el que la ejerce. Lo contrario sería lo mismo que hacer la casaca para los botones y no los botones para la casaca.

Paso á consideraciones de otro orden.

Las autoridades se fundan sobre dos principios, ó diré más bien, sobre dos especies de derechos, ó sobre el derecho natural, ó sobre el derecho escrito.

La autoridad creada por el acuerdo de San Nicolás, no se funda sobre el derecho natural, desde que es una autoridad despótica, sin reglas, sin ley, sin límites, sin contrapeso. Es una autoridad mayor que la del pueblo, y más fuerte que la libertad. Por esto es contra naturaleza.

No se funda tampoco sobre el derecho escrito, porque el tratado de 1 de Enero de 1831, invocado por

el acuerdo de San Nicolás como ley fundamental de la República, y que lo es en efecto, ha sido violado en su letra y en su espíritu, por el hecho de crear una autoridad que él no reconoce ni autoriza, y que inviste mayores facultades que las que por ese pacto deben depositarse en la comisión representativa de los gobiernos.

Se me dirá que el general Urquiza no abusará de esa inmensa autoridad depositada en sus manos. Así lo creo yo también. Pero yo me refiero á la cosa y no á la persona; examino el principio y prescindo del hombre. Si abusase de ella sería un tirano, y no puede ni debe serlo el que ha triunfado en nombre y en el interés de la libertad. Pero no es esta, señores, la cuestión. Aunque no use, aunque no abuse, siempre será un déspota, porque déspota como lo he dicho y demostrado antes, es todo aquel que no tiene ley que le dé norma, entidad que le sirva de contrapeso, ó poder ante el cual sea real y positivamente reponsable de sus acciones.

Esa autoridad puede disponer de las rentas nacionales sin presupuesto y sin dar cuenta á nadie.

Puede reglamentar la navegación de los ríos como si fuera un cuerpo legislativo y soberano.

Puede ejercer por sí y ante sí la soberanía interior y exterior, sin necesidad de previa ó posterior sanción.

Puede disponer del presente y comprometer el porvenir.

Puede declarar guerras por sí solo.

Puede sofocar revoluciones y aún hacerlas desde lo alto del poder.

Puede disponer de todas las fuerzas militares de la Confederación, como si se hallase al frente del enemigo, y mandarlas en consecuencia.

En la esfera de lo posible no sé qué otra cosa le sea dado poder hacer á una autoridad humana, á la cual se le pone en una mano la plata y en la otra las bayonetas, y á cuyos pies se ponen el territorio, los hombres y las leyes entregándole el presente y el futuro.

Y ahora, preguntamos ¿quiénes son los que tal autoridad han instituído, para dispensarse de observar las leyes naturales y las leyes del derecho escrito? ¿Son los legisladores de las provincias? ¿Son los diputados de un congreso nacional? ¿Son los plenipotenciarios del pueblo soberano, son los delegados de algunas de estas entidades soberanas, fuentes de todo poder?

Nada de eso, señores; son simplemente los gobernadores de las provincias, de los que hay muchos todavía que gobiernan con facultades extraordinarias; son los gobernadores de las provincias y no de todas, que en su mayor parte ni aun facultades para tratar han tenido.

Si los que han instituído esa autoridad hubiesen sido organizaciones legítimas del pueblo, aun estando [illegible] para tratar en su nombre,

yo les negaría del mismo modo el derecho de crear una autoridad semejante. Me fundaría para ello en que el pueblo no puede dar aquello que no es suyo y que posee en virtud de un derecho natural, es decir, de la libertad y de la justicia. Es abolir la libertad, crear un poder superior á ella, y es suprimir, violar la justicia, crear un poder despótico que no tenga obligación de respetarla, es decir, un poder que tenga tal fuerza que pueda atar de pies y manos á la libertad y quebrantar entre sus manos vigorosas la vara robusta de la justicia.

Basta que la posibilidad exista, para el objeto que me he propuesto demostrar, que es, que el pueblo no puede hacer esa delegación sin abdicar su dignidad, como no puede renunciar á su vida, como no puede renunciar á su honor, como no puede renunciar á hacer uso de sus facultades físicas y morales, y para concretar mis ideas en una palabra y en un ejemplo que es una lección, como no pudo renunciar á su fama, á su hacienda, y á su libertad para ponerlas á los pies de Rosas. Tales renuncias son nulas de hecho y de derecho, porque son contra la naturaleza de las cosas y contra el modo de ser de la especie humana y de la sociedad, tal cual está organizada. Si el pueblo mismo, es decir, el mandante, no puede crear una autoridad semejante ¿podemos crearla nosotros, sus simples mandatarios?

Interrogue cada cual su mandato y contésteme si se cree autorizado para ello. Yo interrogo mi man-

dato y veo que he sido enviado por el pueblo á este lugar para hacer la ley y para hacerla cumplir; para representar sus derechos y para velar sobre ellos; para marchar por el recto sendero de la ley, de la libertad y de la justicia; para fundar autoridades según el evangelio de los pueblos libres, y no para crear déspotas según el Korán de los fanáticos sectarios de los poderes que llaman fuertes, y que yo llamo injustos, que yo llamo antisociales y corruptores.

Señores: Lo juro por la organización definitiva de nuestra patria, que es lo que más anhelo, y por la noble y desgraciada República Argentina que todos amamos, yo no estoy autorizado para dar mi voto en favor de un poder que está en abierta contradicción con mi mandato popular. Digo más, porque es una consecuencia lógica de lo que acabo de decir; ninguno de los representantes que ocupan un asiento en esta soberana asamblea, tiene poderes para ello, puesto que ni el mismo pueblo de quien emanan los tiene para el efecto.

He aquí por qué dije al empezar que no necesitaba oir nada para formar mi conciencia y votar resueltamente contra el acuerdo cuando llegase el caso. No le daré mi voto porque no puedo ni debo hacerlo, y á nadie le es dado hacer aquello que es contra su deber y se halla fuera de su posibilidad. Pero si así como no estoy facultado por el pueblo para votar esa autoridad irresponsable, contra la cual protesto

á nombre de la dignidad humana, estuviese plenamente autorizado para votarla, yo procedería del mismo modo, y ni ahora ni nunca consintiría que una autoridad igual á la que establece el acuerdo de San Nicolás dominase á mi patria, ni por un día, ni por una hora, ni por un instante. El mal no lo veo en la duración de la autoridad sino en la relajación del principio. Con esto he contestado de antemano á la objeción que se me puede hacer, de que la autoridad creada en San Nicolás sólo ha de durar cincuenta días. Para el caso es lo mismo que si durase un siglo.

Voy á terminar, señores. En pueblos como los nuestros, que han pasado por la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia, que han vivido por más de veinte años sometidos á la fuerza bruta, y á la bárbara ley del cuchillo y que, en presencia del crimen erigido en ley han dudado muchos de la virtud, es necesario fortalecer los principios salvadores de la libertad del hombre, que constituyen lo que se llama la dignidad humana. Esos principios son los que forman la moral pública, completamente relajada entre nosotros por el ejemplo de los degolladores, y hasta por el ejemplo de la mansa resignación de las víctimas. La moral pública está caída; es necesario levantarla. Débil y flaco como es, yo le ofrezco mi brazo para que se apoye en él y lance contra sus asesinos la sublime protesta del que se negó á humedecer sus labios en la espon-

ja empapada en hiel que le presentaban con mano sacrílega.

Los que aconsejan al pueblo que apague su sed en esa esponja envenenada, son corruptores de la moral pública; sí, señores, yo les llamo corruptores; son envenenadores, sí, señores, yo los llamo envenenadores. Aconsejar la admisión de una autoridad que no debe tener más ley que su voluntad, ni más límite que su voluntad, ni más contrapeso que esa voluntad misma, y querer hacer aceptable esa autoridad diciendo que va á durar pocos días, es imitar al torpe seductor que empieza por sofocar el pudor de la virgen para deshonrarla en las aras manchadas de la lujuria. La moral pública es el pudor de los pueblos; su libertad es su honor. ¡Vergüenza y vilipendio al que la viole! He dicho.

II

SEÑOR MINISTRO DE GOBIERNO—(Contesta sosteniendo el acuerdo).

SR. PICO—(Contesta sosteniendo el acuerdo y analizándolo).

SR. MITRE—Empiezo por dar gracias al cielo, á pesar de las contrariedades de la época, por haber llegado á una época feliz en que los combates sangrientos de los campos de batalla se han convertido en la lucha pacífica de la opinión, en que á la espada

y á la lanza se han substituído las armas reparadoras de la palabra y de la razón. Sí, señores, demos gracias al cielo porque ya las disidencias de opiniones no se dirimen por medio de la lanza, y en que el modo distinto de ver y discutir una cuestión no es un motivo de rencor y de muerte. De distinto modo de pensar que el señor ministro que habló antes y del diputado que acaba de hacer uso de la palabra, me honro en darles el nombre de amigos, y en reconocer en ellos, patriotismo y rectitud. El honorable diputado que me ha precedido en la palabra (el señor Pico) no necesitaba sincerarse de las calumnias de que ha sido el blanco. Son imputaciones estúpidas que no pueden alterar el concepto de probidad y patriotismo de que goza. Compañero de causa y de infortunio, le he conocido en el destierra, y jamás ha dado motivo alguno para que se dude de él, ni como hombre público ni como hombre privado. Yo por mi parte jamás he dudado de él en esta ocasión, ni ha llegado á mis oídos que nadie haya puesto en duda la rectitud de su proceder. Puede equivocarse, puede sostener una opinión errónea, pero esto no es motivo para dudar de él. El mejor testimonio que puedo darle de esto, es que los que no pensamos como él piensa, nos honraríamos en tenerlo de nuestra parte en esta discusión, tanto á él, como á mi amigo el señor ministro á quien me he referido antes; repito, que nos consideraríamos honrados con su cooperación.

Paso á ocuparme de los puntos que han aparecido en el curso del debate.

Dos discursos pesan sobre la palabra con que inicié esta discusión, dos discursos de distinto estilo y que se completan el uno por el otro.

El uno todo poesía; el otro todo razón; el uno que es el espíritu de análisis, el otro que es la inspiración aplicada á la política.

Por esta vez, estas dos entidades, al parecer tan opuestas, se han dado la mano, para coincidir en un punto de que me ocuparé inmediatamente.

Antes de pasar más adelante, advertiré que no soy del mismo modo de ver del señor ministro de gobierno, que ha dicho que en esta discusión se debe poner el corazón en la cabeza. Creo que en esta cuestión, como en toda cuestión que afecte [illegible] vitales, se debe pensar y se debe sentir. No [illegible] de la naturaleza, y [illegible] el corazón dentro del [illegible] conjunto.

[illegible]

[illegible] discursos [illegible] el cual los dos [illegible] palabra, han [illegible] vienen [illegible] de los [illegible] la ver- [illegible] des- [illegible] malos go-

biernos, de los excesos de la tiranía, de los excesos de los caudillos sanguinarios que han oprimido y ensangrentado la República? ¿Por qué no se dice esto, y se habrá dicho la verdad? La verdad es que todos nuestros males provienen de esas causas, y no de los excesos de la libertad, como se ha dicho. ¿Dónde se estrelló el congreso nacional de 1826? En el aduar del bárbaro. ¿Dónde fracasó el pensamiento de la organización nacional en esa época? En la tienda militar del general Quiroga. ¿Quién ha desgarrado la constitución nacional que nos hemos dado? Las lanzas afiladas de los caudillos. Y, sin embargo, se dice que todas nuestras desgracias provienen de la anarquía, de los excesos de la libertad. Yo tomo esto por un sarcasmo, por una ironía amarga que se arroja al rostro de la de-graciada República Argentina. Los excesos de la libertad, se dice, ¡cómo si estuviéramos tan hartos de libertad! ¿Cuándo hemos sido verdaderamente libres? ¿Cuándo nos hemos sentado tranquilamente en el festín de los pueblos libres de la tierra? Nunca, nunca, porque constantemente hemos vivido de las migajas de ese espléndido festín. Pocas veces hemos llevado á nuestros labios sedientos la copa embriagadora de la libertad, y á pesar de esto se nos dice, ¡que son sus excesos la causa de nuestros infortunios! ¡Ojalá hubiesen habido excesos le este género! En esta parte soy de los que piensan que es preferible irse un poco más allá en ma-

de libertad, que quedarse más acá, ó irse un
o más allá en materia de autoridad ó despotis-
. Los males que puede ocasionar la libertad se
median por ella misma. Es como la lanza de
quiles, que cura las heridas que abre. No sucede
sí á la autoridad, cuyos estragos cuesta mucho
reparar, y cuyos abusos labran la desgracia de los
pueblos. ¡Ojalá!, repito, ¡hubiese habido más li-
bertad que la que ha habido! Si algo bueno tene-
mos, si algunos principios conservadores de la so-
ciedad han resistido á las horribles borrascas en
que nos hemos agitado, lo debemos á ese poco de li-
bertan que hemos gozado. ¡No la maldigamos, no
la calumniemos! Por el contrario, bendigámosla
con todo el fervor de nuestra alma, con todo el en-
tusiasmo de nuestros corazones.

. Paso á otra cosa.

Ha dicho el diputado que me ha precedido en la
palabra, que se ha supuesto al general Urquiza la
intención de marchar á la tiranía. O no me ha en-
tendido, ó no me he explicado bien, aunque creo ha-
berlo hecho muy claramente. Lo que sí he dich
es que la autoridad de que se inviste al general Ur
quiza es una dictadura irresponsable, que consti
tuye lo que se llama un poder despótico.

Dictadura y tiranía no son sinónimos, como no l
son despotismo y tiranía. Se puede ser dictador,
se puede ser déspota y no ser tirano.

Cincinato y Wáshington fueron dictadores y no fueron tiranos.

La mala intención atribuída al general Urquiza queda, pues, de cuenta del diputado que habló antes.

Nosotros convenimos, y esta es mi creencia, que el general Urquiza no abusará de su poder, que su persona es una garantía; pero esto no quita que yo me considere suficientemente autorizado para dar mi voto á la autoridad de que se le pretende investir, y de que yo piense, que esa autoridad es inaceptable, porque es contra el derecho escrito y contra el derecho natural, y porque ni el pueblo mismo puede crearla.

Se ha dicho también con este motivo, que parecía que nos hubiésemos olvidado que éramos representantes de la provincia de Buenos Aires, y que pretendíamos dar leyes á toda la República, hablando á nombre de ella. No sé cuando se haya manifestado esta pretensión: al menos por mi parte, protesto que no he abrigado tal pensamiento... Pero, señores, ¡qué sea así! Acepto la interpretación. Por ventura, ¿no soy argentino? ¿No soy miembro de esta gran familia argentina, dispersa desde el Plata hasta los Andes y Humahuaca? ¿No pertenezco á esa comunión, que tiende á organizarse en un cuerpo de nación, y cuya sangre ha corrido unida á la sombra de una misma bandera en todos los campos de batalla de la independencia? Cuando se trata de intereses nacionales ¿no me es permitido hablar

en nombre de la nación? No veo en esto nada d irregular.

Por lo demás, los dos oradores que han conte tado á mi primer discurso, no han destruído ning no de los argumentos con que yo he atacado acuerdo de San Nicolás. Por el contrario, tod ellos están en pie, y nunca más firmes sobre s pies que ahora. Yo he atacado el acuerdo por s bases, por hallarse fuera del círculo y de las cond ciones del derecho, por crear una autoridad desp tica, que nuestro mandato no nos permite autor zar; porque establece un mal principio corruptor d la moral pública y atentatorio á la dignidad hu mana, en cuyo nombre lo he rechazado, y lo rech zaré votando contra él cuando llegue la ocasión

Todo lo que se ha aducido para sostenerlo no h hecho sino afirmarme más y más en mis convicci nes. El mismo juicio que formé la primera ve que lo leí, he ratificado hoy. Se me ha inculpad por el diputado que me ha precedido en la palabr y que ha analizado el tratado que nos ocupa, qu habiéndolo leído una sola vez no es extraño que l lo haya comprendido tal vez. Para dar una mue tra de deferencia á mi honorable amigo, con quie estoy en disidencia, he leído segunda vez el tratad Mientras él hablaba yo leía. Voy á exponer el r sultado de mi segunda lectura.

El diputado preopinante ha mostrado el anver de la medalla del acuerdo de San Nicolás.

Voy á presentar su reverso, haciendo de él un breve análisis, que terminaré en pocos minutos.

Por el artículo 1 se dice que "el tratado de 4 de Enero de 1831 será religiosamente observado". Este tratado está violado en su espíritu y en su letra, por los mismos que lo invocan.

Por el artículo 2 se deduce que las provincias están en plena libertad para constituirse. Yo pruebo lo contrario diciendo que hay muchas que están mandadas por gobernadores con facultades extra ordinarias.

Por el artículo 3 se suprimen los derechos de tránsito de las aduanas interiores. He sido el primero que por la prensa he clamado en Buenos Aires contra esas aduanas y esos derechos.

Nada tengo que decir respecto de este punto.

Por el artículo 4 se establece que en todo el mes de Agosto se reunirá el congreso. Se ha dicho con este motivo que las grandes cosas se deben hacer pronto, y no retardar su ejecución. Soy de la misma opinión. Pero el mejor modo de hacer pronto las grandes cosas es hacerlas bien, adaptando el camino natural, el recto sendero de la ley y de la conveniencia general. El camino estaba abierto ¿por qué no se ha entrado por él? ¿Por qué se ha preferido tomar una senda turtuosa ó extraviada? Si se hubiese seguido el camino que indico, el tratado no encontraría las resistencias que hoy encuentra aquí, y que tal vez encontrará en otras partes, y si

no los encuentra no será porque la conciencia de los pueblos no se subleve contra las cláusulas que establece una autoridad incompatible con la libertad. A lo que es racional nadie se opone.

Por el artículo 5 se determina el número de diputados de cada provincia que deben concurrir al congreso. No estoy distante de aceptarlo, y por él no haría al acuerdo la menor oposición. Para apoyar este artículo se ha citado el ejemplo de Norte América, en que se dice que cada estado envió dos diputados al congreso. Hay en esto una inexactitud. Eran trece colonias y fueron cincuenta diputados al congreso. La cuenta sale mal.

Por el artículo 6 se establece que los diputados no lleven limitación alguna en sus poderes. No tengo gran objección que hacerles; pero observaré que está en contradicción con otro artículo que autoriza á las provincias para retirar sus diputados, lo que rompe la unidad de pensamiento que debe presidir á un pacto de esta naturaleza.

Por el artículo 7 se definen las condiciones morales é intelectuales que deben tener los diputados que vayan al congreso, es decir, se legisla sobre aquello que nadie sino Dios puede penetrar, que es, los sentimientos y las ideas. No importa otra cosa decir que los diputados estarán animados de sentimientos nacionales sin preocupaciones locales, sin exigencias encontradas, y de más probidad, de más patriotismo y de más inteligencia, á lo que se agre-

ga que los gobernadores "quedan autorizados para usar de su influencia legítima", á fin de que sólo los individuos que llenen esas condiciones intelectuales y morales sean elegidos. Lo único que cabía decir en este caso era que, habría la más completa y absoluta libertad para la elección de diputados al congreso. ¿Por qué no se ha dicho esto? Porque se conoce que á la confección de ese artículo ha presidido un pensamiento estrecho, porque no se ha atrevido á conceder al pueblo lo que se le debe en justicia, y porque al reconocer una parte de su derecho han guardado la mayor parte de él con la mano cerrada.

Por el artículo 8 se autoriza á las provincias para retirar sus diputados cuando lo crean oportuno. Ya he hecho mis objeciones á este artículo, y ninguno de los que me han contestado las ha refutado victoriosamente. Haré algunas otras observaciones que no son de importancia. Los diputados al congreso deben ser diputados de la nación y no de la provincia, porque representan á todas y cada una de las provincias. Desde el momento en que el congreso esté reunido, debemos considerarlo como á la expresión más pura y genuina de la nación. No debe tener otro juez que él mismo, respecto de sus diputados. Esto no se logrará si los diputados quedan dependientes de las provincias, ó de los gobernadores, ó sea que puedan retirarlos cuando lo crean oportuno, porque de esto resultará el absurdo, que

un diputado que tenga la confianza del congreso puede ser retirado por instigacion del ejecutivo, como lo ha dicho un señor ministro, y porque no marche de acuerdo "con las ideas de su provincia", como ha dicho otro señor ministro. Esto es algo más que absurdo.

Por los artículos 9 y 10, el encargado de las relaciones proveerá á los gastos nacionales. Nada más natural desde que las rentas nacionales le están confiadas. Aprovecho esta oportunidad para explanar un punto que no hice sino indicar en mi primer discurso. Se sabe que la autoridad creada por el acuerdo de San Nicolás, debe marchar sin presupuesto, y sin necesidad de dar cuenta á nadie de su inversión. Yo no temo ni sospecho que pueda hacerse mal uso de esos fondos, ni nadie puede creerlo. Pero me fijo en una sola cosa. Si yo como diputado de la provincia de Buenos Aires no puedo autorizar al gobierno provincial á que gaste un solo real, un solo medio sin que sea votado por la sala, ¿podré dar mi voto á una autoridad que va á disponer á su arbitrio de las rentas nacionales? No lo puedo, y por eso he dicho antes que no aceptaba semejante facultad.

Por el artículo 11 se fija la ciudad de Santa Fe como punto donde debe instalarse el congreso, pero como éste puede elegir después de instalado el lugar de su residencia, no me detendré á considerar este artículo.

Por el artículo 12 se resuelve que el congreso no

se disolverá hasta tanto que haya dictado todas las leyes orgánicas de la constitución. Me adhiero de todo corazón á esta disposición. Una constitución sin leyes orgánicas es como un coche sin ruedas; puede arrastrarse pero no rodar. La constitución de un pueblo, como se ha dicho, no es sino el índice del derecho público de un pueblo. Las leyes orgánicas son, pues, las que reglamentan, comentan y dan vida á los diversos títulos de ese índice.

El artículo 13 no es del caso, porque nada en realidad estatuye de una manera positiva, sino que se mantenga la paz pública.

Por el artículo 14 se da al encargado de las relaciones exteriores la facultad de intervenir en caso de hostilidad abierta de una á otra provincia, ó en caso de sublevación armada dentro de alguna de ellas. Protesto que yo no quiero la guerra ni las sublevaciones á mano armada, y las califico de un crimen, hoy que tenemos la libertad de la prensa, la libertad electoral, la libertad de peticionar y la libertad de la tribuna para hacer valer nuestros derechos sin apelar á las armas. Pero por lo mismo que quiero la paz, no quisiera que se confiasen á la voluntad de un solo hombre facultades que puedan alarmar á los pueblos. Lo que este artículo importa es una liga de gobiernos que se comprometen á sostenerse mutuamente y las ligas de gobiernos no son los mejores medios para mantener el orden.

Los otros artículos se refieren á la autoridad de

que me he ocupado en mi primer discurso y q he rechazado en nombre de la dignidad humana, la libertad, de la justicia y de la moral pública. B tante he dicho ya para demostrar que es una au ridad despótica, y aunque, lo repito, la persona general Urquiza sería una garantía de que esa au ridad no se convertiría en sus manos en una aut dad tiránica, no por eso dejaría de ser despótica como tal, es inaceptable.

Prescindo de analizar los demás artículos, so los cuales poco hay que decir y bastante se ha di ya. No quiero abusar de la atención de mis hono bles colegas.

He cumplido lo que prometí, ofreciendo por me de un breve análisis, el reverso de la medalla, cu anverso nos había presentado el diputado que precedió en la palabra.

biernos, de los excesos de la tiranía, de los excesos de los caudillos sanguinarios que han oprimido y ensangrentado la República? ¿Por qué no se dice esto, y se habrá dicho la verdad? La verdad es que todos nuestros males provienen de esas causas, y no de los excesos de la libertad, como se ha dicho. ¿Dónde se estrelló el congreso nacional de 1826? En el adúar del bárbaro. ¿Dónde fracasó el pensamiento de la organización nacional en esa época? En la tienda militar del general Quiroga. ¿Quién ha desgarrado la constitución nacional que nos hemos dado? Las lanzas afiladas de los caudillos. Y, sin embargo, se dice que todas nuestras desgracias provienen de la anarquía, de los excesos de la libertad. Yo tomo esto por un sarcasmo, por una ironía amarga que se arroja al rostro de la desgraciada República Argentina. Los excesos de la libertad, se dice, ¡cómo si estuviéramos tan hartos de libertad! ¿Cuándo hemos sido verdaderamente libres? ¿Cuándo nos hemos sentado tranquilamente en el festín de los pueblos libres de la tierra? Nunca, nunca, porque constantemente hemos vivido de las migajas de ese espléndido festín. Pocas veces hemos llevado á nuestros labios sedientos la copa embriagadora de la libertad, y á pesar de esto se nos dice, ¡que son sus excesos la causa de nuestros infortunios! ¡Ojalá hubiesen habido excesos de este género! En esta parte soy de los que piensan que es preferible irse un poco más allá en ma-

concurrir á un combate naval en las aguas del P
ná, vinieron cubiertos aún con el polvo del camp
batalla, á salvar nuevamente á Buenos Aires, en u
de sus hermanos, al pie de sus inexpugnables
cheras.

Conciudadanos: Sólo faltan en vuestras filas los
cos cobardes que al amago del peligro han aband
do indignamente sus puestos de ciudadanos, des
rando el renombre de las madres argentinas que
alimentado con sus pechos el heroísmo de seis gen
ciones. Para vergüenza eterna de ellos, inscribid
nombres en las culatas de vuestros fusiles, para
el día que pretendan volver á la patria á gozar del
to de vuestros nobles trabajos, hasta las mujeres y
niños por ellos abandonados, les han de cerrar con
precio las puertas del hogar que no tuvieron cor
para defender.

Guardias nacionales: Os ha hablado el compañe
el amigo; ahora escuchad la palabra de vuestro
gistrado y vuestro general.

Compatriotas: Marcho á ponerme al frente del
cito en campaña, donde cuatro mil veteranos y
mil guardias nacionales de la campaña se reun
bajo nuestras banderas, prontos á sostener la dign
y el derecho del pueblo de Buenos Aires. Cu
también con vosotros y con que, en cualquier p
en que me halle y cualesquiera que sean las circ
tancias, acudiréis en masa á mi llamado, en obed
cia de la ley, prontos á cumplir vuestros deberes c

en otras ocasiones. Si así lo hacéis, Buenos Aires será invencible, y podréis contar por vuestra parte ó con el triunfo, si se pretendiese imponernos por la violencia, ó con una paz sólida y fecunda que salve vuestra dignidad y vuestro derecho.

En consecuencia, proclamo en alta voz este decreto, en presencia del pueblo que os contempla. La guardia nacional de Buenos Aires queda pronta á la primer orden para marchar á campaña. Si hay alguno que sienta flaquear su corazón, que siga el camino de esos cobardes que han abandonado sus puestos al solo amago del peligro.

Guardias nacionales: Ahora repetid conmigo el grito que nos ha conducido á la victoria y nos ha confortado en el peligro: ¡Viva Buenos Aires y vivan sus instituciones!

LA CARTA HISTÓRICA

Cuartel General Tuyú-Cué, Noviembre 28 de 1867.

Señor doctor don José María Gutiérrez.

Mi querido amigo:

Tengo en mi poder su estimable del 18 del corriente á que venían adjuntas dos cartas (que le devuelvo), relativas ambas á la futura elección de presidente de la República y al rol activo que, según ellas, debo asumir en tal ocasión.

Su carta de usted contiene tres puntos: 1° Adjuntarme las referidas cartas para motivar con ellas el escribirme sobre elecciones y candidaturas para presidente; 2° Hacerme saber, de paso, que Elizalde (y no otro) es su candidato y que rechaza la candidatura Sarmiento; 3° Manifestarme indirectamente la confianza que tiene de que yo no me constituiré en poder electoral ni tomaré iniciativa sobre el asunto, aun cuando cree conveniente que los amigos me hagan saber su modo de pensar.

Como esto es una especie de notificación en que no sólo no se me pide opinión, sino que se cuenta de antemano con mi prescindencia al hacerlo, dándome por notificado, habría contestado á su carta del modo que parece usted desearlo.

Pero siendo ésta la primera confidencia que sobre elección presidencial recibo de un amigo de causa, debo honrarla agregando algunas palabras más y en

conciencia no puedo dejar de hacerlo, para hacer conocer una vez más á mis amigos mi modo de pensar sobre el particular, y contenerlos, si es posible, en la mala vía en que veo han estado los que se ocupan de trabajos electorales.

Cuando digo la *primera confidencia,* me refiero á comunicación directa sobre el particular; pues, por lo demás, estoy al cabo de todos los trabajos y *combinaciones* en tal sentido, incluso de la que usted me confía á medias, exhibiendo la candidatura sin hablarme de la combinación de candidatos.

Así como yo conozco esos trabajos, que no he querido ni promover ni autorizar, ni dirigir directa ó indirectamente, creo que habría muy pocos que no conozcan mi modo de pensar sobre el rol que corresponde al actual presidente de la República en la elección de que se trata; porque ese rol me está prescripto por mis más sagrados deberes; es la consecuencia lógica de los principios que profeso. Se liga en su práctica á la existencia de la comunión política á que pertenezco y nadie puede creer que yo falto á mis deberes, ni traicione mis principios, ni conspire contra la vida de mi partido, usurpando derechos ajenos al asumir el rol de fabricante de candidatos de mala ley para sucederme en el gobierno, como lo pretenden hombres caracterizados.

Esto, en la alta posición que ocupo, ó no vale nada, y entonces es un escándalo tan estéril como perjudicial que refluirá en daño de todos, ó importa algo,

y es poner al servicio de una candidatura la influencia del poder público, y entonces es más que un escándalo, es un atentado.

A nadie he dado derechos, ni aun con una reticencia, para equivocarse respecto de mi modo de pensar sobre el particular. Mi política, en cuanto con asuntos electorales se relaciona, está claramente formulada en mis actos, en documentos oficiales y conversaciones confidenciales. A nadie de cuantos han hablado conmigo he ocultado lo que pienso respecto á las condiciones generales que deben acompañar á la elección y á la persona del futuro presidente de la República, señalando con franqueza el único caso en que, usando de mi autoridad moral y sin prevalerme de mi posición oficial, haría la oposición que me correspondía á candidaturas que de antemano consideraba funestas, viniendo en condiciones dadas; y digo en condiciones dadas, porque podrían ser tales nuestros errores y tal la desmoralización pública que ellos produjesen, que llegase á encontrarme inhabilitado para hacer uso ante mis conciudadanos de esa misma autoridad moral.

Mi constante empeño ha sido preparar el país á una libre elección de presidente en las mejores condiciones posibles para el gran partido nacional de los principios, pues los presidentes de ese partido sólo de la libertad pueden sacar su fuerza, sólo con ella pueden vencer á sus enemigos, dando á la vez garan-

tías á todos los partidos en el gobierno y de aquí su razón de ser y su razón para gobernar.

Sólo en una elección libre y en las condiciones indicadas, pueden surgir candidaturas como la de Elizalde, Sarmiento, Rawson, don Valentín Alsina, Paz, etcétera, que no pueden representar sino fuerza de opinión en un momento dado, y que sólo pueden sacar su poder para gobernar de esa misma opinión.

Fuera de esa condición suprema, las ventajas están en favor de las candidaturas reaccionarias, como las de Urquiza y Alberdi, ó de las candidaturas de contrabando como la de Adolfo Alsina, pues todos ellos representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los gobiernos locales, sean simplemente reaccionarios en política, como en Entre Rios; sean francamente sediciosos, como los montoneros; sean, enemigos solapados, como Luque, ó amigos nuestros como los Taboadas en Santiago.

Si el partido liberal no hubiera de triunfar en las condiciones de su propia existencia, si no hubiese de luchar con los principios de su credo político inscriptos en su bandera, y leal y valientemente practicados; si no hubiese de valerse de medios análogos á sus fines, el partido liberal no tendria razón de ser ni mereceria triunfar, ni seria digno de gobernar y se haria acreedor á la derrota; pues para escarnecer la soberania del pueblo, desacreditar la libertad y desmoralizar el gobierno, dándole por base el fraude, la corrupción ó la violencia, ahí es-

us enemigos que lo harán mejor (es decir, peor),
e francamente proclaman esos medios y esos fi-
que son los únicos que tienen porque son los
os que conocen.

preciso, pues, trabajar y triunfar con la verdad
uestros principios y con fe en ellos, por medios
gos á los fines que nos proponemos, á fin de
el partido liberal, teniendo razón de ser, tenga
a de triunfar y de gobernar para bien y honor
dos y que todo esto suceda bajo los auspicios
libertad que nos da vida y aliento y de la que
os de sacar en todo tiempo la fuerza que necesita-
para combatir contra el mal y obrar el bien.

esta atmósfera pura y luminosa sólo pueden
tarse figuras nobles y correctas que realicen,
donde es posible, el ideal de un pueblo libre, y
ustinto de la belleza moral, que en política triun-
empre, cuando el patriotismo, el buen sentido y
der material de que disponen los hombres inte-
tes se ponen á su servicio, en vez de capitular
rdemente con el vicio, queriendo ó creyendo
r política práctica, que yo llamo política grosera,
lcance y sin altura.

a usted, pues, como esta política, fiel á la lógi-
sirviendo á los fines del gobierno libre, prepara
obierno al partido liberal, diseñando de antemano
ontornos generales del candidato que le ha de re-
entar en el gobierno; y cómo, por este camino,
minando los deberes de la autoridad y los dere-

chos del pueblo, se llega naturalmente á establecer esta premisa de un vasto programa electoral. *El candidato es el partido liberal.* ¿Quién lo ha de representar en el gobierno? He aquí la primera cuestión.

Del método que se adopte para resolver la cuestión, depende, no sólo el acierto, sino la vida misma del partido; mucho más cuando ese partido no se halla en el lleno de las condiciones favorables que he procurado prepararle, y depende en parte, ó de la prolongación de una guerra exterior, ó de un hecho de armas desfavorable, y hay que buscar correctivos contra la desmoralización y flojedad de la opinión pública, así en sus desórdenes internos como en la guerra extranjera.

Un hombre imparcial y bien intencionado, que amando sobre todo á su patria creyese que el mayor beneficio es radicar en el gobierno los principios de un partido que profesa el culto de la libertad, para que esos principios sean representados por hombres que los sirvan lealmente en el gobierno, que sin aspiraciones egoístas prescindiese de preferencias personales ó de cuestiones de detalle, y que teniendo presente tan sólo el grande y supremo interés de la causa común, buscase para el poder que quisiese fundar, la base firme y la fuerza durable que lo han de hacer eficaz y fecundo, ese hombre resolvería el problema con el auxilio de la lógica y llegaría á resultados tan precisos y prácticos como

las demostraciones del álgebra, dando significado á los nombres propios, cuerpo á la idea, y expansión á la verdad, salvando así á la República de los peligros de una reacción brutal ó de la decadencia de una democracia corrompida.

Esto sí que sería una política trascendental y que tan práctica como la que condené antes, tiene la ventaja de ser más valiente, más generosa y más moral.

Suponga que yo pueda ser ese hombre bien intencionado, yo que no tengo ambición personal, porque no tengo qué ambicionar; que no tengo hecho pacto individual con nadie, que no estoy dispuesto á transigir con ningún vicio; yo que busco, sobre todo, el bien de mi país y que lo vinculo al triunfo de los principios que me tocó la fortuna de hacer triunfar en el campo de batalla levantándolos al gobierno con opinión y fuerza (por la primera vez); yo que fuí libre y unánimemente elegido, y que de ese origen popular he sacado mi fuerza para gobernar, yo diría: que el candidato mejor no sería aquel que más me gustase, ó le gustase á otro, sino aquel que reuniese el mayor número de voluntades de nuestro partido, y fuese más libremente elegido: 1° porque esas voluntades tendrían necesariamente que ser espontáneas y serían la expresión natural de las opiniones de la mayoría, desde que no hubiese ni sombra de presión moral ó material por parte de la autoridad; 2° porque de no proceder así, sus ene-

migos, más compactos y disciplinados, podrían alcanzar el triunfo tomándonos diseminados; 3° porque el triunfo de una fracción de nuestro partido sólo podría dar origen á un gobierno raquítico, que no podría ni obrar el bien ni reprimir el mal; 4° porque, con tal proceder, nos cerrábamos para el último caso las puertas de un triunfo relativo, cuando tuviésemos que optar entre Urquiza, por ejemplo, y un candidato cualquiera del partido liberal que con el auxilio común podría convertirse en un gobierno de compromiso entre los mismos amigos.

Y para que no quede ninguna duda del modo como yo entiendo esto, agregaré que en mi programa, que toma como punto de partida hombres como Elizalde, Sarmiento, Rawson, etc., no está excluído ni aun el mismo don Adolfo Alsina, que es hoy una falsificación de candidato, al cual podría darse el valor legal por el apoyo de la mayoría. Por lo demás, todos saben lo que pienso de la candidatura del general Urquiza, y no le he ocultado que, llegado el caso, le haría oposición de una manera digna, valiéndome únicamente de mi autoridad moral ante mis compatriotas, precisamente porque tal candidatura que simbolizaría la renovación de los gobiernos personales, sería la negación de una elección libre y legal como la que yo busco y deseo. Es pues eliminando candidaturas del calibre de la de Urquiza, como yo entiendo que puede y debe hacerse una elección libre, haciendo únicamente posible de este

modo el triunfo de candidaturas que sólo representan la fuerza de la opinión, que hagan prácticos en el gobierno los principios de nuestro credo político, reaccionando contra los vicios de los poderes personales.

En vez de este proceder lógico, sencillo, práctico, que nos asegura el triunfo de la buena causa, y con él triunfo los resultados á que debemos aspirar, y que cuando peor fuese todo, constituiría á los hombres de libertad y principios en una entidad poderosa que podría salvar una situación, ¿qué es lo que hacen ustedes?

Puesta la cuestión, no procuran resolverla, como el matemático, cuando se trata de un problema, y prefieren el método infantil de las adivinanzas, y se echan á caza de nombres propios antes de dar significado á esos nombres.—¿Quién será presidente?—Mansilla, dice «Sarmiento», usted dice «Elizalde», y *no puede ni debe ser otro.*—Conesa, dice «Alsina», y Luque hace coro.—Otro diría «Rawson», y sea excluyendo á los demás, sea haciendo alianza con algunas de las fracciones, tenemos el partido liberal dividido (lo que vale tanto como disuelto), antes de empezada la campaña electoral. Y no contentos con esta división de fuerzas, que reunidas son las estrictamente necesarias para triunfar del enemigo que las acecha, nos entretenemos en despedazar á nuestros propios candidatos. *La Tribuna* prueba que Elizalde es imposible y perjudicial; *La Nación*

prueba que Sarmiento es incompetente y funesto; *El Nacional*, más moderado al parecer, sólo establece los vicepresidentes imposibles.

Así, en lugar de desplegar la bandera de nuestro partido, nuestro partido ha desplegado tres banderitas, y desplegará cuatro ó cinco, antes de entenderse sobre la palabra de orden que ha de inscribir en su pendón; todo por no haber procedido con método, por marchar sin plan y sin rumbo, por no empezar por el principio, ó, como diría Sancho Panza, por tomar el rábano por las hojas.

En tales condiciones, el partido liberal debe ser derrotado, y bien merecida le estará la derrota, si eso es lo único que sabe y puede hacer.

Al decir esto, no crea que yo trate de lavarme cobardemente las manos, como Pilatos, para el caso en que la opinión pública desalentada ó extraviada, llegase en un momento dado á preferir los barrabases, y pronunciase contra nuestro partido la sentencia que pueden acarrearle su debilidad, nacida de la división, y sus desaciertos, hijos de la falta de disciplina y de la falta de cooperación al logro de los propósitos sanos que han sido y son la base de mi política. No.

Responsable hasta cierto punto de los extravíos de un partido que confieso, y por lo mismo que siempre le he dado consejos en el sentido que lo hago ahora; por lo mismo que deseo su triunfo para bien de todos; por lo mismo que vinculo á su exis-

tencia en el gobierno, la estabilidad de la nacionalidad Argentina, el porvenir de la libertad y la práctica de los principios de la democracia, por lo mismo, no he de dejar á sus sostenedores perderse, si en un momento dado me fue e dado salvarlos ó hacerlos triunfar diciendo algunas palabras; y si fuese indispensable, comprometiendo la última reserva antes de dejarlos sucumbir, sin que esto quiera decir que violaría mis propósitos. Imitaría el ejemplo de Washington, aquel padre de la democracia americana, que por lo mismo que quería la libertad y no podia ser sospechado de quererla comprimir, pudo en un momento dado señalar una candidatura á sus conciudadanos; y si mis amigos me escuchasen, y mis conciudadanos me lo permitiesen, entonces y sólo entonces, me creería autorizado para dar un consejo inspirado por el patriotismo. Pero mejor será que no lo necesiten.

Hoy, una indicación mía, por indirecta que fuese, heriría de muerte á cualquier candidato, y esa muerte sería merecida, porque sería una iniciativa insolente, á la faz del pueblo; y si entre dos ó más candidatos del partido liberal, me inclinase á uno con preferencia de otro, la división del partido vendría á ser, ó más profunda, ó la disolución se produciría.

Excuso decirle que con este modo de pensar y con estos sentimientos no puedo aprobar ni una sola línea de su artículo contra la candidatura de Sarmiento y contra el hombre-Sarmiento; sobre todo

cuando es atacado con armas que sólo existen en un arsenal secreto de donde usted no estaba autorizado á sacarlas. Por razones de otro orden, tampoco apruebo la carta-programa de Sarmiento, que siendo una coz á nuestro partido y un desconocimiento injusto de los trabajos, sacrificios y conquistas de las generaciones presentes, se prestaba á reflexiones más importantes y trascendentales que la caricatura jocoseria que usted hace de él, citando hasta Villergas, para hacerlo más humillante; y á Vicuña Mackenna que acaba de retractarse en Chile de esas líneas inconsideradas que usted prohija, cuando su autor las reniega públicamente con rubor.

¿Qué se propone usted con eso? Si su artículo no es un desahogo personal, como en realidad no lo es, usted debe proponerse por objeto hacer imposible la candidatura de Sarmiento, puesto que toca contra él hasta la trompa de alarma para indicar que nos llevaría al abismo.

Supongo que consigue usted su objeto, lo que no es difícil cuando se trata de candidatos que sólo pueden prosperar en medio de la benevolencia de los [illegible]. La de Elizalde se halla en el mismo caso, y [illegible] del mismo modo, debe usted admitir co[illegible] que sus enemigos obtengan el mismo re[illegible] (cada uno se saca un ojo y los dos se quedan [illegible] cantan victoria. *La Nación* [illegible] y *La Tribuna* cuelga [illegible]. Este sería el caso de pre-

guntar ¿el partido de la libertad ve más claro ahora? Con estas dos luminarias ya sabrían que Rawson es peor que los dos colgados, que Paz es peor que peor, que Alsina es archipeor, y que el resto no sirve ni para taco de escopeta. Y eliminados todos los candidatos probables ó posibles que representan ó pueden representar gobiernos de principios, de opinión y de libertad, en contraposición de las influencias personales y de las ligas de gobiernos electores ¿con quién se quedaba el partido liberal?

Entonces, predominaría la candidatura del general Urquiza, ú otra parecida, porque entonces tendría razón de ser, y tendría á la par de la fuerza relativa que le daría la disolución de sus opositores, la fuerza negativa que le daría la opinión del país desorientada y desmoralizada en presencia del espectáculo vergonzoso de un gran partido nacional disuelto en fracciones mezquinas, animadas de odios innobles, incapaces de unirse ante el peligro común, y sucumbiendo sin combatir ante una individualidad que sólo representa el gobierno personal. Cuando se inicia la campaña empezando por colgar ó repudiar á sus hombres más distinguidos y se sacrifican víctimas humanas que son sangre de nuestra sangre en holocausto de nombres propios, sin quemar un grano de incienso á los principios ¿qué otra cosa puede suceder?

Tal vez soy demasiado severo; pero sírvame de disculpa que un sentimiento generoso es el que me inspira, que no me anima ningún interés bastardo,

y que cuando abogo por la causa de todos, sin desea el mal aun de nuestros enemigos, y sin excluir ninguno de los que puedan hacer el bien ó recibir beneficio, me es permitido echar una rociada á m amigos, diciéndoles como el elefante de la fábul «Yo hablo con todos y con ninguno.»

Suyo siempre,

Bartolomé Mitre.

Á MI HIJA DELFINA

Blanca flor que embalsamas mi existencia
De tus perfumes con la grata esencia;
Música cuya sublime melodía
Estremece de amor el alma mía;
Rayo de luz que caes sobre mi frente,
Disipando las sombras de mi mente;
Lágrima de los ojos desprendida
Del serafín que guarda nuestra vida;
Linfa donde apagué mi sed ardiente,
Como el viajero en agua transparente;
Pichón que bajo el ala adormecido
Desafías las lluvias en tu nido;
Hija mía, entre sueños virginales.
Envuelta por los brazos maternales,
Y en esa fuente de materno seno
Bebe un raudal que de virtudes lleno
En cada gota verterá en tu mente
De nobles pensamientos la simiente.
Que dormiran hasta que en torvo ceño
El tiempo venga á perturbar el sueño;
Y puros sentimientos, ángel mío,
Que germinando cual la flor de estío,
Derramarán en tu alma ese perfume
Que la virtud de la niñez asume;
Y beberás un bálsamo del cielo
Para expresar dolores en el suelo,
Para exhalar mil gotas cristalinas
Como su aroma blancas clavelinas;
Porque el llanto es la flor que brota hermosa
En el alma sencilla y candorosa
Y el rostro donde nunca ha resbalado
Es arenal que el cielo no ha regado.
Así, cual de la espléndida natura,

El llanto es la expresión de la criatura;
El cielo llora gotas de rocío
En las serenas noches del estío.
Y al ausentarse lánguida la aurora
Entre luces y sombras también llora,
Pero todo desciende suavemente
De la misericordia á el ancha frente
Fertiliza el rocío los eriales,
Y la aurora los lirios virginales
Y caen las dulces lágrimas del niño
En un seno purísimo de armiño.
Y más tarde entre manos cariñosas
Que se ahuecan sensibles y piadosas,
Cual urna sencillísima de cobre
Donde se guarda el óbolo del pobre.
¡Oh, tú, que de tu vida en la mañana
Te meces en el valle tan lozana:
Que sea tu cabeza bendecida
Sobre la almohada de la vida;
Que recorras tu plácida alborada,
Por angélicas voces arrullada;
Que el viento de la dicha infle tu vela,
Mientras la luna del placer rïela;
Y que si acaso un día, negro velo
Mirares extender sobre tu cielo,
Veas llegar á tu arca placentera
La paloma de dichas mensajera.
Para anunciarte en tu hombro reclinada:
«La tempestad se ve ya apaciguada.
«La luz del sol de nuevo te ilumina
«Y las flores esmaltan la colina:
«Tersa se ve la frente de tu río
«Y no hay en él ni un aspero bajío;
«Mucho vagaste, niña por los mares:
«Y ya reposará entre tu lares,
«En su ribera nítida y risueña
«Que allá en el horizonte se diseña,
«Ya anclarás tu barca suavement

«Como del manso arroyo la corriente.»
Ora, hija mía, lejos de huracanes
Duerme ajena de míseros afanes.
Mientras tu madre tu cabeza pura
Bautiza con sus gotas de ternura,
Las que tu padre enjuga blandamente
Al deponer un ósculo en tu frente,
Dejando en esas lágrimas escrita
Una dulce palabra: «¡Eres bendita!»

ALMO DE LA VIDA

GFELLOW)

salmista:

da es sueño»
antar amargo.
ive en el letargo
rte pálido diseño.

es real y su destino es serio,
es su fin en el sepulcro hundirse;
«ser polvo y en polvo convertirse»
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda ó el destino,
El reposo, el dolor ni la alegría,
Sino la acción, para que cada día
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho,
Y el corazón más varonil y fuerte,
Bate el fúnebre paso de la muerte
Cual velado tambor dentro del pecho.

En el vivac del mundo, alza tu escudo!
En el campo de acción, arma tu diestra!
Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos,
Vive y obra sin tregua en el presente,
Tu corazón en ti, Dios en tu mente!
Deja al pasado sepultar sus muertos!

EL SALMO DE LA VIDA

(DE LONGFELLOW)

Lo que el corazón del joven dice al salmista:

¡Oh! no me digas que la «vida es sueño»
Triste salmista, en tu cantar amargo.
Porque el alma no vive en el letargo
Que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
Y no es su fin en el sepulcro hundirse;
Que «ser polvo y en polvo convertirse»
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda ó el destino,
El reposo, el dolor ni la alegría,
Sino la acción, para que cada día
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho,
Y el corazón más varonil y fuerte,
Bate el fúnebre paso de la muerte
Cual velado tambor dentro del pecho.

En el vivac del mundo, alza tu escudo!
En el campo de acción, arma tu diestra!
Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos,
Vive y obra sin tregua en el presente,
Tu corazón en ti, Dios en tu mente!
Deja al pasado sepultar sus muertos!

Los héroes que en tu mente divinizas
Te muestran que a vida es n ble y bella.
Y ellos te enseñan á estampar la huella
Del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algún hermano fatigado
Náufrago de los mares de la vida,
Recobre aliento en su alma dolorida
Al encontrar tu paso señalado.

De pie, en acción, con varonil pujanza!
Y el corazón dispuesto á todo evento.
Sigamos de la vida el movimiento.
Guiado por el Trabajo y la Esperanza.

Traducción

AL PUEBLO ARGENTINO

RENUNCIANDO SU CANDIDATURA Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, EN 15 DE OCTUBRE DE 1891

Señalado espontáneamente por la opinión como candidato á la presidencia de la República en el próximo período constitucional, acepté la candidatura, sin más ambición que la del bien público, con el propósito de fundar un gobierno de todos y para todos, que normalizase las condiciones políticas y económicas del país, si el voto libre de mis conciudadanos me llevaba á la primera magistratura.

En las circunstancias difíciles que atraviesa nuestra patria, que excluyen toda ambición personal ó exclusivismo partidista y en que es necesario el concurso eficaz de todos sus hijos y la unión eficiente de las voluntades para dominarlas, ó remediarlas en lo posible, ningún ciudadano que se inspire en los sentimientos del patriotismo ó se guíe por el instinto de la conservación colectiva, puede aspirar al mando ni disputarlo y sí sólo puede aceptarlo como una imposición del deber ó como una solución nacional, contando con los medios suficientes de opinión y de gobierno para responder á las necesidades que lo llamen á desempeñarlo en nombre de un interés supremo.

Inspirándome en estos sentimientos y guiado por

este criterio político fué que, al proclamarse popularmente mi candidatura por la primera vez, declaré que la aceptaba: ó como solución nacional, ó como bandera de lucha para reivindicar la libertad del sufragio si era necesario.

Cuando se proclamó por la segunda vez esa candidatura bajo los auspicios del acuerdo de los partidos, declaré: que la aceptaba para suprimir la lucha en homenaje al bien común, á fin de abrir los comicios electorales en paz y libertad, para regularizar la vida institucional, así en la Nación como en las provincias, determinando un nuevo punto de partida en la vida política.

Las divisiones que sobrevinieron posteriormente con motivo del acuerdo las consideré como disidencias de la opinión, que no modificaban el plan general, y, por el contrario, le imprimían su verdadero carácter popular, por cuanto, bajo las garantías de una elección libre, no podía aspirarse á la unanimidad, que sería la negación del nuevo orden de cosas que se trataba de hacer prevalecer por una política de concordia que reconciliase pueblos y gobiernos.

El acuerdo de los partidos ha producido resultados benéficos, aquietando el país y permitiéndole discutir pacíficamente sus cuestiones con propósitos más elevados; pero el desenvolvimiento de esta evolución inicial no ha correspondido en un todo á sus objetivos, no por culpa de los que han intervenido

en ella, sino por la acción de elementos refractarios, que estaban más bien en las cosas que en los hombres y han obstado á sus resultados inmediatos y finales.

En estas condiciones he considerado que mi candidatura á la presidencia de la República ha dejado de ser una fórmula de solución nacional y que, elegido presidente bajo ella,—aun asegurado el éxito,—no daría el gobierno que el país pide y necesita, libre de todo reato, que apoyado en la opinión y contando en los medios suficientes de acción legal, satisficiera las legítimas aspiraciones del pueblo argentino.

Dispuesto á consagrar al servicio de mi patria en el puesto que se me asignaba los últimos años que me restan de vida, estaba igualmente resuelto á aceptar la situación política y económica que me tocase, cualesquiera que ella fuere, pero contando con medios apropiados para fundar un gobierno eficiente, que respondiese con hechos á las esperanzas depositadas en mi candidatura.

La situación general de la República en la composición de sus elementos políticos; las obstrucciones locales que se prolongan y tienden á perpetuarse por los mismos medios que nos han traído á la situación en que nos encontramos: las influencias perturbadoras que alteran la armonía que se busca, los prospectos que por estas diversas causas se diseñan en el desarrollo ulterior de la política electoral, desviándola

de sus rumbos iniciales, me han dado la convicción plena de que no sólo mi elección como presidente de la República en tales condiciones no es una solución nacional, sino también que mi administración bajo tales auspicios sería, además de estéril, lo que poco importa á mi personalidad, perjudicial para la solución conveniente de las grandes cuestiones que el país necesita imperiosamente resolver, con seguridad en el orden político y económico, por cuanto no contaría con los medios suficientes y decisivos para responder á las esperanzas y aspiraciones generales, que deben ser plenamente satisfechas.

Por estas consideraciones, que son de evidencia, y dándome cuenta de mi responsabilidad ante propios y extraños, después de seria y tranquila meditación, he adquerido la convicción profunda de que no correspondería, como debo y quiero, á la confianza que han depositado mis conciudadanos en mí, si mantuviese mi candidatura, y, por lo tanto, la retiro indeclinablemente, agradeciendo el alto honor que se han dignado dispensarme.

No por esto hago abandono de la vida activa como ciudadano en la gestión cívica de los intereses de mi país. Como ciudadano estoy y estaré siempre al servicio de mi país y de sus autoridades constituídas para ayudar á mantener el orden público y [illegible] y cohesión de los elementos [illegible] de la sociabilidad argentina, [illegible] el espíritu revolucionario

que no promete sino ruinas y descrédito; para de este modo consolidar pacíficamente un orden regular, en que todos encuentren su equilibrio bajo los auspicios de la libertad y del trabajo solidario, y en este sentido persevero en la política del acuerdo de los partidos, aun eliminada mi candidatura.

Con estos sentimientos y con estos propósitos hago votos por la prosperidad de mi país y por la felicidad de todos y cada uno de mis conciudadanos, sin distinción de partidos.

EL DISCURSO DEL JUBILEO

Compatriotas y residentes hermanos:

Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía que ha asumido un carácter nacional, á que se asocian los residentes de otras tierras que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

Este es un homenaje secular tributado á la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes; idea que se asocia al sentimiento de su nacionalidad, á cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que, la región que habitamos, será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en los destinos del mundo.

Un territorio que se extiende á lo largo de treinta y cinco grados de latitud, en que se alternan todos los climas del globo y prosperan todas las producciones de la naturaleza: que mide una superficie de

tres millones de kilómetros cuadrados, con tres mil kilómetros de costas marítimas y seis mil kilómetros de costas fluviales, articulado por los más grandes ríos y las más altas montañas de la América meridional, y en el que sus inmensas y fértiles llanuras sólo esperan la simiente del progreso para devolver ciento por uno en el limbo de la labor; un territorio así constituído es una tierra prometida, que tiene necesariamente que ser el asiento de una nación poderosa, próspera y feliz, cualquiera que sea la raza que la habite.

A pesar de estas bendiciones del Creador no faltan entre nosotros mismos presagios siniestros, que nos condenen á la impotencia para fecundar la tierra que habitamos, pensando que somos ya una raza en decadencia, antes de haber alcanzado el crecimiento normal: la que ha retrogradado en su sociabilidad, y que los destinos de nuestro país son inciertos y obscuros.

No, no hemos degenerado como hombres, ni retrogradado como colectividad, ni somos inferiores á la tarea que nos está encomendada como jornaleros.

Somos una nación nueva en formación, cuyos perfiles diseñan su tipo definitivo, en que estamos formando una nueva raza con el concurso de todas las nobles razas del mundo civilizado, y que, á pesar de sus deficiencias, de sus desvíos políticos y sociales, de su inexperiencia para gobernarse, constituye un

ismo sano y robusto, que tiene en sí los gér-
s de la vida duradera y la potencia virtual para
gir y mejorar su condición.

blo en presencia de tres generaciones que se
sucedido después de la generación iniciadora
ayo, y puedo invocar su testimonio al paten-
el resultado de sus trabajos en el tiempo, para
ar las grandes esperanzas que son la fuerza
s naciones.

hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos,
no las hay en la naturaleza. El primer estre-
niento vital de una nación, palpita en el ser de
steridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y
les de nuestros antepasados, que algunos dicen
das, están vivas en nuestros nervios, en nues-
iente y en nuestra conciencia, incorporadas al
ismo de las generaciones nuevas que, anima-
por ellas, siguen adelante con varonil aliento,
izando su acción.

estros padres dieron á luz una nación surgida
mbrión colonial que, aun en medio de la lucha
a independencia y después de ella, vivió ator-
ada por la anarquía, el despotismo y la guerra
sin lograr unificarse ni completar su organiza-
n política. De esta masa surgió la nación
l, unida, [illegible] y consolidada, á que hemos
vida [illegible]
iere un [illegible]

ce [illegible]

informe, cuya cohesión sólo se mantenía por el instinto ó la violencia. Hoy, somos una nación compacta, que reposa por la primera vez en su centro de gravedad y que puede exhibir sus títulos ante el mundo, para ser contada en el número de las naciones llamadas á vivir, crecer y multiplicarse.

Como núcleo de civilización hemos incorporado á nuestro ser, por medio de la colonización y la inmigración espontánea, un millón de seres humanos, imprimiéndoles el tipo de nuestra raza y asimilándolos á nuestra sociabilidad. Y séame permitido en esta ocasión repetir las palabras que hace treinta años pronuncié al respecto, en el seno del Congreso Nacional. «Que el extranjero que venga á esta tierra, en vez de levantar la tienda provisoria del peregrino, se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo; que nuestra patria sea su patria, porque encuentre en ella todos los derechos y garantías á que pueda aspirar; que nuestros intereses sean comunes; que nuestros hijos, y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en un solo amor: que nuestra raza se salve, para que nuestro estado social se mejore, para que nuestra nacionalidad no se debilite, y para que el nombre y la bandera argentinos no sean un eco y una nube que se lleve el viento!»

Como trabajadores, hemos salido de la edad que se ha llamado del cuero crudo, y somos una de las

primeras potencias productoras en ganadería y agricultura, cuyas materias primas, mejoradas y modificadas, y cuyas cosechas de cereales pesan en la balanza comercial del mundo. Y es así como se ha multiplicado la riqueza, acrecentando por el trabajo, por el intercambio, por la selección y por la industria, la pobre herencia que recibimos, dando su impulso al progreso material, y creado el capital social de que carecíamos, haciendo intervenir la potencia del trabajo y la producción con la cooperación del crédito privado.

Como raza culta, hemos levantado nuestro nivel intelectual, científico, literario y artístico, difundiendo la instrucción común en el pueblo, universalizando los estudios superiores, aplicando la inteligencia al progreso material y social, y tenemos, al presente, sabios propios, que antes no teníamos, contando con geómetras, músicos compositores, pintores, ingenieros, escultores, arquitectos, agrónomos, químicos, arqueólogos, físicos, naturalistas, filólogos, geógrafos, economistas y tantas otras especialidades que sólo teníamos por reflejo y de prestado; y de tal manera se ha ensanchado el campo de acción de las ciencias aplicadas, y vulgarizado el saber, que un niño de la escuela elemental y una niña salida del colegio normal, poseen más nociones científicas y tienen en su cabeza más ideas que las generaciones que les han precedido. Con la cultura, la razón pública ha adelantado.

Como hombres de acción, como pueblo viril, al glorificar la gran memoria de nuestros mayores, podemos pensar que nos hemos inspirado en su ejemplo y que, si ellos se levantasen de la tumba, reconocerían á sus hijos que no han degenerado. Hemos formado un ejército de ciudadanos, regido por la ley de la igualdad, que es la espada y el escudo de la Nación, y noventa mil conscriptos de veinte años han pasado bajo sus banderas. Hemos creado una poderosa armada nacional en el breve espacio de tiempo en que se cría un joven, animada por el fuego sagrado del patriotismo y tripulada por cinco mil marinos argentinos, de almirante á marinero. Hemos conquistado el desierto por las armas, cubriendo de mieses la antes inculta pampa, como laureles fecundos de esta victoria.

Estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos, habiendo solucionado todas nuestras cuestiones internacionales y resuelto por siempre los más arduos problemas de la organización nacional: y es así como, por la gravitación natural de las cosas y la armonía de las voluntades, hemos alcanzado, en [illegible] situación más tranquila y estable que [illegible] Argentina haya atravesado en el curso [illegible] existencia. ¡Gracias sean dadas al

[illegible] por hacer y mucho que

[illegible] su temple al carácter

nacional, formar nuestras costumbres constitucionales, purificar la vida política, animar el espíritu público, aprender á gestionar nuestros propios negocios, y á gobernarnos por nosotros mismos; en una palabra, nos falta completarnos; pero con todas estas deficiencias podemos esperar con serenidad los días que vendrán, porque, en verdad, ninguna nación ha hecho más en menos tiempo para merecer vivir en los tiempos y ser feliz.

En este momento psicológico de la laboriosa evolución de nuestra sociabilidad y de la consolidación orgánica de nuestra nacionalidad, me encuentro en presencia de tres generaciones, á las que he acompañado, colaborando en su obra; y me siento poseído en este día de la más profunda y cordial gratitud por la benevolencia de mis contemporáneos, cuya felicidad ha sido el anhelo de mi vida como ciudadano, como soldado, como jornalero y como gobernante. Y en este día, que se ha querido llamar un jubileo, cumplo la edad solemne de ochenta años, en que el hombre alcanza la plenitud de la vida, con todas sus responsabilidades pasadas y póstumas, cuando termina un siglo y comienza otro, en vísperas del primer centenario de nuestra existencia como nación independiente y libre.

El 25 de Mayo de 1910 será el gran jubileo de la patria de los argentinos, y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra que, en unión con nosotros, han contribuído á la fijación de sus desti-

nos. Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfalmente en ese día en la inmortalidad de la vida de los siglos.

Y digo á la sombra de los largos años á los que alcanzarán á ver renacer las luces seculares de Mayo, que marchen con aliento hacia adelante siempre adelante, recordando el consejo del poeta Salmo de la Vida, de vivir sin tregua en lo presente y dejar á lo pasado enterrar sus muertos. ¡Que el corazón es el tambor velado que cada hombre lleva en sí, batiendo dentro del pecho el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones forzados baten la marcha triunfal de las generaciones que se suceden!

EL INVÁLIDO ARGENTINO

Buenos Aires 25 de Mayo de 1881

En el sepulcro del Mariscal Rantzau, que solo tenia un ojo, un brazo, una oreja, una pierna, una parte de la cabeza, habiendo entregado sus demas miembros a la inmortalidad, pudo grabarse con verdad, que unicamente conservó entero su corazon. Servicio

De los Inválidos Argentinos, que forman un cuerpo mutilado y glorioso, puede decirse con no menos verdad, que despues de dispersar sus miembros por todo un continente, marcando con ellos los itinerarios de las grandes campañas militares de la República, solo conservaron un corazon intrépido respetado por las balas, que siempre latió por la Independencia de la América y la libertad de su patria, y como ultima única enseña guerrera de sus sacrificios, el estandarte simbólico del valor y la miseria:— la venda ensangrentada de sus heridas enarbolada en lo alto de una muleta.

Buenos Aires
Mayo de 1881

Bartolomé Mitre

LA BIOGRAFÍA DEL DOCTOR GÓMEZ [1]

Buenos Aires, Noviembre 4 de 1905.

Señor don Angel Floro Costa.

Montevideo.

Mi estimado amigo:

Con su estimable, del 1° del corriente, he tenido el agrado de recibir su bosquejo biográfico sobre el doctor Juan Carlos Gómez, que le agradezco y que he leído con interés.

La cuestión histórico-político-económica que usted plantea en ese escrito, no es de las que se resuelven en teoría y, aunque tenga largas proyecciones, no tiene un interés de actualidad, faltándole, por lo tanto, atmósfera propicia en que dilatarse.

El tiempo, las necesidades, las recíprocas atracciones naturales, pondrán más adelante á la orden del día esa cuestión, cuya solución en todo caso debe producirse como un fenómeno espontáneo.

Mientras tanto, la significación internacional que usted da á la personalidad del doctor Juan Carlos Gómez, presentándolo ante la historia como representante de una unión tradicional en el pasado y fecunda en el futuro, es lo que le imprime su ca-

[1] Esta carta fué de las últimas que escribió el General.—*(N. del A.)*

rácter original y lo hará vivir en la historia an propios y extraños, amado por unos y por otros.

Así sucede que el doctor Juan Carlos Gómez, obstante las disidencias que su idea pueda provoc en teoría, descansa en los brazos amorosos de la m dre nativa, después de morir en brazos de la patr admirado y querido por todos en ambas orillas d Plata.

Queda de usted como siempre su affmo. ami y S. S.

Bartolomé Mitre.

FOJA DE SERVICIOS

FOJA DE SERVICIOS

EMPLEOS Y COMISIONES QUE DESEMPEÑÓ

1837—Soldado distinguido. Academia militar de Montevideo. Fuerte de San José.

1838, Febrero 24—Alférez de artillería. R. O. del Uruguay.

1839, Mayo 23—Ayudante mayor, 2° de infantería. B. núm. 1 de infantería. R. O. del Uruguay.

Diciembre 29—Batalla de Cagancha. R. O. del Uruguay.

1840, Agosto 5—Capitán de artillería. Compañía de artillería. R. O. del Uruguay.

1842—Sargento mayor de artillería. Campaña de A. Grande. Entre Ríos

1843 á 44 -Sitio grande. Montevideo.

1844, Julio 10 -Instrucción práctica de artillería (aprobada). Montevideo, línea de fortificación.

1846, Febrero 19—Teniente coronel graduado de artillería. Montevideo, línea de fortificación.

1847, Octubre 22—Al servicio del gobierno de Bolivia.

Director del Colegio Militar de Bolivia.

Noviembre - Combate de Lalava Bolivia.

Noviembre— Batalla de Vitiche. Bolivia.

Escudo de benemérito en grado heroico por la batalla de Vitiche.

1851, Diciembre 17—Combate del Tonelero. Entre Obligado y San Nicolás.

1852, Diciembre 17—Campaña de Caseros, en la artillería del grande ejército aliado.

Febrero 3—Batalla de Caseros. Buenos Aires, Caseros.

Febrero 3—Coronel de artillería en el campo de batalla. Buenos Aires, Caseros.

1852, Marzo 1°—Plana mayor activa.

Abril 26—Representante por la capital (B. A.) Buenos Aires Caseros.

Mayo 1°—Brigada de artillería de Buenos Aires. Campamento general Palermo de San Benito.

Septiembre 11—Jefe de la G. N. de infantería de la capital Buenos Aires.

Octubre 21—Ministro de gobierno y relaciones exteriores Buenos Aires.

Noviembre 27—Ministro de gobierno é interino de guerra marina hasta Diciembre 7. Buenos Aires

1852 y 53—Sitio de Buenos Aires.

1853, Febrero 17—P. M. A.—Presidente de la comisión de fortificaciones de la capital. Buenos Aires.

Marzo 22—P. M. A.—Jefe del E. M. del ejército de la capital. Buenos Aires.

Junio 2—Combate de los Potreros de Langdon. Buenos Aires

Junio 2—Herida de bala en la frente. Buenos Aires.

Junio 8—Plana mayor activa. Buenos Aires.

Agosto 23—Inspector general de armas (P. M. A.) En campaña.

Septiembre 24—Representante por la capital. Buenos Aires

1854, Mayo 1°—Representante por la capital. Buenos Aires.

Agosto 14—Renuncia la I. G. de armas. Buenos Aires.

Septiembre 1°—P. M. activa. Buenos Aires.

Noviembre 8—Combate del Tala.

Noviembre 10—Jefe del E. M. del ejército de operaciones en campaña.

1855, Enero 22—M. de guerra y marina. Buenos Aires.

Febrero—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.

Abril—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». En cam

[illegible] de Sierra Chica. Sierra Chica.

[illegible] A. con nota «ministro de la guerra». Buen

[illegible] P. M. A. con nota «ministro de la guerra

1856, Octubre 13--P. A. M. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.
Diciembre 14—P. M A. con nota «ministro de la guerra». En campaña.

1857, Enero 15-P. M. A. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.
Mayo 5—Deja el ministerio de guerra y marina. Buenos Aires.
Mayo 6—Comisión consultora de gobierno. Buenos Aires.
Junio 4—Representante por la capital. Buenos Aires.

1858, Febrero—Jefe del regimiento 1° de infantería activa de G. N. de la capital
Febrero 9—Comandante en jefe de la frontera norte de Buenos Aires.
Abril 22—Representante por la capital. Buenos Aires.
Junio 16—Ministro de G. y R. E. Buenos Aires.
Noviembre 12—Ministro de G. é interino de guerra y marina. Buenos Aires.
Diciembre 30—Cesa el interinato de guerra y marina. Buenos Aires.

1859, Enero 1°—Regimiento 1° de infantería de G. N. de la capital. Buenos A res.
Mayo 10— inistro de guerra y marina.
Mayo 27—Cesa en el M. de G. y M.
Mayo 27—Campaña de Cepeda.
Mayo 27—General en jefe del ejército de operaciones. En campaña.
Mayo 27—Coronel mayor del ejército de Buenos Aires.
Junio—P. M. D. general en jefe del ejército.
Julio 1°—P. M D. con igual nota. Campaña el L. Larga.
Septiembre—P. M. D. con igual nota Campaña en marcha.
Octubre 23—Batalla de Cepeda. Cañada Cepeda (B. A.)
Octubre 25 - Retirada á San Nicolás y combate naval. San Nicolás (B. A.)
Octubre 29—General en jefe del ejército de la capital.
Noviembre 11—Renuncia el cargo.

1860, Enero 1°—P M. D. encargado del Código militar. Buenos Aires.

1860, Mayo 3—Gobernador del estado de Buenos Aires Bu
Aires.
Octubre 21—Brigadier general del ejército de Buenos A
Buenos Aires.
Estado mayor de plaza con nota Gobernador del estad
B. A. hasta Junio de 1861. Buenos Aires.
1861, Junio—Campaña de Pavón. Buenos Aires y Santa Fe.
Julio—General en jefe del ejército de operaciones.
Agosto—Cuartel general en Rojas (B. A.)
Septiembre 17—Batalla de Pavón. Campos de Pavón (S
ta Fe).
Septiembre—Ejército de Buenos Aires. Arroyo Dulce.
Octubre—Ejército de Buenos Aires. San Nicolás.
Noviembre—Ejército de Buenos Aires. Camp. en Arroj
1862, Febrero 1°—E M. de Plaza. Buenos Aires.
Octubre 12—Presidente de la república. E. M. P. Bu
Aires.

CAMPAÑA DEL PARAGUAY

1865, Mayo 1°—General en jefe del ejército aliado. Buenos A
Agosto 21—General en jefe del ejército aliado. Concor
Septiembre 18—Rendición de Uruguayana. Uruguayana
Medalla de la rendición de Uruguayana.
Septiembre 28—General en jefe del ejército aliado. Pas
los Libres.
Septiembre 30—Banda de la orden imperial del Cruzeiro,
Uruguayana.
Octubre 4—Medalla del Imperio del Brasil por la batall
Caseros.
Octubre 14—General en jefe del ejército aliado. An
Ombú.
Noviembre 5—General en jefe del ejército aliado. Isla
(frente á Bella Vista).
1866, Enero 31—General en jefe del ejército aliado. Ensenad
Febrero 5—General en jefe del ejército aliado. Ensenad

6, Abril 16—Pasaje del Río Paraná por el ejército aliado. Paso de la Patria.
Abril 19—General en jefe del ejército aliado. Ruinas de Itapirú.
Mayo 2—Batalla de Estero Bellaco. Estero Bellaco.
Mayo 24 Batalla de Tuyutí. Tuyutí.
Mayo—Cordones de Tuyutí.
Julio 11—Combate de Yatayty Corá. Tuyutí.
Septiembre 22—Asalto de Curupaytí. Curuzú.
Septiembre—Escudo de Curupaytí.
Septiembre 26—Medalla conmemorativa (República Argentina) Campaña del Paraguay. Ley.
Octubre 16—General en jefe del ejército aliado. Yatayti.
Noviembre 21—General en jefe del ejército aliado. Yatayti.

57, Enero 24—General en jefe del ejército aliado. Tuyutí.
Marzo 7—Presidente de la República. Buenos Aires.
Julio 28—General en jefe del ejército aliado. Tuyutí.
Agosto 13—General en jefe del ejército aliado. Tuyucué.
Diciembre 31—General en jefe del ejército aliado. Tuyucué.

8, Enero 22—Presidente de la República. (P. M. P.) Buenos Aires.
Octubre 12—Presidente de la República. Buenos Aires.
Noviembre 19—P. M. activa. Buenos Aires.

1, Septiembre 1°—Senador nacional por la provincia de Buenos Aires (P. M. A.) Buenos Aires.

2, Junio 1°—En comisión del Senado P. M. A. Río de Janeiro.

3, Enero 1°—P. M. activa hasta Octubre de 1874. Buenos Aires.

4, Octubre 11—Baja.

7, Octubre 8—Reincorporado P. M. A.

0, Julio 9—Baja. Buenos Aires.

8, Agosto 18—Reincorporado P. M. A. Buenos Aires.
Agosto 18—Teniente general (Ley de ascensos). Buenos Aires.
Septiembre 1°—P. M. activa hasta Noviembre.
Victoria de Belgrano y de la independencia argentina. Buenos Aires.

1886, Mayo 18—Medalla conmemorativa (R. O.) Campaña del Paraguay. Protocolo.
Mayo 18—Medalla gral. (Brasil). Campaña del Paraguay. Convenio.
1889, Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana. Buenos Aires.
1890, Mayo 1°—Lista de O. S. hasta Diciembre 31 de 1892. Buenos Aires.
1893, Enero 1°—Lista de O. generales hasta Abril de 1895. Buenos Aires.
18 5, Mayo—Senador nacional por la provincia de Buenos Aires. Lista de O. generales. Buenos Aires.
1901, Mayo—Senador nacional (reelecto). L. de O. G. Buenos Aires.
1902, Mayo 31—Renuncia de senador.

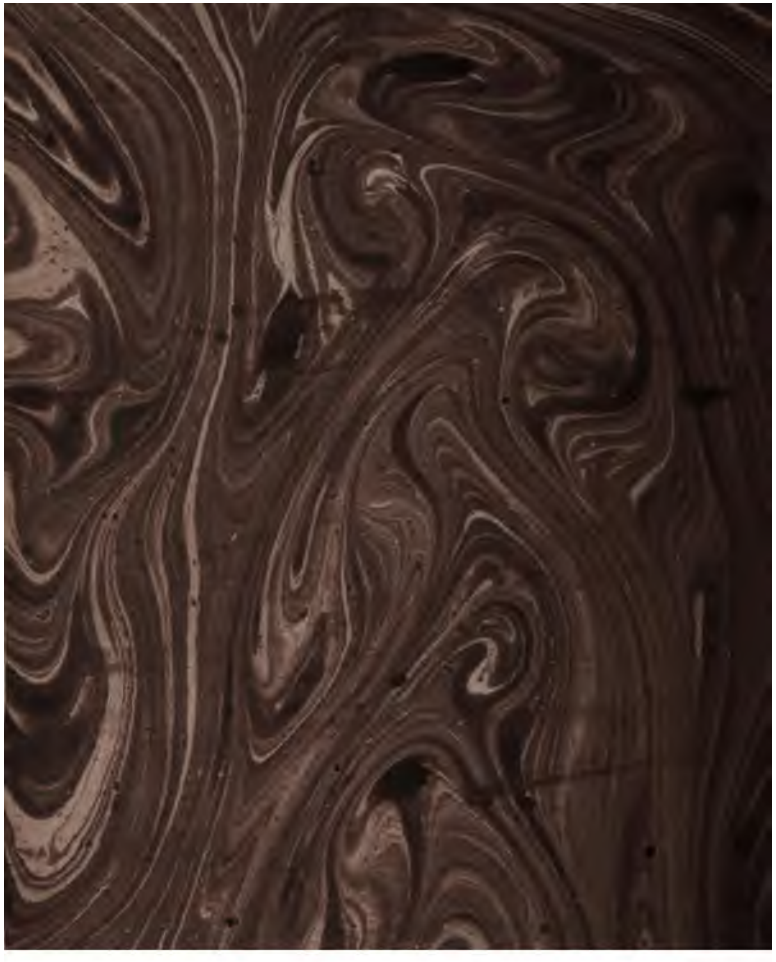
INDICE

II

	Páginas
Mitre militar y ciudadano	7
El defensor del General	15
La espada del capitán	27
Episodios históricos	41
Reminiscencias de su vida	77
Anécdotas militares	113
Anécdotas civiles	145
El chambergo-símbolo	177
El adiós al General	18[illegible]
Las exequias	203
Oraciones fúnebres	217
APÉNDICE	271
— *La Revolución de Mayo*	27[illegible]
— *Congreso americano de Lima*	[illegible]
— *Sesiones de Junio*	[illegible]
— *La proclama de Pavón*	[illegible]
— *La carta histórica*	[illegible]
— *A mi hija Delfina* [illegible]	[illegible]
— *El Salmo de la vida* [illegible]	[illegible]
— *Al pueblo argentino*	[illegible]
— *El discurso del* [illegible]	[illegible]
— *El inválido argentino* [illegible]	[illegible]
— *La biografía* [illegible]	[illegible]
A[illegible] servicios	[illegible]

1

Sep[illegible]

1886—Hist[illegible]

nos